

se



E. M. Delafield

La dama
de provincias
prospera

Traducción de Patricia Antón

Lectulandia

La dama de provincias ha tenido un pequeño éxito literario que, lamentablemente, no ha supuesto una mejora sustancial de sus finanzas; gracias a él, sin embargo, ha podido alquilar un apartamento en Londres al que va de vez en cuando para escribir con calma y frecuentar el mundillo literario de la mano de su «querida Rose». Su diario sigue siendo un fiel reflejo de las cosas que le suceden: los pequeños problemas que le dan la educación de sus hijos y el gobierno de su casa, la misantropía de su marido, o las indiscretas aventuras de su escandalosa amiga Pamela Pringe.

En *La dama de provincias prospera*, E. M. Delafield continúa con el relato cotidiano de las desventuras de la dama de provincias, de sus agobios y preocupaciones, de sus pequeños triunfos, y ahonda en el vivísimo e inolvidable personaje con el que se identificará cualquier lector que se haya sentido alguna vez sobrepasado por los quehaceres del día a día. Continuación del famoso Diario de una dama de provincias: un hilarante retrato de la clase alta británica y una de las más divertidas novelas de la literatura inglesa del siglo xx.

Lectulandia

E. M. Delafield

La dama de provincias prospera

ePub r1.0

Titivillus 17-12-2017

Título original: *The Provincial Lady Goes Further*

E. M. Delafield, 1947

Traducción: Patricia Antón, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Cass Canfield

9 de junio. La vida adquiere un aspecto completamente distinto gracias al éxito asombroso e inaudito de una obra literaria sin pretensiones que se publicó el pasado diciembre y que, por increíble que parezca, es fruto de mi pluma. Reacciones muy interesantes y variadas de familia y amigos ante esta situación tan imprevista.

Mis queridos Vicky y Robin se deshacen en elogios, aunque no se les permite leer el libro, y me comparan con Shakespeare, Dickens, el autor de los libros del doctor Dolittle y el escritor, según Vicky, de las «Fábulas de Chopo».

Mademoiselle, quien sí ha leído el libro, solo comenta: «Ah, je m'en doutais bien!», lo cual me produce bastante inquietud aunque no sé decir exactamente por qué.

Robert no comenta casi nada, pero pasa varias veladas sentado con un ejemplar del libro y vuelve la página con cierta frecuencia. Cuando por fin lo cierra, dice: «Sí». Le pregunto qué le parece y, tras un largo silencio, contesta que es divertido, aunque no tiene pinta de haberse divertido. Después menciona nuestra situación financiera, y ya puede hacerlo, puesto que de un tiempo a esta parte es grave en extremo. Coincidimos en que esto del libro debería cambiar un poco las cosas. La conversación deriva entonces hacia los méritos y deméritos del subsidio de desempleo, tema sobre el que Robert tiene opiniones contundentes, y yo trato de parecer inteligente y no acabo de conseguirlo, y luego se centra en las dificultades de obtener frambuesas aceptables de esquejes viejos y de mala calidad.

12 de junio. Carta de Angela, en la que expresa una perplejidad ante mi reciente éxito literario que me parece innecesaria. Llega también una nota de la tía Gertrude, quien dice no haber leído mi libro porque por regla general no le interesa la ficción moderna, pues no deja cabida a la imaginación. Personalmente, opino que, en el caso de la tía Gertrude, es una suerte, aunque por supuesto no le escribo para decírselo.

Cissie Crabbe, en una postal de San Francisco que, sin embargo, lleva el matasello habitual de Norwich, me dice que una amiga le ha prestado un ejemplar del libro y que está deseando leerlo. Qué distinta de la querida Rose, quien ha gastado sin titubear siete chelines y seis peniques en comprarlo, pese al ejemplar gratis que le regalé yo el día de la publicación.

Llega la consabida comunicación del banco en la que me llaman la atención sobre un asunto que ya conozco demasiado bien, y me permito contestarles con inusitado tono de optimismo para asegurarles que espero en cualquier momento un abultado cheque de mis editores. A dicha carta le sigue una epístola de redacción mucho menos segura al caballero sobre el que ha recaído hace poco el privilegio de actuar como mi agente literario, para preguntarle cuándo puedo esperar un pago de mis editores y de qué importe.

La cocinera me manda recado de que ha habido un desgraciado incidente con las chuletas y me pregunta si nos las arreglaremos con una lata de sardinas. Me veo

obligada a aceptar, pues la única alternativa posible son huevos y harán falta para el desayuno. (Recordatorio: Hacer averiguaciones por la mañana sobre la naturaleza del desgraciado incidente).

(Segundo recordatorio, más sincero: Tratar de no pasar la noche en vela y temblando ante la perspectiva de hacer dichas averiguaciones, sino recordar que es bien sabido que todos los criados desprecian a las señoras que les tienen miedo y que, por tanto, mostrarse firme es una táctica mucho mejor).

14 de junio. Advierto entre los vecinos la curiosa y perturbadora tendencia a sospechar que Los He Incluido en un Libro. La mujer del párroco se muestra especialmente elocuente al respecto y afirma haber reconocido a todos y cada uno de los personajes en una obra literaria mía anterior. Añade que ella nunca ha tenido tiempo para escribir un libro, pero que muchas veces piensa que le gustaría hacerlo. Sobre esas cositas, esos comentarios curiosos que oye aquí y allá todos los días de su vida en sus idas y venidas por la parroquia; esto parece Cranford, añade a modo de conclusión. Digo que sí, y tanto, porque no se me ocurre nada más, y acto seguido nos despedimos.

Un poco más tarde, nuestro párroco me cuenta que él tampoco ha tenido tiempo para escribir un libro, pero que si lo hiciera, si dejara constancia de algunas de sus experiencias personales, nadie iba a creer que fueran ciertas. La realidad, dice nuestro párroco, es más extraña que la ficción.

Lo anterior da pie a las más singulares especulaciones en cuanto a la naturaleza de las increíbles experiencias vividas por el párroco. ¿Habría estado involucrado tiempo atrás en un *crime passionnel*, o tomado parte en un duelo en sus lejanos días de estudiante, cuando lo mandaron a Heidelberg a aprender alemán? La imaginación, que siempre va muy por delante de la razón o incluso del decoro, me lleva a tales límites que me veo obligada a subir a hacer un inventario de la ropa blanca para cambiar el torrente de ideas que me ronda la cabeza.

En las escaleras me topo con Vicky, quien me dice sin preámbulos que si por favor puedo mandarla al colegio. Así, sin previo aviso, no puedo decirle ni que sí ni que no, de modo que me limito a mirarla en silencio. Añade un breve comentario para hacerme saber que a Robin lo mandamos interno cuando tenía su edad y retoma el camino escaleras abajo canturreando algo de palabras inaudibles y melodía irreconocible que, estoy segura, debería parecerme totalmente inadecuado.

La cuestión del colegio me preocupa sobremanera, y tengo la sensación de que, como feminista convencida que soy, es mi deber considerar muy seriamente el argumento que he citado más arriba.

15 de junio. Llegada del cheque de mis editores a través de mi agente literario, quien

dice que seguirá otro pago más en diciembre. La cantidad excede mis más descabelladas esperanzas y escribo un acuse de recibo para expresarle mi satisfacción al agente literario en términos sumamente histéricos que posteriormente me veo obligada a modificar por indecorosos. Robert y yo pasamos una agradable velada discutiendo sobre las ventajas relativas de un Rolls-Royce, la luz eléctrica y un viaje al sur de España —esta última sugerencia no es muy del agrado de Robert—, pero por fin decidimos pagar facturas y hacer algo con respecto a la hipoteca. Robert, muy espléndido, añade que haría bien en gastar una parte del dinero en mí misma, y ¿qué tal un collar de perlas? Digo que sí, para demostrar que me ha emocionado su amabilidad, pero no me comprometo con lo del collar de perlas. Me gustaría sugerir un pisito en Londres, pero me sobreviene una violenta e inexplicable inhibición y me encuentro con que no soy capaz de pronunciar esas palabras. Me voy a la cama sin haber mencionado aún el pisito, pero me hago el firme propósito, mientras me cepillo el cabello, de pedir cuanto antes una cita en Londres para hacerme la permanente.

Asimismo, le doy vueltas muy seriamente a la cuestión de que Vicky vaya al colegio y me encuentro con que llego al menos a tres conclusiones definitivas, todas diametralmente opuestas entre sí.

16 de junio. Carta singular de un completo desconocido que me pregunta si soy consciente de que a partir de ahora se me cerrarán las puertas de cualquier hogar decente. Publicaciones como la mía, asegura, resultan dañinas tanto para el arte como para la moralidad. Me gustaría esclarecer este asunto, pero la firma es ilegible y la dirección altamente inverosímil, de modo que no puede hacerse nada al respecto. A falta de chimenea, recorro a la papelería, pero después tengo la impresión de que el servicio o los niños podrían descifrar esos fragmentos, de modo que vuelvo a sacarlos y, con grandes dificultades, prendo una hoguerita privada en un sendero del jardín.

(*Nota bene:* He aquí un ejemplo más de la acusada diferencia entre la vida real y la ficción. En los libros, los documentos de tamaño considerable siempre salen ardiendo a la menor provocación y se ven reducidos a cenizas al instante).

La cuestión del colegio para Vicky se recrudece de manera violentísima y *Mademoiselle* llora en el sofá y dice que no piensa comer ni beber hasta que se tome una decisión. Le digo que su propósito no es nada razonable y le sugiero que tome leche malteada Horlicks, a lo que responde: «*Ah, ça, jamais!*», y no llegamos más allá. Vicky permanece impertérrita y pasa gran parte del rato con la cocinera y *Helen Wills*. Recorro a Robert, quien, al cabo de un largo silencio, me dice: «Haz lo que te parezca mejor».

Escribo para exponerle el caso a Rose, pues es la madrina de Vicky y una persona de lo más imparcial. Entretanto, en casa sigue reinando un ambiente tenso en extremo y *Mademoiselle* continúa negándose a comer. La cocinera hace el misterioso comentario de que es bien sabido que los extranjeros no tienen la virtud de la

resistencia y se desmoronan a la mínima. Sin embargo, *Mademoiselle* no se desmorona, sino que escribe un número espectacular de cartas, todas con tinta morada que se corre por todo el papel cada vez que llora.

Voy andando hasta el pueblo sin otro propósito que salir de la casa, que ahora me parece insoportable, y en la oficina de correos me preguntan si es verdad que voy a mandar a un internado a la señorita Vicky, con lo pequeñita que se la ve. Contesto con una evasiva poco acertada y compro sellos. Emprendo la vuelta a casa por el camino más largo y me encuentro a tres personas, una de las cuales me pregunta con tono compasivo cómo está la dama extranjera. Las otras dos se contentan con lamentar la noticia de que vayamos a quedarnos sin la señorita Vicky.

Entro casi a rastras, la viva imagen de la culpa, y me llevo una sorpresa tremenda cuando veo a Vicky, a quien ya imaginaba como una exiliada moribunda, con un aspecto de lo más radiante, tendida boca arriba en el vestíbulo comiendo caramelos de menta. Comenta con indiferencia que necesita una esponja nueva y nos separamos sin más conversación.

17 de junio. *Mademoiselle* da muestras de mejoría y se toma una taza de té a las once, pero después vuelve a recaer y tiene *une crise de nerfs*. Le sugiero que se meta en la cama y la escolto hasta ella. Cuando pienso que ya puedo dejarla allí sin peligro, envuelta en pequeños chales y el edredón, me llama y me pregunta débilmente si me parece que su salud aguantará la vida en un convento. Me niego, espero que con tono amable, a hablar de esa cuestión y salgo de la habitación.

En el segundo correo del día viene una carta del Club Literario, a uno de cuyos actos asistí una vez en Londres. Me comunican que ahora soy miembro y tienen el detalle de adjuntar una orden bancaria para facilitarme el pago de la suscripción; también incluyen información sobre el Congreso Internacional que se celebrará en breve en Bruselas, al que tienen la certeza de que desearé asistir. Decido que, en efecto, me gustaría asistir, pero tengo mis dudas sobre si conseguiré convencer a Robert de lo imprescindible de mi presencia para el bienestar de la literatura. Me gustaría enfrascarme de inmediato en el tema, pero durante el almuerzo todo se ve eclipsado por el devastador anuncio de que la bomba no funciona y no tenemos agua en la casa. El almuerzo adquiere de inmediato visos de Pascua judía, y Robert se niega a comerse el queso y se marcha con el jardinero a intentar que la bomba vuelva a cumplir con su cometido, lo que consiguen más o menos al cabo de dos horas y media.

18 de junio. La querida Rose, siempre tan categórica, escribe para recomendar que mandemos a Vicky al colegio. Uno mixto, añade con firmeza, y con el método musical de Dalcroze. Robert, cuando se lo cuento, se opone terminantemente a que

una hija suya se críe entre indígenas, sean cuales sean. No consigo sacarlo de ahí ni que vea que eso es irrelevante para el plan educativo que estamos discutiendo.

Rose me manda las direcciones de dos colegios, afirma saberlo todo sobre ambos y me invita unos días a Londres con ella para inspeccionarlos. Le explico a Robert que puedo combinar la inspección con mi nueva permanente, pero es evidente que no está muy receptivo porque sigue inmerso en el *Times*.

Con el correo viene también una nota oficiosa de la prima Maud, la pariente de la anciana señora Blenkinsopp, quien me hace saber que, si busco colegio para mi mocosa, podría recomendarme en su querido Roedean. No pienso ni darme por aludida.

20 de junio. Cometo la audacia de escribir a la secretaria del Club Literario para hacerle saber que acompañaré a sus miembros a Bruselas y asistiré a la conferencia. Tan consciente soy de que dentro de menos de una hora estaré lamentando haber escrito la carta, que mando a Vicky al pueblo con instrucciones de llevarla a correos en lugar de dejarla en el buzón de la entrada como de costumbre.

(Duda: ¿Denotará mi proceder una gran fortaleza de carácter o todo lo contrario? La respuesta surge de inmediato en mi pensamiento, pero no veo razón para ponerla por escrito).

Mademoiselle reaparece en el círculo familiar, y por lo visto ha decidido que ir de medio luto casa bien con la crisis actual, pues lleva un vestido negro al que le ha quitado los accesorios verdes originales, y tiras de tul color malva envolviéndole la cabeza y el cuello. Cuando se topa con ella en las escaleras, Robert pregunta amablemente: «¿Tubián mamuasel?», a lo que *Mademoiselle* replica con una parrafada enrevesada; Robert se limita a contestar: «Ah, güi», y sigue su camino. Un rato después *Mademoiselle* le dice a Vicky, quien me lo cuenta, que no es siempre la educación, ni siquiera la inteligencia, lo que distingue a un caballero.

Por la tarde reviso la ropa blanca y me encuentro con un inexplicable déficit de toallas de mano y con que las servilletas, por otra parte, son más numerosas que nunca. Como de costumbre, a las mantas les vendría bien un lavado, que no puede llevarse a cabo por falta de recambio, y hacen muchísima falta sábanas nuevas. Las añado en la lista de cosas que comprar en Londres, cada vez más larga. Justo cuando vuelvo a bajar por las escaleras, llena de pelusa de las mantas y apestando a alcanfor, un enorme automóvil se detiene en impecable silencio ante la puerta principal y se apea de él una perfecta desconocida tocada con un flamante sombrero del tamaño de un platillo de café con una pluma cayéndole sobre un ojo. Salgo a su encuentro con elegante cordialidad y le digo: «Pase, pase». Eso hace, y nos sentamos en el salón, donde nos miramos durante diez minutos y charlamos de la radio, del vecindario (que evidentemente no conoce), de la situación en Alemania y de muebles antiguos. Resulta que se trata de la señora Callington-Clay, que se ha mudado hace poco a una

casa a más de treinta kilómetros de distancia.

(No consigo imaginar qué me llevó a visitarla, pero recuerdo con claridad haberlo hecho y el inmenso alivio que sentí al comprobar que había salido).

Una vieja amiga mía, me cuenta la señora Callington-Clay, es vecina suya. ¿Me acuerdo de Pamela Pringle? Me veo obligada a decir que no. ¿Quizá la conocí como Pamela Templer-Tate, entonces? Repito que no y me contengo para no añadir con cierta aspereza que en mi vida he oído hablar de esa persona. La señora C.-C. no se arredra y sugiere con la mayor frescura el nombre de Pamela Stevenson, que yo vuelvo a rechazar. La señora C.-C. declara en ese punto que tengo que acordarme de Pamela Warburton. Para entonces estoy bastante aturdida, pero admito que sí, que veintitrés años atrás conocí a una chica increíblemente guapa que se llamaba Pamela Warburton en un pícnic en la orilla del río. ¡Pues ahí lo tiene!, exclama la señora C.-C. Pamela Warburton se casó con un hombre apellidado Stevenson, se fugó con un tal Templer-Tate, pero esta última relación fracasó, explica la señora C.-C., y acabó en divorcio. Ahora está casada con el señor Pringle (muy rico, con algún cargo en la City). Los críos de Templer-Tate viven con ellos, pero no el que tuvo con Stevenson. Tienen una casa preciosa cerca de la región de Somersetshire, y la señora C.-C. confía en que vaya a visitarlos algún día. Estoy demasiado perpleja ante la extraordinaria actividad de mi contemporánea para decir otra cosa que «Sí, claro», y expreso débilmente y con muy poca sinceridad que espero que continúe siendo tan guapa como a los dieciocho, lo cual es una soberana tontería.

Finalmente, la señora C.-C. comenta que le gustó mi libro; le digo que es muy amable por su parte, y pregunta entonces si lleva mucho tiempo escribir uno, a lo que yo contesto «Oh, no, qué va», aunque, acto seguido, me parece muy engreído y desearía haber dicho «Oh, sí», y se marcha.

Me contemplo en el espejo y me embarco en un doloroso e involuntario ejercicio de imaginación en el que aventuro la probable descripción de mí misma que le dará la señora C.-C. a su marido a su regreso a casa. Salgo de semejante fantasía en estado muy desmadejado. Lamentaría mucho relacionar mi estado, en el sentido que sea, con la singular carrera de Pamela Pringle que me han descrito esta tarde. Al mismo tiempo, no puedo negar que nuestros caminos en la vida han divergido mucho desde la remota ocasión del pícnic en el río. No consigo imaginar circunstancia alguna en la que pudiera llegar a separarme de dos maridos, uno detrás del otro, pero quedo extrañamente deprimida ante la inevitable convicción de que mis oportunidades para hacerlo han sido prácticamente inexistentes.

Le escribo a Rose para decirle que iré a pasar unos días con ella la semana próxima para inspeccionar posibles colegios para Vicky, pero que no puedo prometerle que alguno goce de mi aprobación.

21 de junio. Agradable diversificación en el correo con la insólita preponderancia de

recibos sobre facturas.

Hago la maleta para Londres y le explico a Robert que voy a irme a Bruselas para participar en una conferencia literaria de importancia internacional. No parece haberlo asimilado, de modo que vuelvo a explicárselo. Advierto con pesar que mi explicación degenera gradualmente en algo más parecido a una disculpa quejumbrosa que a una declaración firme de intenciones razonables. *Mademoiselle* aparece poco después del desayuno y me dice, con frialdad y afectación, que le gustaría hablar conmigo cuando disponga de diez minutos. Digo que dispongo de ellos en ese preciso instante, pero dice que no, que no es su intención *déranger la matinée* y que preferiría esperar; en consecuencia, paso una mañana horrorosa a la espera de que tenga lugar la entrevista y sin poder pensar en otra cosa.

(Recordatorio: Esta actitud es decididamente infantil, pero no puedo librarme de una abrumadora sensación de culpa).

La entrevista con *Mademoiselle* tiene lugar después del almuerzo y resulta tan enteramente desagradable como había previsto.

(Recordatorio: Esa extendidísima generalización de que las cosas nunca son tan malas como uno espera ha resultado, una vez más, una mentira de tomo y lomo).

He aquí las conclusiones principales a las que llego tras tan perturbadora conferencia: (a) Que *Mademoiselle* es *pas du tout susceptible, tout au contraire*; (b) que se siente profundamente *blessée, y froissée, y agacée*, y (c) que sería capaz de soportar cualquier clase de humillación y privación con tal de que, al menos, le subieran la cena puntualmente.

Esta introducción repentina de un elemento completamente nuevo en la ecuación me supera por completo, y las dos nos echamos a llorar.

Entre sollozos, digo que ambas no deseamos otra cosa que lo mejor para Vicky, y *Mademoiselle* responde con el ofrecimiento de cortarse en mil pedazos, tras lo cual las dos quedamos de acuerdo en posponer la discusión por el momento.

Los franceses no solo resultan en extremo agotadores para sí mismos y los demás en momentos de tensión, sino que además tienen un talento muy acusado para transferir su propia capacidad emotiva a aquellos con quienes tratan.

Se me pasan por la cabeza interesantes especulaciones en cuanto a la probable reacción de Robert, de haber estado presente, a la conversación que acabo de tener con *Mademoiselle*, pero estoy demasiado exhausta para darle más vueltas a la cuestión.

23 de junio. Llegada a Londres, con la mayor sensación de alivio posible. Rose me echa un vistazo y, acto seguido, me pregunta si se ha muerto alguien en casa. Le explico qué clase de condiciones atmosféricas han imperado allí últimamente y me asegura que lo comprende muy bien y que cuanto antes me haga la permanente, mejor. Siguiendo su consejo, pido hora en la peluquería.

Vamos a ver a Charles Laughton en *Pago diferido*, y mi opinión de que es el actor más inteligente que he visto en mi vida queda confirmada. Será en los escenarios ingleses, especifica Rose con actitud muy cosmopolita, y digo «Sí, claro», muy convencida, y confío en que no sepa que mi experiencia con cualquier otro escenario se limita a una representación de *La Grande Duchesse* a la que acudí de niña en Boulogne y a una ocasión en que vi a los Guitry en París, hará unos once años.

24 de junio. Rose me lleva a visitar un colegio, pero dice estar segura de que no me gustará. ¿Y por qué vamos, entonces? Contesta que vale más no dejar piedra por mover y que así me haré una idea de cómo están las cosas.

(Cuando le doy vueltas a su respuesta, me parece de lo más inadecuada, pero en el momento en sí me convence).

Vamos en tren hasta un amplio centro de ladrillo rojo en lo alto de una colina y rodeado por gravilla de color ocre que no me gusta nada. La directora, una mujer vivaracha cuyo tono tiende al morado y al amarillo canario, con lo que no puedo evitar establecer para mis adentros un paralelismo entre ella y el edificio, nos recibe en una sala grande y gélida. Cruzo una rápida mirada con Rose y percibo que su impresión no es favorable, como me pasa a mí, y que ambas sabemos que ese sitio queda descartado; aun así, nos vemos obligadas a desperdiciar la mañana entera inspeccionando aulas —frías y con demasiada luz—, dormitorios —tan ordenados que da pavor, y con mantas rojas como en un manicomio— y un gimnasio con aparatos de aspecto peligroso.

Los críos se ven sanos, con excepción de una niña que lleva una pierna vendada; cuando pregunto, la directora le quita hierro a la cosa y explica que solo tiene furúnculos, y añade que la criatura nació en la India. (Semejante hecho debió de tener lugar hace al menos diez años y es imposible que guarde relación con el caso).

A espaldas de la directora, Rose vocaliza en silencio una larga frase de la que no entiendo una sola palabra y luego sacude con energía la cabeza. Sacudo la mía también y acto seguido nos enseñan la capilla, helada y nada acogedora, y la enfermería, donde una cría tristonera con una incongruente rebequita roja sobre el uniforme se sienta con desánimo ante un rompecabezas de aspecto infernal y antigüedad extrema.

«Hola, encanto», le dice la directora, no muy convencida, a lo que encanto responde con una mirada de pánico, y volvemos a salir.

«¡Pobrecita!», comento, y la directora, más vivaracha que nunca, contesta: «A nuestros niños les encanta la enfermería, aquí lo pasan fenomenal». (Obviamente no es cierto, y si lo fuera, daría una pésima imagen del grado de diversión que impera fuera de la enfermería).

La directora, quien en todo momento se ha referido a Vicky con el impersonal apelativo de «su hija», nos pone en las manos una aterradora colección de

documentos, que ella llama «pormenores»; respondo que ya le escribiré, dicho lo cual regresamos a la estación.

Le digo a Rose que no puedo creer que esa fuera su idea del sitio que estoy buscando, pero se disculpa y me dice que el siguiente colegio será muy distinto y que sabe exactamente, por cierto, qué clase de sitio busco. Acepto lo que dice y nos distraemos en el viaje de vuelta a Londres contándonos cuánto nos han desagradado la directora, su establecimiento y todo lo relacionado con él. Hasta llego al punto de sugerir escribirles a los padres de la niña vendada, pero como no sé el nombre de la cría ni el de ellos, la cosa queda ahí.

(De cuando en cuando me inquieta recordar un axioma santurrón de mi tierna infancia, según el cual habrá que dar cuentas en el más allá de cada palabra dicha porque sí. Si en efecto resulta cierto, preveo una eternidad de lo más ajetreada para muchos de nosotros).

25 de junio. Me hacen la permanente, con la consabida sensación intermitente de que aquello no puede valer la pena por nada del mundo y el convencimiento en última instancia de que sí la vale.

El peluquero me cuenta que esta semana ha hecho cinco cabezas y que todas le han quedado preciosas. También me asegura que no me dejará sola en el secador y añade que por nada del mundo dejan sola a una clienta en esa fase, lo cual suena un poco siniestro y me deja aterrada. Sin embargo, salgo sana y salva y se declara que mi cabeza también ha quedado preciosa, lo cual es verdad.

Vuelvo al piso de Rose, le enseño mis ondas y ella me dice que parezco quince años más joven, lo que me lleva a preguntarme qué aspecto tendría antes y desde cuándo.

Rose y yo vamos de tiendas, y en todas buscamos mi reciente publicación en el escaparate, coincidencia que solo se da una vez. Rose sugiere que, donde no veamos mi libro, entremos y lo pidamos con expresiones de perplejidad; digo que eso deberíamos hacer, en efecto. Y la cosa queda ahí.

26 de junio. Vamos a ver otro colegio y tanto la directora como el precioso y antiguo edificio y los jardines nos causan buena impresión. La educación, sin embargo, parece centrarse por completo en las manualidades —tapetitos de rafia verde y cajitas de cartón color malva— y en la expresión personal, con lo que los modales en la mesa de algunos alumnos no nos parecen en absoluto satisfactorios. Una vez más, decidimos que el colegio no cumple con nuestras expectativas y nos marchamos.

Rose me lleva a una fiesta, donde me presenta a varios escritores, un hombre y ocho mujeres. Llevo un vestido malva nuevo, que he comprado esta misma tarde, y con él y la flamante permanente me veo muy guapa, pero debo recordar forrar los

zapatos de noche porque el brocado dorado está muy gastado y resulta inadecuado.

Una novelista alta me cuenta que es amiga de un amigo de una amiga mía —me viene a la memoria una canción popular— y resulta que se refiere a un joven caballero a quien conocí con el nombre de Jahsper y cuya presencia nos impuso la señorita Pankerton. Presa del espanto y la consternación, evito a la novelista alta durante el resto de la velada.

28 de junio. Me reenvían una carta desde casa, escrita por mi contemporánea de hace veintitrés años, a la sazón Pamela Warburton y ahora Pamela Pringle. Ha oído hablar muchísimo de mí a la señora Callington-Clay (quien solo me ha visto una vez y no puede haberle dicho gran cosa sobre mí, aparte de que existo) y le encantaría volver a verme. ¿Me acuerdo del pícnic en el río en aquellos adorables viejos tiempos? Desde entonces han pasado muchas cosas, escribe Pamela Pringle —a ella sí, desde luego—, y quizá me habré enterado de que, tras muchas tribulaciones, ha encontrado por fin la paz y confía en que sea duradera. (Me pasa por la cabeza la poco caritativa reflexión de que a P. P., visto el carrerón descrito por la señora Callington-Clay, más le vale no contar con ello si con esa «paz» se refiere a la estabilidad conyugal).

¿Pasaré a visitarla pronto —pregunta Pamela lastimera— para rememorar los viejos tiempos?

Contesto por escrito que lo haré a mi regreso, aunque no tanto por los viejos tiempos como por pura curiosidad, pero como es natural no menciono este segundo (y mezquino) motivo.

Voy a un gran establecimiento donde tienen rebajas, para comprar sábanas. A la vuelta, descubro horrorizada que no solo he comprado sábanas, sino también un vestido de encaje azul, seis cuadernos de papel de carta pautado, un pasador de pelo, un retal de brocado rojo y una esterilla de baño blanca y negra, reversible y con una pequeña tara.

No consigo imaginar cómo puede haber ocurrido algo así.

Rose y yo vamos a ver una película francesa, *Le Million*, y nos divertimos mucho. Al salir nos encontramos con un canadiense, un viejo amigo de Rose, claramente, quien nos invita a cenar y al teatro la noche siguiente y añade que traerá a un amigo suyo. Aceptamos y vuelvo a felicitarle por el éxito de mi permanente.

Me remuerde la conciencia y le insinúo a Rose que yo he venido a Londres a ver colegios. «Si, sí», contesta, y añade que hay uno más en su lista que sin duda me gustará y que iremos a verlo esta tarde.

Le pregunto a Rose por su amigo canadiense y me explica que se conocieron cuando ella estaba de viaje por Italia, lo cual me parece un poco ridículo. Añade que es muy simpático y que su madre está en Ontario. Me acuerdo de Ollendorf, pero no lo digo.

Después de almorzar —unas chuletas excelentes que no se parecen en nada a un

plato de nombre similar que aparece a intervalos frecuentes en casa—, vamos en el autobús de la línea verde hasta Mickleham, cerca de Leatherhead. Allí descubrimos el colegio perfecto, un colegio donde la directora pregunta al instante cómo se llama Vicky y a partir de entonces la llama por su nombre, donde el edificio, el jardín y los niños resultan encantadores por igual, donde no se ven vendajes por ninguna parte y donde las manualidades, eso es evidente, reciben la atención justa. Sobre la mesa reposa *Time and Tide*, mi revista favorita, y Rose, ya bastante al principio, asiente con vehemencia con la cabeza a espaldas de la directora. Le contesto con el mismo gesto, pero intuyo que causaré mejor impresión si me voy de allí sin comprometerme del todo. Lo consigo y, tras una breve conversación sobre precios, que son bastante razonables, nos marchamos. Rose se muestra entusiasmada y yo digo que debo consultarlo con Robert, aunque sobre todo *pour la forme*, y las dos tenemos la impresión de que el futuro de Vicky está decidido.

29 de junio. Éxito colosal de la velada ofrecida por el canadiense de Rose. Trae consigo a un amigo americano encantador, cenamos en un restaurante exótico y caro, lleno de celebridades de los ámbitos literario y teatral, y vamos a un espectáculo de variedades. El amigo americano dice que tiene entendido que he escrito un libro, pero no parece tenerme en mal concepto por ello, y después se interesa por el título, lo anota con gesto formal en el programa y se lo mete en el bolsillo.

Nos llevan al Berkeley, donde permanecemos hasta las dos de la mañana, y finalmente nos escoltan hasta el piso de Rose. El americano quiere saber si yo también tengo un piso; contesto que no, por desgracia, y todos convenimos en que es una verdadera pena y que debería ponerle remedio de inmediato. Sigue una discusión de lo más animado en la acera, con un taxi esperando a un coste exorbitado.

Al final nos separamos y le digo a Rose que ha sido la velada más maravillosa que he pasado en años; contesta que el champán suele producir ese efecto y nos dirigimos a nuestras respectivas habitaciones.

Duda que se plantea por sí sola: ¿Cabe lamentarse siempre de los efectos del alcohol? ¿Acaso no cumple a veces el útil propósito de aumentar la autoestima? La respuesta a la segunda pregunta, esta noche, es indudablemente «Sí», pero no estoy en condiciones de predecir cuál será mi reacción de mañana.

30 de junio. Caigo en la cuenta, perpleja, de que tengo prácticamente encima la conferencia literaria de Bruselas y que aún tengo muchas tareas pendientes: el equipaje, el pasaporte, sacar los billetes y cambiar dinero. Consigo hacer gran parte de esas cosas, con ayuda de Rose, y le escribo una larga carta a Robert para decirle adónde telegrafíarme en caso de que les pase algo a los niños.

Decido viajar con un atuendo de seda a cuadros grises y blancos.

Llamo por teléfono a la secretaria del Club Literario para averiguar más detalles, y una subalterna me dice con cierto tono de reproche que la conferencia ha dado comienzo esta mañana y que todos cruzaron el Canal ayer. Me deja atónita, pero Rose me anima, como de costumbre, y dice que no tiene importancia; cuando lo pienso bien, estoy de acuerdo con ella. Pasamos una agradable velada, hablando sobre todo de nosotras, y Rose pregunta en cierto punto que para qué voy a ir a Bélgica, pero ahí me planto y digo que los planes son los planes y que, además, quiero conocer el país. Lo dejamos ahí.

2 de julio. No consigo decidir si va a hacer frío o calor, pero al final me inclino por el calor y me pongo el traje de seda a cuadros grises y blancos, pues pienso que me queda bien, y un sombrero negro. El cielo se nubla de inmediato y de pronto empieza a hacer fresco. Cuando acabo de hacer el equipaje el tiempo se ha vuelto decididamente frío y me veo obligada a sacar el traje de chaqueta azul con el jersey de Shetland y ponérmelos en lugar del conjunto de seda a cuadros grises y blancos, que deposito de mala gana en la maleta, donde va a arrugarse todo. El sombrero negro no casa bien ahora y me paso largo rato probándome los que quedan en el armario, tres en total.

De repente caigo en la cuenta de que es tarde, pues el tren al barco sale dentro de una hora, y cojo un taxi hasta la estación. La aterradora certeza de que voy a perderlo hace que me siente en el borde mismo del asiento del taxi, en una postura extremadamente incómoda que desembocará en intensas molestias musculares. Dicho hecho, sin embargo, u otra causa sin especificar, hace que llegue a la estación Victoria con más de veinte minutos de antelación.

Un mozo me encuentra un asiento y le pregunto si se podrá comer algo en el tren. En el barco, y si es que tienen comida, es su inquietante respuesta. Decido comprarme un poco de fruta y me dirijo a unos gigantescos almacenes de cristal, donde me encuentro con melocotones ingleses a un chelín cada uno, cestitas con fresas, y melocotones de calidad inferior y nacionalidad no especificada a diez peniques. En ese punto, quedo horrorizada al oírme preguntar si podrían ponerme dos plátanos en una bolsa, por favor. No me sorprendería en lo más mínimo que el tipo se negara a servírmelos. Pero me los sirve y vuelvo al tren con plátanos incluidos.

Consigo embarcar sin incidentes. Travesía más llevadera de lo habitual, y solo tengo que recurrir una vez al viejo remedio de recitar «Alarde de aguerridos austríacos».

Llego a Bruselas y me persono en el Hotel Britannia a las ocho en punto. Profusión de felpa roja, absurdas molduras doradas y miembros del Club Literario. Nos miramos mutuamente con espanto y desconfianza. (Duda: ¿Será típica de los ingleses esta reacción? ¿Y prohibirá el patriotismo la convicción de que no es de admirar en absoluto? Los americanos son totalmente distintos y por tanto, me inclino

a creer, mucho más simpáticos).

Por fin me encuentro cara a cara con mi vieja amiga Emma Hay, autora de obras dramáticas de mucho éxito. Mi querida amiga viste de un verde esmeralda que le sentaría mal prácticamente a cualquiera, y lleva una asombrosa cantidad de anillos, broches y collares. Exclama que se alegra mucho de verme y pregunta si he conseguido por fin cortar amarras. Contesto que no, en absoluto, y sugiero que cenemos juntas. Emma me presenta entonces a una larga serie de lumbreras literarias, la mayoría de las cuales parecen ser delegados de los Balcanes.

(*Nota bene*: Lamentaría mucho, muchísimo, que de pronto alguien me hiciera dar detalles sobre la situación de los Balcanes y las partes que los integran).

Me percato, sin sorprenderme en lo más mínimo, de que los balcánicos ignoran mis intentos por parecer distinguida en igual medida que yo los suyos, y mantenemos una amistosa conversación sobre Bélgica: la popularidad del rey Alberto, el corte a lo paje de la reina Isabel y lo bien que viste, y luego nos preguntamos unos a otros si conocemos al señor Galsworthy, que no es el caso.

3 de julio. Por la mañana se celebra la conferencia literaria. Los balcánicos hablan en francés, muy elocuentes, y unos intérpretes no demasiado buenos traducen al inglés. Descubro en varias ocasiones, y con pesar, que mi atención vaga hacia temas que nada tienen que ver, como el matrimonio en igualdad de condiciones, la falta de radiadores en la iglesia del pueblo y las dificultades para conseguir hielo. Para sentir que mi presencia en la conferencia está justificada, tomo notas en el dorso de una tarjeta de visita. Más tarde, cuando las leo, descubro que remiten a la compra de postales para Robin y Vicky, a un recordatorio de que al vestido de noche azul le harán falta unas puntadas para poder ponérmelo y a la necesidad de averiguar el paradero de *Monsieurs* Thomas Cook & Son por si me quedo sin dinero, algo más que probable.

Emma me presenta al delegado italiano, quien hace una reverencia y me besa la mano. Tengo la certeza de que a Robert no le gustaría un pelo esta costumbre continental. La conferencia sigue su curso. Me siento al lado de un poeta (moderadamente) famoso que no me presta atención, ni a mí ni a nadie. La querida Emma, siempre tan vivaracha, aprovecha un descanso en la conferencia para presentarnos, a mí y al poeta contigo, a más balcánicos. El poeta continúa aletargado y un balcánico entradito en años, que ha tratado por equivocación de darle conversación, desiste con una amarga exclamación: «*Ne vous réveillez pas, monsieur*».

Clausura de la conferencia que da pie a conversaciones generalizadas, con Emma llevando a cabo muchas presentaciones, incluida una vez más la del delegado italiano y una servidora. El italiano no da muestras de haberme visto antes, y solo puedo concluir que ni mi aspecto ni mi personalidad han conseguido causarle la más mínima

impresión.

Me descubro preguntándome para qué habré venido a Bélgica. Me gustaría pensar que lo he hecho por razones literarias, pero tengo mis dudas y me siento poco dispuesta a indagar más en la cuestión. A veces la naturaleza humana femenina resulta un tema de especulación francamente desalentador.

Dedicamos la tarde a hacer turismo. Visitamos el admirable ayuntamiento, donde nos recibe el alcalde, que pronuncia un discurso, primero en inglés y luego otra vez entero en francés. Siguen otros discursos como réplica y, acto seguido, un vigoroso caballero belga nos lleva a todos a recorrer Bruselas a pie. Me encuentro mostrándome de acuerdo con un menudo y acalorado delegado —nacionalidad desconocida, pero acento rarísimo—, quien me dice con desaliento mientras pateamos los adoquines: «*C'est un tour de la Belgique à pied, hein?*».

5 de julio. Víctima de un agotamiento extremo producto de mis excesos con el turismo. Le pregunto a Emma si parecerá una falta de compañerismo que me salte la expedición en autobús a Malines de esta tarde. Se la ve atribulada y perpleja y pregunta si puede ser franca conmigo. Me falta valor para decirle cuánto preferiría que no lo fuera y me asegura que, por el bien de la literatura y el internacionalismo, es mi deber ir a Malines. Añade que nos ofrecerán un té en el ayuntamiento —ahora sé que eso significa más discursos— y que después asistiremos a un concierto de carillón.

Emma pregunta entonces si debería vestir de terciopelo verde, que le dará mucho calor, o ponerse el traje de campesina rumanas, que le aprieta un poco pero sin duda complacerá a los delegados de ese país. Me inclino por sacrificar sin la menor vacilación a los delegados rumanos.

Enorme autobús que supone un gran alivio después de tanto caminar. Tomo asiento junto a una dama francesa desconocida con el cabello dorado y mucho pecho, pero Emma me hace señas y me explica que la dama francesa ha venido a Bélgica con la única intención de ver a un amigo polaco, pues solo así puede darle esquinazo a su marido. Quedo muy impresionada, pero no lo digo, no vaya Emma a creerme una provinciana. Le cedo mi sitio al amigo polaco, a quien en mi opinión le hacen falta agua y jabón y un afeitado, aunque quizá se trate de meros prejuicios de isleña, y me siento junto a un joven caballero americano que hace caso omiso de mi presencia.

(Duda: ¿Equivale esta complacencia por mi parte a una actitud permisiva hacia las muy singulares relaciones que claramente prevalecen entre mis colegas *littérateurs*? De ser así, carezco del valor moral suficiente para hacer nada al respecto. Durante el trayecto no ocurre nada digno de mención aparte de que la dama francesa se quita el sombrero y apoya la cabeza en el hombro de su vecino, y de que oigo cómo un delegado belga le pregunta a una inglesa jovencita y monísima cómo llaman a un autobús en su país, a lo que la joven contesta con suma ingenuidad:

«Guagua»).

Llegada al ayuntamiento, donde tienen lugar los discursos y el té, exactamente según lo previsto, y nos dirigimos en grupos, y a pie, al concierto de carillón. Mi vecino americano me abandona —tenía la certeza de que lo haría en cuanto tuviese oportunidad— y aminoro el paso para adaptarlo al de una belga sumamente anciana, quien afirma que no nos conviene emular a *les jeunes* un día caluroso como el de hoy y pregunta si no reparo en que para *nous autres* existe siempre el riesgo de una apoplejía. En vez de contestar, reflexiono para mis adentros sobre la poquísima recompensa que nos reportan en esta vida nuestra los intentos de llevar a cabo buenos actos.

6 de julio. Conferencia de clausura por la mañana, en la que sin duda se llega a conclusiones muy importantes pero que no puedo seguir porque me dedico a leer unas cartas de casa que acaban de llegar. Robert confía en que lo esté pasando bien y dice que han caído cuatro gotas desde el jueves y que ha llegado la factura por la reparación del tejado y que sube más de lo que esperaba. Robin y Vicky me envían cartas breves pero cariñosas y me informan sobre todo de cosas relacionadas con la comida y, en el caso de Robin, del progreso de su colección de sellos, cuyo valor, según dice, debe de rondar ahora los diez u once peniques.

Por la tarde tiene lugar un recorrido en lancha motora por el puerto de Amberes, y casi todos nos sentamos de espaldas a la borda y nos miramos unos a otros. En mis inmediaciones, la conversación se centra en el presidente Hoover, las novelas de J. B. Priestley y *El amante de Lady Chatterley*, que todos excepto yo parecen haber leído y admirado. Le pregunto a una dama desconocida a mi derecha si puede conseguirse en el club del libro del *Times* y me contesta que no, que solo en París, y me aconseja pasar por allí antes de volver a Inglaterra. Sin embargo, no me parece que un gasto adicional de semejante magnitud fuera a estar justificado y, en cualquier caso, no tendría una explicación satisfactoria que darle a Robert sobre dicho *détour*.

Desembarco de la lancha motora aterida, agotada y con la certeza de que la tez se me ha vuelto de un tono verde pálido. Dicha intuición se ve confirmada cuando me echo un vistazo en el espejito de mano. Justo cuando me estoy aplicando polvos, con más energía que resultados, se me acerca Emma, en cuya vitalidad no han hecho mella alguna ni la compañía de sus colegas escritores ni la lancha motora, con el delegado italiano, a quien vuelve a presentarme.

La clausura del acto tiene lugar por la noche con un banquete de gala para el cual, por extraño que parezca, todos tenemos que pagar una suma de francos astronómica. Desorbitado número de discursos, mediante el ingenioso sistema de una bombilla carmesí que se enciende en cuanto el parlamento de alguien excede los dos minutos y medio. Por desgracia, no surte efecto alguno en muchos oradores, que hacen caso omiso. La querida Emma no es uno de ellos, y hace comentarios admirablemente

concisos que arrancan muchos aplausos. Me siento junto a un holandés desconocido, que me pregunta si prefiero hablar en inglés, en francés, en holandés o en alemán, y un oriental muy menudo y polvoriento que se queja del calor.

A las once nos ponemos en pie y se nos sugiere un baile. Cuando me escabullo discretamente en busca del abrigo, un taxi y la cama, aparece Emma y me dice que no puede ser, que tengo que quedarme y bailar. Protesto débilmente y ella pregunta: ¿por qué no? La única respuesta racional sería que tengo un dolor de cabeza tremendo y que ni mis colegas me interesan a mí ni yo les intereso a ellos. Huelga decir que no me doy el lujo de ser tan franca, por lo que Emma me empuja a los brazos del joven caballero americano para un foxtrot. Le digo que bailo fatal y contesta que a él no hay nadie capaz de seguirle el ritmo. Ambas declaraciones resultan totalmente ciertas, y vuelvo al hotel muy desinflada, recordándome que no sirve de nada luchar contra la mediana edad.

8 de julio. Embarco con destino Inglaterra con cierta sensación de gratitud. Me sorprende descubrir que me duele un poco la garganta, sin duda a causa de haber pasado una semana entera empeñada en chillar más que mis colegas del Club Literario.

Emma, que viaja conmigo, dice que va a pasar todo el mes que viene de acampada en Gales y me propone acompañarla. No llevará más que una tienda de campaña, y se alimentará de plátanos y chocolate con leche. Las asociaciones que me despiertan sus últimas palabras me llevan a responder distraídamente que a los niños les encantaría. Emma parece dolida y me pregunta si pretendo pasarme la vida entre el cuarto de los niños y la cocina. La única respuesta posible por mi parte es que me gusta hacerlo y en ese punto la conversación se torna muy animada y algo dolorosa. A bordo del barco, Emma me evita y me veo en la insufrible compañía de un novelista a quien le interesa el sexo. Tiene muchísimo que decir al respecto y nos pasamos lo que parecen horas sentados en cubierta. Por fin dice que confía en no estar aburriéndome y, para mi espanto e incredulidad, me oigo decir «No, no, en absoluto», lo cual, cómo no, le da pie para continuar.

Cada vez más paralizada, solo pienso en cómo escapar, pero no se me ocurre nada. Finalmente murmuro que tengo frío, lo cual es cierto, y él sugiere de inmediato que paseemos por cubierta; mientras lo hacemos, me habla sobre las costumbres conyugales más extendidas entre las tribus perdidas del otro hemisferio, extraordinariamente perturbadoras. Termino preguntándome débilmente si dejaría de hablar en caso de que me viera saltar de pronto por la borda. A punto estoy de poner a prueba dicho experimento cuando Emma se levanta de pronto de una tumbona, donde estaba envuelta en mantas, y dice que por fin me encuentra, que me ha estado buscando por todas partes.

Me dejo caer junto a ella con infinita gratitud, y el novelista, tras asegurarme que

se acordará de enviarme la lista de libros a su regreso a Londres, se aleja. No recuerdo que hayamos hablado de libros, pero tengo la absoluta convicción de que serán totalmente inadecuados para incluirlos en una biblioteca respetable.

Emma, muy amable, comenta que no pretendía decirme lo que me ha dicho (a esas alturas ni me acuerdo de qué era, pero no se lo digo) y afirma que lo que me hace falta es una buena noche de descanso. Luego me habla de una nueva trilogía que tiene previsto escribir y que debería publicarse en 1938, y de sus opiniones sobre Bertrand Russell, las obras de Stravinski y la relatividad. A la una de la mañana nos retiramos al camarote y lo último que oigo es la constructiva afirmación de Emma de que no debo temer la influencia americana en los escenarios ingleses...

9 de julio. Regreso a Londres, aunque no antes de haber soportado otra avalancha de conversaciones de varias lumbreras literarias.

(Duda: ¿No existe acaso una relación muy cercana entre el talento literario y la capacidad de hablar con desmesura? Y de ser así, ¿no sería el deber de las personas solidarias dejarlo bien claro de una vez por todas? Duda subsiguiente: ¿Cómo?).

Me separo de todos con alivio inconmensurable y con expresiones de pesar completamente falsas.

Encuentro a Rose presa de gran excitación y me dice que ha encontrado justo lo que yo buscaba. Respondo con firmeza que si se trata de un Bertrand Russell para Vicky, ni en broma, a lo que Rose contesta que no sabe de qué hablo y que me ha encontrado un piso. La respuesta lógica y directa sería que yo no busco piso y que no puedo permitírmelo. Sin embargo, no acierto a dar esa respuesta y acompaño a Rose en autobús al número 19 de Doughty Street, donde me informa de que ahí vivió un tiempo Charles Dickens. Añade el impresionante dato de que no sé quién nació en una casa allí cerca, en Theobald's Road. Una animada discusión en cuanto a los méritos relativos de pronunciar «Theobald» o «Tibbald» nos lleva hasta la puerta del piso, en la primera planta, donde el inquilino de la planta baja nos facilita las llaves. Al abrir nos encontramos con un piso excelente, sin amueblar, con dormitorio, salita de estar, cuarto de baño y cocina. En esta última, comento que preferiría comer siempre fuera a cocinar. Rose, con mucho aplomo, me dice que la utilice de trastero. Tomamos nota de cuestiones inteligentes que plantear a la inmobiliaria —Rose se lleva la palma del sentido común con preguntas sensatas como si el alta y el consumo de electricidad se incluyen en el alquiler— y al poco me encuentro con que me he comprometido a alquilar el piso durante tres años, con la posibilidad de subarrendarlo y de elegir el papel pintado a un coste que no supere los dos chelines el metro. Desde el tercer trimestre, en septiembre, concluye el agente; y sugiere un depósito de dos libras, digamos, que Rose y yo reunimos con grandes dificultades, y en florines, sobre todo.

Me marchó sintiéndome totalmente aturdida e incapaz de imaginar cómo voy a

contarle esto a Robert. La sensación se recrudece violentamente en plena noche; de hecho, me tiene despierta durante más de una hora y viene acompañada de un aluvión tremendamente perturbador de preguntas sin respuesta, como qué voy a hacer con el teléfono, quién cuidará del piso cuando yo no esté y cómo haré para que limpien las ventanas. Tras el doloroso paréntesis vuelvo a dormirme y, cuando despierto, estoy tranquila y solo siento una leve aprensión que, sin embargo, podría obedecer al agotamiento mental.

11 de julio. Vuelvo a casa y me recibe la acumulación habitual de sucesos inesperados, como una misteriosa mancha en el techo del dormitorio de invitados, un enorme moretón que luce Vicky a resultas de una actividad no especificada pero relacionada con la bicicleta del jardinero, y unas cartas a las que debería haber respondido días atrás pero que nunca me reenviaron. Descubro con asombro que sirven un té repugnante, con un bizcocho con adornos morados, comprado fuera y bastante malo, y sin mermelada. La certeza de que por la mañana tendré que hablar del tema con la cocinera me deja por los suelos, y para cuando me voy a la cama, Rose, Londres y Doughty Street han quedado relegados a un pasado casi olvidado.

Robert sube a acostarse pasada la una —sé perfectamente que se ha quedado dormido abajo— y procedo a contarle lo del piso. Dice que es muy tarde y que la lavandera debe de pasarle los pijamas por el rodillo escurridor, pues siempre tienen botones rotos. Hago caso omiso del comentario y vuelvo a hablarle del piso, pero sin éxito. Desesperada, le pregunto si quiere que le cuente lo del colegio de Vicky; contesta que ahora no y los dos nos sumimos en el silencio.

12 de julio. La cocinera presenta su renuncia.

14 de julio. Pamela Warburton —ahora Pamela Pringle— y yo volvemos a encontrarnos, pues me tomo la molestia de ir en coche hasta el condado vecino en respuesta a una invitación a tomar el té.

Casa gigantesca con jardines inmensos que confío no tener que inspeccionar. Me hacen pasar a una habitación con el techo azul y llena de perritos, todos ladrando. Pamela, vestida con un pantalón suelto de satén azul y blandiendo una enorme boquilla, se ve tan increíblemente joven y guapa que me deja de una pieza. Me impresiona especialmente el favorecedor efecto del luminoso pintalabios de color coral, y se me pasa por la cabeza la descabellada idea de aparecer acicalada así el domingo que viene en la iglesia y observar la reacción del párroco. Semejante fantasía queda disipada por el saludo de Pamela, que me presenta a lo que parece un pequeño regimiento de hombres, el más viejo y calvo de los cuales resulta Pringle.

Pamela les dice que ella y yo fuimos juntas al colegio —no es cierto en absoluto— y que no he cambiado nada —me gustaría creerlo pero no lo consigo—, y me ofrece un cóctel, que acepto temerariamente para demostrar lo moderna que soy. Sin embargo, no lo disfruto en lo más mínimo ni me parece que mejore mis aptitudes para la conversación. Es más, me veo de entrada en un grave aprieto cuando un joven desconocido me pregunta si no soy la mujer del coronel. Lo niego al instante, sorprendida, y luego me pregunto si no habré dado pie a un escándalo y trato de arreglarlo añadiendo con un hilo de voz que ni siquiera conozco al coronel y que estoy casada con alguien completamente distinto. El joven desconocido pone cara de incredulidad y se lanza a hablar de inmediato de la decoración de interiores, de la familia real española y de la iluminación moderna. Respondo bajito y trato de recordar si Pamela P. ha tenido siempre el cabello castaño rojizo. Por otra parte, me gustaría saber cómo ha logrado reunir a sus hombres y eliminar totalmente a las esposas que suelen acompañarlos.

Más tarde se me presenta la oportunidad de averiguar más sobre ese fenómeno cuando P. P. me lleva a ver a sus hijos. No me atrevo a hacerle muchas preguntas sobre ellos por temor a embarcarme en intrincadísimas cuestiones relativas a las extravagancias conyugales de P.

El cuarto de los niños está decorado enteramente en blanco y amueblado como en esos artículos ilustrados que las amas de casa leen en *Good Housekeeping*, igual, hasta en el detalle de la greca de color que rodea las paredes. Expreso mi admiración pero me siento secretamente abatida ante el contraste con la habitación donde los niños estudian en casa, mucho menos lujosa. Me oigo coincidir firmemente con P. P. en que es importantísimo educar el gusto desde el principio y trato de no acordarme del gran tablón verde cubierto de recortes de revistas ilustradas, ni de la horrorosa alfombra de Bruselas heredada de la querida abuelita, ni del retrato al óleo, más horroroso incluso, de un campesino no identificado que lleva una tinaja de aspecto inverosímil, cosas todas ellas que conforman el entorno habitual de Robin y Vicky.

P. P. llama a los niños, que hacen su aparición, y su apariencia es incluso más cara e higiénica, si cabe, que la de su cuarto. Me horrorizaría pensar que siento una punzada de satisfacción ante el hecho de que todos lleven gafas y uno de ellos un parche, pero no puedo evitar la sospecha de que, en efecto, lo he experimentado. Todos tienen el cabello liso y oscuro, lo que me hace dudar más que nunca de las ondas castaño rojizo de P.

Les estrecho la mano a todos y digo que en casa tengo un niño y una niña, información que los críos reciben con descarada indiferencia, y con razón. Pamela me enseña los dormitorios infantiles contiguos y un baño y una cocina alicatados, y comenta que es muy práctico tener un ala entera para los niños separada del resto de la casa. Contesto que sí, desde luego, como si siempre lo hubiera pensado, y me despido con alivio de los pequeños cuatro ojos.

Cuando bajamos, Pamela se muestra muy efusiva y dice confiar en que nos

veamos mucho, ahora que somos vecinas. No me parece que vivir a sesenta y cinco kilómetros signifique ser vecinas, pero respondo como es debido y ella añade que algún día deberíamos charlar largo y tendido. Espero, no puedo evitarlo, que eso signifique que va a contarme la historia de Stevenson, Templer-Tate y compañía.

(*Nota bene*: De no contener unas seguras referencias a sucesos escandalosos y deplorables que más valdría relegar al olvido, las confidencias de P. P. no podrían importarme un pimiento, lo que constituye un hecho singular y lamentable).

Conduzco los sesenta y cinco kilómetros de vuelta a casa pensando en una nueva cocinera —no hay prácticamente ni un rayo de esperanza en el horizonte—, en la decisión sobre el colegio de Vicky, en la probable reacción de *Mademoiselle* ante el anuncio definitivo sobre ese punto y en el problema que supone amueblar el piso de Doughty Street.

17 de julio. Me veo obligada a ir a por todas con Robert y le exijo que me escuche mientras le cuento lo del piso. Por fin me presta toda su atención y me deshago en un torrente de elocuencia que va perdiendo fuerza según me percató del efecto que surte en Robert. Finalmente, amable pero abatido, dice que no sabe cómo se me ha ocurrido una cosa así, pero que supone que algo tenía que hacer, y añade que aquí tenemos demasiados muebles y algunos pueden ir a parar a Doughty Street.

Sus palabras me animan y pasamos a revisar con detalle los muebles y objetos de la casa, tras lo cual descubrimos que solo podemos prescindir de un gran jarrón verde del salón, una mesita de madera de arce a la que le falta una pata, un grabado enmarcado del príncipe consorte colgado en el rellano del baño, y un trozo de moqueta que supuestamente se subió al desván. Dicho estado de cosas exige una reconsideración completa, partiendo de una nueva base, de la cuestión del mobiliario. Me altero mucho y Robert dice que es mi dinero, al fin y al cabo, y que mejor dejarlo estar por el momento y que ya hablaremos más tarde. Me veo obligada a avenirme a su última sugerencia, pues la corrobora saliendo inmediatamente de la habitación.

Escribo varias cartas a agencias de colocación y pongo un anuncio en la gaceta local para encontrar cocinera. Tardo mucho en redactarlo porque tengo tanto la sensación de que más vale ser honesta y hacerles saber lo peor desde el principio, como la impresión de que la situación debe parecer lo más atractiva posible. Finalmente, incluyo «excursiones interesantes» y dejo fuera «solo lámparas de aceite», pero vuelvo a hacer gala de franqueza con «casa de campo muy tranquila» y «familia de cuatro miembros».

Me deja perpleja, y no por primera vez, la exhibición de talento y diligencia, absolutamente inédita, por parte de la cocinera saliente, quien nos hace llegar delicias gastronómicas desconocidas hasta entonces, claramente decidida a demostrar lo que vamos a perdernos.

19 de julio. Recibo dos respuestas al anuncio en la gaceta, la primera de una persona casi analfabeta que confía en que no queramos cenar por las noches (Duda: ¿por qué íbamos a querer algo así?) y la segunda, de mejor nivel pero bastante desagradable, de alguien que exige un pinche, un salario desorbitado y concesiones inverosímiles en cuanto a horas libres. La razón me dice que no conteste a ninguna de las dos; aun así, me encuentro enviando largas y detalladas respuestas e incluso, en el caso de la mejor redactora, sugiriendo una entrevista.

La cuestión del colegio de Vicky se recrudece y exige, y obtiene, decisiones definitivas. Me veo ante la horripilante necesidad de darle la noticia a *Mademoiselle*. Decido hacerlo inmediatamente después del desayuno, pero me encuentro atendiendo cuestiones urgentes en otras partes de la casa que me tienen ocupada hasta que *Mademoiselle* emprende su paseo con Vicky, gracias a Dios.

(Duda: ¿No suele conducir la cobardía moral a cotas elevadas de autoengaño? Respuesta: Sí, sin la menor duda).

Decido hablar con *Mademoiselle* después del almuerzo. Llegado el momento, sin embargo, parece abatida y comenta que el mal tiempo *lui porte sur les nerfs*, y pienso que quizá mejor dejarlo para después del té. No consigo dilucidar si es un gesto de verdadera consideración por mi parte o, una vez más, mera cobardía. El tiempo sigue empeorando a lo largo del día y es probable que vaya a *porter* más que nunca a *Mademoiselle sur les nerfs*, pero tomo la férrea decisión de no dejar que interfiera en mi charla con ella cuando Vicky se haya acostado.

La esposa del director de Robin me dice por carta que van a mandar a todos los niños a casa con una semana de antelación debido a un caso de ictericia que, según añade, no es contagioso. No le veo ni lógica ni sensatez alguna, pero estoy encantada de tener muy pronto a Robin con nosotros. Lástima que Robert no parece compartir mi satisfacción. Sin embargo, Vicky lo compensa con una ruidosa y prolongada demostración de entusiasmo. Su actitud, como de costumbre, emociona a *Mademoiselle*, quien exclama: «*Ah, quel bon petit coeur!*» y me sume de nuevo en el desaliento ante el duro golpe que le espera. Me encuentro retrasando desesperadamente el momento de que Vicky se vaya a la cama mediante una partida de Ludo de duración inusitada. Justo cuando le estamos dando las buenas noches a Vicky, me informan de que en la puerta de atrás hay una dama que desearía hablar conmigo, por favor. La dama en cuestión resulta estar en posesión de un maltrecho cochecito de bebé a rebosar de cajas de cartón verde, cientos de ellas al parecer, que contienen, según dice, prendas tejidas a mano por ella misma. Se ofrece a enseñármelas. Le digo que no, gracias, hoy no, y procede a enseñármelas de inmediato. Me parecen, todas ellas, absolutamente espantosas.

Sigue un doloroso monólogo que incluye menciones de un marido antaño coronel del ejército, antiguas visitas a la corte y un personal de servicio de diez miembros. No me creo una sola palabra, pero prefiero no hacérselo saber ni interrumpir tamaña verborrea. Gran alivio ante la aparición de Robert, quien hace desaparecer el

cohecito, cajas incluidas, mediante el mero poder de la mirada humana, por lo visto, y en menos de tres minutos.

(Más tarde admite haberse desprendido de media corona en el portón trasero del jardín, pero me parece un gesto enternecedor y que dice mucho en su favor).

Después de cenar, Robert se muestra inusitadamente parlanchín —sobre el heno — y, como prefiero no interrumpirlo, llega la hora de irnos a la cama sin que haya puesto al corriente a *Mademoiselle* del funesto destino que se le avecina.

21 de julio. Entrevisto a dos cocineras, con resultados completamente desfavorables. Vuelvo a casa sumida en una profunda depresión y *Mademoiselle* se ofrece a prepararme una tisana, que sustituye por un té ante mi insistencia, y se muestra tan amable conmigo que pospongo una vez más la dolorosa tarea de ilustrarla en cuanto a su futuro inmediato.

22 de julio. Regreso de Robin, quien se muestra burlón con lo del caso de ictericia — se suponía que era un amigo suyo— y tiene buen aspecto. Come como una lima a la hora del té y se queja de que en la escuela se muere de hambre. *Mademoiselle* exclama: «*Le pauvre gosse!*» y le ofrece una tableta de chocolate Menier, que Robin acepta con gratitud, aunque yo sé demasiado bien que se trata de una alianza de carácter muy efímero.

Le cuento a Robin lo del piso en Doughty Street y se muestra muy interesado y comprensivo, y se ofrece a hacerme una caja para zapatos o unos estantes para libros, lo que yo prefiera. Pasamos entonces al jardín y jugamos al críquet tras haber ignorado todos en bloque, pues era lo suyo, la petición de *Mademoiselle* de *une balle de caoutchouc*. Robin me permite amablemente defender el rastrillo, pues es la posición que considero menos peligrosa, y Vicky, encargada de lanzar, lo hace muy despacio y con muchos tiros fuera. *Helen Wills* hace su aparición, como de costumbre, pero nos abandona tras recibir un pelotazo en las patas delanteras. Cuando llevamos lo que me parecen varias horas, aparece Robert y el juego se transforma en algo completamente distinto y mucho más enérgico. Al instante, *Mademoiselle* dice con firmeza: «*Moi, je ne joue plus*» y entra en la casa. No me parece que lo suyo sea espíritu deportivo, pero, secretamente, tengo la convicción de que la cobardía moral es lo único que me impide seguir su ejemplo. Sin embargo, continúo inamovible en mi puesto —sería indicado establecer aquí una analogía con *Casabianca* de Felicia Hemans— y hasta llego a parar un par de lanzamientos; luego se me escapan un par y me dicen que mejor haga de bateadora, y consigo anotar dos tantos antes de que Robin me elimine.

El críquet no es lo mío, decididamente, pero dicha reflexión se ve seguida por la inevitable pregunta: «¿Y qué deporte lo es?». No encuentro respuesta.

23 de julio. Cojo el toro por los cuernos, aunque con retraso, y voy en busca de *Mademoiselle* a las dos de la tarde —Vicky está descansando y Robin leyendo *Sherlock Holmes* en las escaleras de la entrada, sitio que prefiere a otros más ortodoxos como la sala de estar—, y le pregunto con un hilo de voz si puedo sentarme un momento.

Mademoiselle me ofrece al instante su propia butaca y dice: «*Ah, ça me fait du bien de recevoir madame dans mon petit domaine*», lo cual me hace sentir peor que nunca.

Sigue una media hora sumamente penosa. Nos internamos en un terreno por donde hemos transitado ya muchas veces y llegamos a conclusiones solo para retroceder de nuevo, y todo el asunto acaba, como de costumbre, en un mar de lágrimas y mutuas manifestaciones de estima. Salgo de allí con solo dos hechos seguros a los que aferrarme: *Mademoiselle* va a volver a su tierra natal en fecha cercana y Vicky se va al colegio de Mickleham en septiembre.

(*Nota bene*: Al anunciarle la noticia a Vicky, tengo que presentársela de tal forma que no le provoque una alegría indecente ante su emancipación ni una pétrea indiferencia ante la partida de *Mademoiselle*. Preveo que puede tratarse de una situación peliaguda y se lo comento a Robert, quien dice que no adelante acontecimientos, lo cual me molesta bastante).

Me paso un montón de rato escribiendo a la directora del colegio de Vicky, al dentista para pedir hora y a los economatos del Ejército y la Marina para encargar comestibles. No sé decir por qué debería dejarme tan agotada física y emocionalmente algo así, pero el caso es que lo hace.

25 de julio. Voy a Exeter para entrevistar a una cocinera más y me paso exactamente dos horas y veinte minutos en la oficina de colocación esperando a que aparezca, cosa que no hace. A ratos, le pregunto a la mujer de aspecto desagradable y boina naranja que está detrás del mostrador qué piensa que puede haber pasado, y me contesta que no sabría decirlo y que en su oficina no había pasado nunca, jamás, nada parecido, lo cual me hace sentir que es culpa mía.

Hace su entrada una mujer con impermeable rosa transparente y pinta de agobiada, y pregunta por una cocinera que haga las veces de criada, pero Boina Naranja le asegura con aspereza que ya no se encuentran cocineras que hagan las veces de criada para trabajar en el campo. Si así fuera, añade con sarcasmo Boina Naranja, ella misma habría hecho fortuna tiempo atrás. A Impermeable Rosa, como a la reina Victoria, aquello no le divierte, y vuelve a salir. Sigue un largo intervalo, durante el cual Boina Naranja sale de la habitación y regresa con una taza de té, y yo, por enésima vez, echo un vistazo a la única literatura disponible, que consiste en una ridícula revistucha titulada «¿Pueden hablar los muertos?» y un destripado ejemplar

de *Sphere* de febrero de 1929.

Boina Naranja bebe de su té y mantiene una larga y misteriosísima conversación en susurros con una clienta que parece una mujer de la limpieza. Noto que me invade la parálisis y tengo el presentimiento de que nunca podré volver a moverme, pero finalmente lo hago, por supuesto, y me encuentro con que casi pierdo el autobús de vuelta a casa. Tramo un plan para vender la casa e irme a vivir a un hotel, preferiblemente en el sur de Francia, y así librarme para siempre de la cuestión del servicio. Soy consciente de que semejante idea no es del todo factible y de que conduciría sin duda a problemas muy serios con Robert.

(Duda: ¿No será errónea la teoría que atribuye las fantasías ociosas e inútiles a la juventud? Me siento mucho más inclinada a sumarlas a tantas otras flaquezas inadecuadas e improductivas de la mediana edad).

Paso la velada con los niños, que dan extraordinarias muestras de energía y parecen sorprendidos cuando declino su invitación a jugar a tocar y parar, pero acceden encantados a sentarse a que les lea, por tercera vez, la novela cómica *Viceversa*.

26 de julio. Animada charla durante el desayuno acerca del problema anual de las vacaciones de verano. Propongo la Bretaña francesa y saco un folletito que pedí en la agencia de viajes de Exeter y que promete con audacia sol y baños ilimitados, y alojamiento baratísimo. Cuento con el apoyo de Robin, quien añade la condición de que no le exijan comer ranas. *Mademoiselle* suelta un gemido y comenta que cruzar el Canal será sin duda fatal para todos, pues este año hay muchísimos *naufrages*. En este punto, Vicky complica el asunto al insistir en que viajemos en avión y añade que en Francia todos los niños pequeños llevan el pelo tan corto como presos. *Mademoiselle* se pone *froissée* y dice: «*Ah non, par exemple, je ne m'offense pas, moi, mais ça tout de même*», seguido de un largo discurso cuya conclusión es que Vicky no tiene corazón ni sentido común, ante lo cual Vicky suelta alaridos y Robert dice vaya por Dios y corta jamón.

La discusión vuelve a empezar de cero, con Vicky al otro lado de la puerta, desde donde se la oye chillar a intervalos, aunque, más que fruto de un disgusto serio, parece hacerlo mecánicamente, y *Mademoiselle* muestra cierta tendencia a apretar los labios y a repetir que nadie presta la más mínima atención a sus deseos.

Vuelvo al punto de partida, a lo de la Bretaña, con el firme apoyo de Robin, quien comenta que es bien sabido que todos los extranjeros se alimentan de caracoles. (Ante eso miro con aprensión a *Mademoiselle*, pero por suerte no lo ha oído).

La única contribución de Robert a la discusión es su afirmación de que Inglaterra ya le parece bien.

(Podría recordarle a Robert muchas ocasiones, en especial las relacionadas con el Gobierno laborista, en las que Inglaterra no le ha parecido bien ni muchísimo menos,

pero me contengo).

Pregunto si no sería un plan excelente cerrar la casa durante un mes y cambiar totalmente de aires, lo que resultaría beneficioso tanto para la mente como para el cuerpo. (Y así, ganaría tiempo para encontrar cocinera, pero no menciono este factor algo prosaico).

Justo cuando pienso que mi elocuencia está haciendo progresos, Robert echa atrás la silla y declara que todo eso es una gran pérdida de tiempo y que quiere llevarse el ternero al mercado, lo cual procede a hacer.

Mademoiselle me pide entonces diez minutos para hablar seriamente conmigo, a lo que accedo con aparente calma pero aterrada por dentro. El resultado de los diez minutos —que para cuando acabamos con el asunto ya se han extendido hasta los setenta— es que los nervios de *Mademoiselle* ya no pueden soportar toda esta situación y, a menos que cambie de ambiente de inmediato, va a *succomber*.

Estoy de acuerdo en que eso debe evitarse a toda costa y le ruego que disponga cuanto crea necesario. *Mademoiselle* se echa a llorar, y sigue llorando cuando entra Gladys a recoger las cosas del desayuno. (No puedo evitar preguntarme con abatimiento a qué clase de comentarios dará pie en la cocina este prolongado *tête-à-tête*).

La mañana entera parece invertirse en estas dolorosas actividades y sin resultados definitivos, aparte de que *Mademoiselle* no hace acto de presencia en el almuerzo y ambos niños se portan increíblemente mal.

(Recordatorio: La influencia de una madre resulta casi siempre completamente desastrosa, si es que tiene alguna. Los niños se portan siempre mucho peor bajo la supervisión materna que bajo la de cualquier otro).

Por la noche, retomo la cuestión de la Bretaña con Robert y, estimulada por el desastroso almuerzo de hoy, sugiero que contratemos a un preceptor particular para el verano. Podría bañarse en el mar con Robin, explico, y evitarme así mucha angustia, y llevarse a los niños de excursión. Robert pregunta si estoy dispuesta a pagar diez guineas a la semana por dichos servicios. Como la respuesta es más que evidente, me la ahorro, y escribo una carta a una conocida agencia académica.

29 de julio. Con lo de la Bretaña prácticamente organizado, tras haber elegido un lugar cerca de Dinard, sigue una búsqueda frenética de pasaportes, que se encuentran en sitios bien inesperados, como el armario de la ropa blanca —y, en el caso de Robert, de calce de una cómoda inestable en el vestidor—, para ponerlos al día, lo que supone un gasto considerable.

Mantengo largas conversaciones con la agencia de viajes sobre el alojamiento en el hotel y los trámites para registrar el equipaje, y entrevisto a dos posibles preceptores, entre los cuales y mi persona surge una instantánea y violenta antipatía nada más ponernos la vista encima.

Uno de ellos sugiere que siete guineas y media semanales sería una remuneración adecuada y me informa de que debe tener las noches libres, y el otro asegura que se le da muy bien imponer disciplina pero insiste en que debo dejarle mano libre. Respondo con aspereza que no es eso lo que andaba buscando, y nos despedimos.

30 de julio. Día absolutamente espantoso, dedicado por entero a despedirnos de *Mademoiselle*. Nos hace regalos a todos: a Robert le cae un marquito hecho con conchas de mejillón pintadas de dorado y a mí, unos calcetines para estar por casa de lana rosa, cada uno con un trébol de cuatro hojas bordado. Nosotros le regalamos un bolso de piel azul —en cuyo bolsillo interior he metido un cheque—, un reloj de viaje y un brochecito chapado en oro que representa unas raquetas de tenis cruzadas, con una perla artificial a modo de pelota (aportación individual de Robin y Vicky). Al final tiene lugar un emotivo *crescendo* que culmina en un torrente de lágrimas por parte de *Mademoiselle*, quien se limita a decir «*Mais voyons! Il faut se calmer*» y luego llora más que nunca. Me gustaría que los niños dieran rienda suelta a esa clase de sentimientos, pero permanecen imperturbables, y le explico a *Mademoiselle* que los británicos son famosos por su carácter reservado y que no significa que no tengan corazón sino todo lo contrario.

(Cuando lo pienso, estoy segura de que no es verdad ni mucho menos, pero tengo clarísimo que, de volver a surgir la ocasión, diré lo mismo sin dudar).

4 de agosto. Viajo a Salisbury con el expreso propósito de entrevistar a un preceptor para las vacaciones, quien, por su parte, ha viajado desde Reading. Con tamaño gasto de tiempo y dinero, tengo la impresión de que debo contratarlo a toda costa, pero soy consciente de lo poco razonable de mi actitud y resuelvo no dejarme llevar por mi insensata impetuosidad.

Nos encontramos en una anodina sala de espera en la que no hay nadie más y tengo que hacer grandes esfuerzos para no decir: «El doctor Livingstone, supongo», lo cual, probablemente, le haría poner en duda mi cordura.

El preceptor parece tener dieciocho años, pero me asegura que le falta poco para los treinta y que ha sido maestro en la escuela primaria en Huntingdonshire durante años.

(*Nota bene*: Huntingdon suena de lo más improbable, pero estoy casi segura de que existe. Recordatorio: Buscarlo en el atlas de Vicky cuando vuelva a casa).

La conversación nos conduce a la estima mutua. Agradezco sobremanera que no me interrumpa cada vez que hablo ni asegure saber más sobre Robin que yo (Duda: ¿De verdad será maestro de escuela?) y nos despedimos cordialmente, con la elegante promesa por mi parte de que le escribiré. Justo cuando se aleja recuerdo que aún debo plantearle una pequeña pero violenta cuestión y vuelvo a llamarlo para preguntarle

cuánto le debo por los gastos en que ha incurrido hoy. «Oh, no gran cosa», dice, y menciona entonces una suma que me deja horrorizada. Aunque se la pago sin titubear, sé muy bien que deberé privarme del té en el tren debido a mis habituales errores de cálculo en cuanto al dinero contante y sonante que necesito para la jornada.

A mi vuelta, lo consulto con Robert; dice que haga lo que me parezca mejor y añade la irrelevante afirmación de que hace falta cortar el césped, tras lo cual escribo a Huntingdonshire y contrato al preceptor para que nos acompañe a la Bretaña.

Acto seguido me sumo en dolorosas reflexiones, desesperadas, de hecho, sobre las dificultades respectivas en la contratación de preceptores y cocineras.

6 de agosto. Marcha de *Mademoiselle*, con un gran baúl y ocho piezas de equipaje de mano, incluido un ramito de maltrechas margaritas que le ha ofrecido Robin con gesto espontáneo. (*Nota bene*: Siempre he dicho, y lo seguiré diciendo, que, en el fondo, Robin es más dulce por naturaleza que mi querida Vicky). Nos abrazamos; promete venir a pasar unos días con nosotros el verano que viene y dice: «*Allons, du courage, n'est-ce pas?*», y vuelve a echarse a llorar. Robert dice que va a perder el tren y salen los dos hacia la estación, *Mademoiselle* agitando el pañuelo hasta el último momento y asomando por la ventanilla en un ángulo bien peligroso.

Vicky pregunta alegremente cuándo va a llegar el preceptor y Robin coge en brazos a *Helen Wills* y propone llevarla a ver si hay ciruelas claudias (imposible, puesto que se comió ayer las últimas, totalmente verdes).

El segundo correo trae una carta de Emma Hay en la que rememora Bélgica, donde, según ella, yo tuve un exitazo, esto último subrayado, lo cual no solo no es verdad sino que supone un insulto a mi inteligencia por poca que tenga. Se ha enterado de que he alquilado un piso en Londres (¿Cómo?), de lo cual se alegra muchísimo, y hay infinidad de admiradores de mi obra, legión, que querrán conocerme en cuanto ponga un pie allí.

No sin cierta angustia me doy cuenta de que, aun sabiendo que cada palabra de la carta de la querida Emma es mentira, no puedo evitar que me deje ligeramente complacida. Los caprichos de la vanidad humana son curiosísimos. No consigo decidir el tono de mi respuesta a Emma, de manera que la pospongo de momento.

Los niños pasan toda la tarde insólitamente contentos y me veo obligada a concluir que los deja del todo indiferentes haber perdido a *Mademoiselle*.

Cuando se han ido a la cama, leo *El castillo del odio* y no tardo nada en verme sumida en la más profunda tristeza. Redacto mentalmente una elocuente carta al club del libro para explicar que la mayoría de nosotros preferimos que nos hagan reír a que nos hundan en la depresión, aunque tengo la generosidad de admitir que el libro es sin duda impactante, como ellos mismos afirman. Pero me acuerdo de *Juan en los Estados Unidos*, una elección anterior que gozó de mi entera aprobación, y decido dejarlo estar. Además, Robert me pregunta si no sé que han dado las diez y media

hace cinco minutos y comprendo que eso significa que quiere sacar a *Helen Wills*, echar el pestillo de la puerta principal y apagar las luces. Y así, dejo de darles vueltas a posibles cartas elocuentes a *littérateurs* desconocidos y me voy a la cama.

7 de agosto. Llega el preceptor para las vacaciones y le endilgo a los dos niños de inmediato para meterme de lleno en los preparativos para el viaje a la Bretaña, ahora inminente. Al mismo tiempo, la vista del jardín desde detrás de las cortinas de la ventana del dormitorio me permite establecer que los tres juegan amigablemente a tocar y parar en el césped. Parece un principio prometedor y me siento aliviada.

8 de agosto. Últimos y agotadores preparativos para el viaje. Salvación de último momento que se materializa en la forma de una cocinera temporal que me ofrece por teléfono Mary Kellaway, quien se compromete solemnemente a mandárnosla un día antes de nuestro regreso. Les doy vacaciones a las criadas, ordeno ceremoniosamente al jardinero y su mujer que echen un vistazo a la casa y le den de comer a *Helen Wills*, le pido al preceptor que se siente sobre la maleta de Robin para poder cerrarla y luego me olvido de que se lo he pedido y me voy a la despensa en busca de jabón, un artículo del que suelen carecer tanto los trenes como los hoteles franceses; y cuando vuelvo, horas después, me lo encuentro todavía ahí sentado, igualito que el personaje de Casabianca. Me deshago en disculpas, él me dice que no tiene importancia y nos ocupamos, con éxito, de la maleta.

El tiempo se vuelve más y más inclemente y el boletín meteorológico nos llena a todos de profundo pesar (excepto a Vicky, quien dice que ojalá suframos un naufragio) y el viento sopla cada vez más fuerte. Le digo a Casabianca que espero que sea buen marinero, a lo que contesta que no, que se le da fatal viajar por mar, y Robert anuncia de pronto que no le ve sentido a que nos vayamos de casa.

10 de agosto. Llegada a Saint Briac, al altísimo coste de un desgaste nervioso absoluto. Casabianca resulta valiosísimo en todos los sentidos, pero ardo de indignación, bastante injusta, cuando me informa de que ha dormido toda la noche de un tirón. La historia de mi noche es bien distinta, pues he tenido que vérmelas con Vicky, quien no ha pegado ojo hasta pasadas las cuatro, llena de energía y de ganas de hablar, y con Robin, quien se ha sentido sumamente enfermo a partir de las cinco.

Desembarcamos en Saint Malo con un temporal tremendo y lloviendo a cántaros, Vicky y Robin se asombran de oír que todo el mundo habla francés y Robert comenta que el clima le recuerda a Inglaterra. Casabianca no dice nada pero nos ayuda sobremano con el equipaje y acto seguido nos cuenta, con muy buenos modos, que hemos perdido una maleta. El incidente nos retrasa y da pie a grandes conversaciones

entre el taxista que va a llevarnos a Saint Briac, el mozo de equipajes y un amigo no identificado del taxista que interviene apasionadamente en el asunto y que, cuando reaparece por fin la maleta, exclama con fervor: «Ah, *grâce à Dieu!*». El asunto le proporciona tema de conversación al taxista para todo el trayecto hasta Saint Briac, y habla mirándonos por encima del hombro a intervalos frecuentes. Eso no parece muy del agrado de Robert, y solo cabe confiar en que el taxista no sea buen fisonomista, pues si lo es, será inevitable que se ofenda.

Cruzamos varios pueblecitos y en cada uno digo: «Debe de ser este», a lo que nadie presta atención con la excepción de Casabianca, que simula un educado interés, hasta que por fin entramos en una placita y nos detenemos ante un hotel de aspecto alegre con toldos y mesitas verdes en el exterior, todos chorreando. Me inquieta no ver ni rastro del mar por ninguna parte, pero pospongo temporalmente la cuestión para ocuparme del equipaje, el reparto de las habitaciones (ha habido un error y *Madame* parece firmemente decidida a dirigirse a Casabianca y a mí como si fuéramos marido y mujer) y unos *cafés complets* inmediatos para todos. Estos últimos llegan y nos los tomamos en el salón bajo la atenta e implacable mirada de unos quince huéspedes más, todos británicos y de aspecto desagradable.

Sigue la inspección de las habitaciones, Robin pregunta cuándo podremos bañarnos —vista la temperatura que hace, me siento casi paralizada de pura aprensión— y luego llega el proceso general de deshacer las maletas e instalarnos, momento en que Robert desaparece por completo, y solo logramos recuperarlo horas más tarde, cuando anuncia que el mar queda a unos veinte minutos andando.

Sensación general de que todo es culpa mía, pero no tiene remedio, y Casabianca, tras un pensativo silencio, comenta que, al fin y al cabo, caminar un poco nos hará entrar en calor. No consigo decidir si lo que ha dicho es el colmo del tacto o todo lo contrario. La experiencia que sigue, sin embargo, prueba que su afirmación era completamente falsa, pues todos, con la excepción de los niños, llegamos a la amplia y ventosa playa en distintos grados de congelación. El mar es sumamente verde y está muy revuelto, con enormes olas que levanta el fuerte viento de levante. La idea de que dentro de un cuarto de hora o menos estaremos en el agua me parece del todo increíble, y soy perfectamente consciente de que pagaría una suma considerable para poder seguir vestida y seca en tierra. Tengo la profunda sospecha de que dicho estado de ánimo impera por doquier, pero todos nos hacinamos con aparente jovialidad en dos casetas de baño, de las que salimos poco después inadecuadamente enfundados en los trajes de baño.

(*Nota bene*: No decidirme nunca más por un gorro de baño azul. Puede quedar bien cuando la sangre circula normalmente, pero, si no es así, el efecto es en extremo repelente).

Los niños entran en el agua sin pensárselo dos veces, seguidos de cerca por el preceptor, quien recibe una nota muy alta por semejante muestra de devoción, pues está verde manzana de frío y temblando. Robert se queda justo en la orilla, adoptando

una pose de superioridad, y yo, muy de mala gana, me meto hasta los tobillos y ahí me quedo, totalmente paralizada. Los gritos de los niños diciendo que el agua está buenísima ponen fin a semejante estado de las cosas, y por fin nadamos todos de aquí para allá y nos decimos unos a otros que en realidad no hace tanto frío dentro del agua, pero que mejor no bañarse mucho rato el primer día.

Volvemos a las casetas de baño, gracias a Dios, y aún me animo más con la llegada de un hombre más viejo que Matusalén con *eau chaude pour les pieds*.

El resto del día se dedica a dar cuenta de excelentes comidas, a explorar Saint Briac entre tremendos chaparrones y a la compra de galletas, sellos, papel de carta, melocotones (¡nada caros y deliciosos!) y un volumen de la Tauchnitz de *Sherlock Holmes* para Robin y *Robinson Crusoe* para Vicky.

Por fin despachamos a los niños a la cama. Robert y Casabianca hablan del aspecto de los demás huéspedes con pesimismo y desaprobación, y coinciden a la hora de censurarme por sugerir que entablemos conversación con todos o con alguno. No admiro en absoluto esa disposición tan inglesa de la que hacen gala y así se lo hago saber, pero subo de inmediato a acostarme, antes de que les dé tiempo a responderme.

13 de agosto. La opinión de que Saint Briac nos está haciendo mucho bien a todos gana terreno, sin duda. Bañarse se vuelve menos atroz y los niños hablan francés libremente con las camareras del hotel, todas encantadoras. Por desgracia, el desayuno al estilo europeo no es del agrado de Robert, quien recuerda el beicon a diario con cierta amargura, aunque solo tiene palabras elogiosas para las *langoustes* y los *entrecôtes* que suelen constituir el menú del almuerzo.

En un tremendo rifirrafe con Robin sobre la duración de su permanencia en el agua, Casabianca da muestras de saber imponer admirablemente la disciplina. Durante dicho episodio permanezco en el interior de la caseta, empapada y con un ojo pegado a las tablillas de madera, a través de las cuales puedo seguir el desarrollo de los acontecimientos. Cuando estoy debatiendo si intervenir o no, Casabianca consigue doblegar a Robin, quien sale del agua con una calma aterradora. El resto del día transcurre envuelto en pesimismo, pero por la noche tiene lugar la reconciliación y Casabianca me asegura que a partir de ahora todo irá bien. (*Nota bene:* Los jóvenes suelen ser muy optimistas).

15 de agosto. Entablo conversación con dos huéspedes del hotel, a uno de los cuales, cuyo desafortunado aspecto evoca un deterioro generalizado, Robert llama siempre «el trapero retirado». Me habla de su esposa, fallecida hace años (no me sorprende) y que, según él, era genial a su manera. No consigo averiguar en qué sentido. Comenta que él también ha escrito libros. Le pregunto sobre qué y dice que sobre psicología,

pero no añade más. Hablamos del tiempo, que aquí es malo pero en Inglaterra aún peor, de Wolverhampton, por donde él pasó una vez y donde yo nunca he estado, y del sacrificio humanitario de animales, del que ambos nos declaramos partidarios. A partir de ahí, la conversación languidece y muestra cierta tendencia a volver a centrarse en la climatología, pero me rescata Casabianca, quien dice que me andan buscando, lo que da a entender que es la policía quien me busca, pero no es así.

Casabianca tiende a darse aires de superioridad e insinúa que vaya pesadez la forma en que la gente se cree en el derecho de conocerte cuando estás en el extranjero, pero me niego a responder y le digo en cambio que esta noche habrá un baile en el hotel y que tengo previsto asistir. Parece horrorizado y no hace más comentarios.

En este punto se me plantea un pequeño problema de conducta, pues no tenía la más mínima intención de personarme en el baile, al que sé muy bien que Robert se negará en redondo a acompañarme, pero no consigo ver ahora cómo puedo librarme. (Duda: ¿Sería posible obligar a Casabianca a hacerme de pareja, por pocos deseos que tenga de hacerlo? Es posible que se trate de una solución poco digna, pero no deja de tener cierta gracia).

Voy en busca de Vicky a la placita donde suele pasar gran parte del tiempo jugando con unos chuchos franceses. Una anciana solterona inglesa —rubia y que probablemente se hace llamar «Vi» por la reina Victoria— me cuenta muy alterada que algunos perros no se han comportado de manera decente y que es impropio que mi niñita esté con ellos. Contesto con aspereza que con los perros ya se sabe, pero entonces, demasiado tarde, se me ocurren respuestas mucho mejores. Por lo que yo veo, los perros se portan bien y parecen enteramente respetables, y no veo razón para entrometerme. En lugar de ello me dirijo con Robin a la tienda de comestibles que hay enfrente, donde compramos melocotones, galletas y racimos de unas uvas negras pequeñas. Empieza a llover a cántaros, Vicky y los perros se dispersan, y nos refugiarnos todos en el hotel, donde jugamos a Cultura General en un oscuro rincón del comedor.

Casabianca, para nuestra angustia, se muestra de lo más competente y nos derrota a todos, Robert incluido, con la pregunta: «¿Qué es la línea de Wallace?», que resulta ser un límite que establece la distinción entre dos formas de vida animal. Me encantaría mandarlo a explicárselo a Vi, a ver qué le parece, pero, como es natural, no le sugiero nada semejante.

Los niños se dedican entonces a plantear adivinanzas viejísimas, a las que responden ellos mismos, y Robert se concentra en problemas aritméticos. Oigo unas y otros en silencio y trato de pensar en algún ámbito del conocimiento en el que pueda destacar yo, pero no encuentro ninguno. Finalmente, Robin me pregunta cuánto son siete por nueve y doy una enérgica respuesta que resulta incorrecta. Casabianca aprovecha la oportunidad para hacer un comentario, aunque amable, y por fin sugiere que con media hora de aritmética al día me sería mucho más fácil

llevar las cuentas. Acepto su ofrecimiento, aunque pienso para mis adentros que mis cuentas solo se simplificarían con una reducción drástica de los gastos y un improbable aumento de los ingresos, pero sí estoy de acuerdo en que el de contar con los dedos es un procedimiento que no resulta deseable en ningún momento de la vida, y menos aún cuando la juventud ha quedado atrás.

El baño se desarrolla como de costumbre, pero se añade un detalle emocionante con la repentina y dramática aparición de un joven francés desconocido que nos pregunta, uno por uno, si somos médicos, pues un caballero alemán está sufriendo un ataque en una de las casetas. Casabianca sale disparado al instante hacia el agua, declarando que un doctor inglés acaba de entrar en ella. (Duda: ¿tiene el don de la clarividencia o qué?). Robin y Vicky preguntan al unísono si pueden ir a ver cómo tiene el ataque el caballero alemán y los retenemos con grandes dificultades para impedir que corran hasta la caseta del caballero en cuestión, ya rodeada por una muchedumbre alborotadísima.

Se oyen toda clase de opiniones sobre el caballero alemán: que está inconsciente, que ha vuelto en sí, que ya está muerto, que lo han asesinado. Ante esta última, varias personas gritan y una dama francesa dice que «*Il ne manquait que cela!*», lo que me lleva a preguntarme por el resto de su estancia en Saint Briac.

Le digo a Robert si no le parece que debería ir a echar una mano, pero me pregunta que para qué y se aleja.

Casabianca vuelve del mar, empapado y acompañado por un desconocido igualmente empapado —el médico, es de suponer—, y me apresuro a llevarme a los niños para que no vean el espectáculo que probablemente quedará expuesto cuando se abra la caseta de baño; lo último que oigo es cómo un completo desconocido le asegura a Casabianca que es «*tout à fait aimable*».

Al poco, el episodio entero acaba en fiasco cuando Casabianca vuelve y nos informa de que, según el doctor, ha sido una indigestión y el caballero alemán ha emprendido ya el camino andando a casa con su mujer, quien, añade como golpe de efecto, es noruega. Esto último, por razones que continúo sin ser capaz de analizar, parece añadir peso y respetabilidad a todo el asunto.

De camino al hotel, de nuevo bajo un chaparrón, Robin y Vicky me suplican que paremos a tomar helados en un horrible salón de té inglés que ellos, haciendo gala de patriotismo, prefieren a los infinitamente superiores establecimientos franceses, y accedo a sus ruegos. El viento se cuele a través del vestidito de algodón, ya empapado, que he cometido el error de ponerme, y Casabianca, tras mirarme pensativo durante unos instantes, murmura que se me ve de un tono pálido, aunque creo que en realidad ha querido decir morado pálido.

Al llegar al hotel, contravengo la cuestión del gasto y me doy un baño caliente que me cuesta cuatro francos, *prix spécial*.

Los niños, tras dar muchos portazos y haber hablado lo suyo, se van por fin a la cama y yo le digo a Robert que podríamos echar un vistazo al baile después de cenar,

pues me parece más sencillo que decir que me gustaría asistir a él.

La respuesta de Robert se parece mucho a la que esperaba. Finalmente me encuentro avanzando de lado, abriéndome paso en el salón de baile para sentarme en plena corriente de aire a observar *le tango*, que nadie baila bien. Casabianca, con evidente sentido del deber, me sugiere con desgana que bailemos el siguiente foxtrot; eso hacemos, y resulta que se trata del tema musical de *The Lucky Spot* y a punto estamos, solo a punto, de ganar una botella de champán. Eso, aunque no sabría decir por qué, tiene un efecto de lo más estimulante y acabamos bailando alegremente hasta medianoche.

18 de agosto. Encuentro singular en el hotel entre Casabianca y un anciano compatriota especialmente tieso y poco accesible que suele pasearse por el salón ataviado con un cárdigan de punto amarillo canario y mirándonos con imparcial desagrado. Quedo horrorizada, por tanto, cuando pregunta, por lo visto al universo en general: «¿Qué cuentan?», y Casabianca, convencido de estar dirigiéndose a su grupito habitual de colegas de pocas luces, contesta: «Contamos cuentos y cuentas». Cárdigan Amarillo Canario se pone hecho un basilisco, cómo no, y dice que no se ha levantado temprano para que le planteen adivinanzas o para oír sus estúpidas soluciones, y amenaza con producirse una situación desagradable.

Sin embargo, Vicky evita que la discusión vaya a más cuando cae a un enorme agujero que ha aparecido de pronto en el suelo y acaba enredada en una maraña de tuberías que espero que sean de gas pero mucho me temo que son desagües. Se procede a su rescate entre gritos de «*Ah, pauvre petite!*» y «*Oh, là là!*» y Casabianca la libera y le dice con severidad que la gente debería mirar bien por dónde va. Me habría gustado contestar que la gente debería pensar bien lo que dice, pero por desgracia se me ocurre demasiado tarde.

Cuando lo pongo al corriente de dicho incidente, Robert ríe con ganas por primera vez desde nuestra llegada a Saint Briac y me digo, como tantas otras veces, que el sentido del humor masculino es bien curioso.

Descubro que Robin lleva puestos sus últimos pantalones cortos y que tienen varios desgarrones, situación que exige una visita a Dinard para llevar los blancos a la tintorería y comprar parches para arreglar los grises. La idea de escoltarme en la expedición no parece entusiasmarle a nadie y finalmente emprendo el camino sola.

Un caballero francés con bigote ocupa un lado del autobús y yo el otro, y nos miramos. Sin previo aviso, se me pasa por la cabeza algo de lo más extraordinario: que es decididamente agradable encontrarme viajando adonde sea, y con el propósito que sea, sin mi querido Robert o cualquiera de los niños. Quedo sumamente horrorizada ante esta ocurrencia tan antinatural y trato de pasarla por alto.

(Duda: ¿No nos enseña la psicología moderna que la represión deliberada de cualquier impulso, por pecaminoso que sea, conlleva peligros indudables? La

respuesta es afirmativa, seguramente. Sin embargo, y este es un hecho que no puedo ignorar, dar rienda suelta a un impulso pecaminoso conlleva probablemente riesgos incluso mayores. Y así, solo puedo concluir que los peligros acechan más o menos en todas partes).

Bigotes y yo miramos por nuestras respectivas ventanillas, pero nos volvemos de vez en cuando. El ejercicio no deja de resultar en cierto modo fascinante. Lo cierto es que lamentaría mucho recordar con detalle las peculiares fantasías que me pasan por la cabeza en el trayecto hasta Dinard.

El autobús se detiene frente al casino y Bigotes y yo nos ponemos en pie simultáneamente; por desgracia, el vehículo da una última sacudida y me hace caer violentamente sentada otra vez, y ahí acaba todo. El golpe de gracia al romance inexistente viene dado cuando los pantalones cortos blancos de Robin, que se hallan en la fase más acusada de mugre y desaliño, se salen de su inadecuado envoltorio de papel y caen al suelo, de donde los recoge el conductor del autobús para devolvérmelos.

Dinard es un lugar extremadamente frío y lleno de visitantes muy poco interesantes, la mayoría, sin duda, oriundos de Lancashire. Voy a la tintorería, me hago con un paquete de jabones Lux y con chocolate para los niños, y adquiero un albornoz de color rosa para mí, no tanto porque me parezca adecuado o favorecedor sino porque confío en que me procure una pizca de calor.

Una extraña sensación de remordimiento (¿por qué, por el amor de Dios?) me lleva a comprarle un regalo a Robert, pero no veo nada que no vaya a provocarle un desagrado infinito. Por fin, desesperada, elijo un pedazo de plomo tallado burdamente para semejar una efigie de Napoleón, tratando de pensar que pasará por una antigüedad algo insólita.

No quisiera olvidarme de incluir a Casabianca en tan universal reparto, así que adquiero una edición de la Tauchnitz de mi propia obra literaria, pero luego pienso que es un gesto egoísta y falto de tacto y desearía no haberlo hecho. Me tomo un chocolate en una *pâtisserie* llena de gente, sola y rodeada por extraños que no paran de chillar; tengo la certeza de que los pasteles franceses eran más apetitosos en los lejanos días de mi juventud, y me siento mayor y llena de melancolía. Verme en el espejo mientras me empolvo la nariz no contribuye en absoluto a disipar esos sentimientos.

19 de agosto. Robert pregunta si la figurita de Napoleón es un pisapapeles. Esa idea tan sumamente ingeniosa me deja sorprendida y aliviada, y respondo que sí, desde luego. Advierto por la expresión de Robert que tiene sus dudas, pero procedo a cambiar de tema de inmediato.

Jornada en la que no cabe mencionar ningún acontecimiento sensacional, con la excepción de que las olas son más grandes incluso que de costumbre y consiguen

revolcarme dos veces, la segunda justo cuando tranquilizaba a Vicky diciéndole que estaba a salvo conmigo. Robert nos rescata a ambas de las más profundas simas del océano entre los berridos de Vicky. Por desgracia, durante el desastre, las aguas se llevan consigo dos rizos artificiales —Escila y Caribdis— que llevo siempre bajo el gorro de baño para que mi cabello permanezca seco, y también el gorro propiamente dicho. Casabianca recupera el gorro, pero prefiero no pedirle que se lance también al rescate de Escila y Caribdis y me veo por tanto obligada a volver a la orilla sin ellos.

(En este punto se me ocurre una especulación interesante aunque infructuosa: ¿No habría surgido un conflicto entre la caballerosidad y el sentido común si Casabianca hubiese avistado de hecho los huidizos rizos Escila y Caribdis? Es más, ¿qué fórmula habría resultado aceptable para devolvérmelos? Me gustaría plantearle a él este problema, pero decido no hacerlo, al menos de momento).

21 de agosto. Se acerca el final de nuestra estancia en Saint Briac y empiezo a ponerme sentimental, pero nadie más parece compartir semejante flaqueza.

Pérdida de Escila y Caribdis de lo más inconveniente.

23 de agosto. Vicky me hace pasar un mal rato cuando estoy tomándome un café en la placita con Robert y Casabianca, y con otros huéspedes del hotel rodeándonos por todas partes. Asomada a la ventana, dice a gritos que ya se va a la cama, pero que no le ha dado un beso de buenas noches a Casabianca y le gustaría hacerlo. Levanto la cabeza en un ángulo incomodísimo y le indico con señas que pare, ante lo cual Vicky grita a pleno pulmón que se conforma con decírselo mañana por la mañana, y todos se vuelven para mirarnos. Casabianca permanece impertérrito y se limita a comentar con tono glacial que confía en que se lave la cara primero. Tras reconsiderarla, su declaración se me antoja un insuperable elemento disuasorio para las insinuaciones no deseadas por parte de mi hija, y solo puedo confiar en que, a pesar de todo, Vicky no insista en sus amorosas indiscreciones. (*Nota bene:* Con frecuencia soy presa de verdadera angustia con respecto a la carrera futura de mi querida Vicky. Duda que se plantea por sí sola: ¿Es el éxito en la vida incompatible con los más altos ideales morales? La respuesta, sea cual sea, es perturbadora en mayor o menor grado. Mi única esperanza es que el encantador centro académico en Mickleham sea capaz de lidiar adecuadamente con este problema).

Robert muestra una tendencia acusadísima a comentar lo aliviado que se sentirá al volver a disfrutar de comida inglesa decente, y se le ve más alegre que nunca desde que salimos de casa. Aprovecho la oportunidad para sugerir que vayamos los dos al casino de Dinard a jugar a la ruleta, lo cual podría suponer una mejora inmediata en nuestras finanzas, muy maltrechas en estos momentos; de hecho, he tenido que pedirle dinero prestado a Casabianca en un par de ocasiones, sin decírselo a Robert.

La idea del casino cuaja y nos ponemos nuestras mejores galas, que hasta ahora han permanecido dobladas en la maleta y en los estantes sumamente inadecuados de un pequeño armario cuya puerta siempre se resiste a abrirse.

El autobús nos lleva a toda máquina hasta Dinard y nos deposita ante el casino. En el interior, todo son luces y anuncios (*apéritif Byrrh*) y no hay un alma, y el barman nos explica que a nadie se le pasaría por la cabeza llegar antes de las once. Nos tomamos sendas copas, a falta de nada mejor que hacer, y nos sentamos en un sofá de terciopelo verde a leer los anuncios en las paredes. Robert quiere saber qué es *Gala des Toutous* y parece decepcionado cuando le digo que se trata de un espectáculo con perritos, o eso creo. Me gustaría saber, o quizá no, qué pensaba Robert que era.

Seguimos sentados en el sofá de terciopelo verde. Al barman le damos lástima, por lo visto, y enciende más luces, con lo que hace que nos veamos en la obligación moral de pedir sendas copas más, y eso hacemos. Empiezo a notar un dolor intenso detrás de los ojos (Duda: ¿Alcohol metílico o excesiva iluminación?) y experimento un ligero mareo. Y el *apéritif Byrrh* oscila de forma bien curiosa en la pared.

Robert dice: «Bueno», como si fuera a sugerir algo, pero cambia de opinión, evidentemente, y la cosa queda ahí. Al cabo de lo que parecen varias horas, entran tres hombres con la tez negra y armados de instrumentos musicales y, acto seguido, revelan que el bulto cubierto con una sábana en un rincón de la *salle* era un piano.

El barman, por sorprendente que parezca, aún dispone de más recursos en lo que a iluminación se refiere, y nos vemos literalmente bañados en luz eléctrica. La escena se anima aún más con la llegada de un caballero muy anciano con un traje de etiqueta arrugadísimo, una mujer corpulenta con un vestido verde con cuentas bordadas que sugiere uno de los grandes almacenes en Kensington High Street, y una muchacha muy jovencita con el cabello muy corto y mangas de color escarlata. Se quedan de pie en el centro de la *salle*, aparentemente desconcertados, y tengo la sensación de que Robert y yo somos viejos *habitués*.

Robert propone con mucho arrojo: ¿qué tal otra copa?, y yo digo que no, mejor no, pero luego me la tomo y me siento peor que nunca. Miro a Robert para comprobar si ha notado algo y me sorprende al advertir que tiene un aspecto curioso, como si lo hubiesen cocido y glaseado. No sé decir si se trata o no de una ilusión fruto de mi propio estado, e intuyo que más vale no hacer indagaciones al respecto, de manera que dedico toda mi atención a enfocar el *apéritif Byrrh* en el sitio preciso donde lo he visto al entrar en lugar de tener que perseguirlo por las paredes y el techo.

Para cuando lo he logrado, más o menos, ha llegado un número considerable de gente, aunque todos ofrecen cierto aspecto desamparado y *dégommé*.

Robert mira fijamente a un pelirrojo de cierta edad con aspecto desagradable, y comenta que madre de Dios si no es ese el viejo Pinkie Morrison, a quien vio por última vez en el Shanghai Bar en 1912. Le pregunto si es amigo suyo y contesta que

no, que nunca pudo soportar a ese tipo, y el viejo Pinkie Morrison puede volver a sumirse en el anonimato.

Me siento extremadamente mal y me veo obligada a decirlo; Robert me sugiere entonces una visita completa del local, que llevamos a cabo en silencio. De mutuo acuerdo, decidimos que no nos apetece jugar a la ruleta ni a cualquier otra cosa, sino que preferimos irnos a la cama y Robert comenta que le ha parecido de entrada que en esas copas había algo que olía a chamusquina.

Me asalta el recuerdo, y no por primera vez ni mucho menos, del clásico de Maria Edgeworth, el de Rosamond y su excursión campestre, pero las alusiones literarias nunca han gozado de éxito cuando se trata de Robert y tengo la certeza de que no es momento para asumir riesgos indebidos.

Regresamos a Saint Briac y no hacemos más mención de la velada, aunque Robert pregunta, cuando estoy a punto de quedarme dormida, si me parece que ha valido la pena gastarnos setenta francos para que nos envenenaran y para ver un espectáculo tan asqueroso como el viejo Pinkie Morrison. Se trata de una pregunta puramente retórica y no hago el menor intento de responderla.

24 de agosto. Apabullada ante la demostración de tacto y de buenos sentimientos de Casabianca durante el desayuno, cuando, tras echarnos un vistazo a Robert y a mí, evita preguntar si lo pasamos bien anoche en el casino.

27 de agosto. Ahora sí se nos ha echado encima el último día y debatimos sobre cómo vamos a pasarlo. Robert sugiere que hagamos las maletas, pero no cuenta con que lo tomemos en serio, y Casabianca nos asegura que hay unas ruinas sumamente interesantes e instructivas a menos de cuarenta kilómetros, por si nos apeteciera visitarlas. A ninguno le apetece, aunque trato de quitarle hierro al asunto con una tímida y poco convincente referencia al mal tiempo que hace.

Pregunto qué les parece Saint Cast, que según dicen tiene un admirable tobogán acuático, o la piscina cubierta en Dinard. En este punto los niños son presa de una agitación incontrolable y piden por favor que nos bañemos por la mañana, regresemos al hotel a almorzar, volvamos a bañarnos por la tarde y merendemos en el salón de té inglés. Como dicho programa es exactamente el que hemos venido siguiendo a diario desde nuestra llegada y nada podría resultar más fácil, accedemos. Tomo nota mentalmente de que los niños dependen sobremanera de la rutina y se me ocurre la vaga idea de escribir un interesante articulito sobre el tema para que algún periódico me lo pague generosamente, pero no se materializa.

Procedemos a hacer las maletas y Casabianca me recuerda, amablemente pero con aires de haber esperado mayor organización por mi parte, que los pantalones cortos de Robin siguen en la tintorería en Dinard. «Me ca...» empiezo a decir, y me

apresuro a añadir: «Mecachis» y confío en que Casabianca no haya advertido lo que he estado a punto de decir. Se ofrece a ir a recogerlos él a Dinard. Digo que no, que ni se me pasaría por la cabeza causarle esa molestia, y sale para allá al instante, pero por desgracia trae de vuelta el paquete equivocado, del que extraemos unos gigantescos pantalones de franela blanca que nada tienen que ver con nosotros.

Germaine, la camarera francesa que ha seguido el episodio desde el principio, exclama: «*Mon Dieu! Alors c'est tout à recommencer?*», con cierto retintín de desconsuelo que echa por tierra mis esperanzas, pero Casabianca acude una vez más al rescate y me asegura que puede llamar por teléfono.

(*Nota bene*: La remuneración semanal de Casabianca es del todo inadecuada y tengo el desesperado impulso de doblársela en ese mismo instante, pero debido a ciertos factores financieros, mi decisión resulta imposible, y quizá haría mejor en concentrarme en devolverle el total de cuatrocientos francos que le he pedido en distintas ocasiones desde nuestra llegada).

Vamos a bañarnos, como de costumbre, y se me acerca una mujer un poco rara con holgado pantalón amarillo —no consigo imaginar cómo sobrevive al frío—, quien dice que nos conocimos hace unos años en South Audley Street, ¿no me acuerdo? No tengo el más mínimo recuerdo de South Audley Street aparte de haber elegido allí una vajilla con Robert en los lejanos tiempos de los regalos de boda (la vajilla ya no sigue con nosotros y fue reemplazada por una copia de calidad muy inferior de Wedgwood). Sin embargo, digo que sí, cómo no, y Pijama Amarillo me presenta al instante a «mi chico, que estudia en Dartmouth» —muy desgarrado y mugriento, y no me mira a los ojos—, «mi hermana, que tiene una villa por aquí» y «la hija pequeña de mi hermana, que estudia en Cheltenham College». Tengo la impresión de que debería poner de mi parte, pero miro alrededor en vano, pues Robert, los niños y Casabianca se han esfumado con velocidad sobrehumana hasta una roca en extremo distante.

La hermana de la villa dice que ha leído mi libro —ja, ja, ja— y pregunta cómo se me ocurre todo eso. La miro con cara inexpresiva y le digo que no lo sé, y me siento una inepta. Es evidente que todos los demás piensan lo mismo de mí y sigue un silencio perturbador, y de pronto, un viento gélido que no sé a qué ni de dónde viene se levanta con tremenda violencia y nos hace volar a todos por los aires.

«Bueno», digo con un hilo de voz, y Pantalón Amarillo dice que madre mía, que qué mal tiempo, y que supone que mañana volveremos a encontrarnos todos aquí. Contesto que sí, por supuesto, y luego me acuerdo de que cruzamos el Canal por la noche, pero me siento incapaz de retomar la conversación y me retiro a la caseta de baño.

Robert me pregunta después quién era esa mujer y le digo que no consigo acordarme, pero que me parece que se llamaba Busvine o algo así. Tras reflexionar un poco, Robert pregunta si no sería Morton, a lo que contesto que no, que más bien algo parecido a Chamberlain.

Varias horas después, me acuerdo de que se llamaba Heywood.

28 de agosto. Partida de Saint Briac en autobús a las siete en punto y en medio de una tremenda agitación. Todo el personal del hotel se reúne para despedirnos y Vicky los besa a todos. Robin se limita a estrecharle repentinamente la mano a un anciano caballero inglés con pantalones de golf, con quien nunca había cruzado palabra, y el caballero inglés comenta que ahora supone que ya no se oirán portazos en el rellano todas las noches. (*Nota bene:* Reflexión perturbadora: ¿será ese el motivo del entusiasmo con el que nos están despidiendo a todos?).

Robert cuenta el equipaje, una vez en francés y tres en inglés, y oigo a Casabianca—quien nunca ha cruzado una sílaba por voluntad propia con los demás huéspedes—contestar de forma afirmativa y muy civilizada a los deseos del Trapero Retirado de que volvamos a vernos algún día. Me llevo una ligera sorpresa.

(Duda: ¿Por qué debería parecerme más grave la exhibición de hipocresía en los demás que dicha falta en mí misma? No encuentro respuesta).

El autobús nos aleja de Saint Briac y llegamos a Dinard, donde nos dicen que el barco no va a zarpar esta noche y que podemos: (a) Dormir en Saint Malo; (b) quedarnos en Dinard, o (c) volver a Saint Briac. Todos coincidimos en que la última opción supondría una decepción intolerable y no vamos a considerarla siquiera, y en que debemos buscar alojamiento en Dinard.

Robert dice que esto nos va a costar otras diez libras por lo menos, y así es.

1 de septiembre. En casa otra vez y, como de costumbre, más vicisitudes que hojas en Vallombrosa.

La cocinera temporal ha llegado, como estaba previsto, y es razonablemente afable, aunque la sopa resulta decepcionante y la fuerte tintura de salsa Worcester augura un nivel culinario poco prometedor, pero me cuenta que se lo ha encontrado todo hecho un desastre: las cacerolas ni siquiera estaban limpias, y antes de ponerse a preparar nada necesita tres moldes para pudín, una sartén, una fuente de horno para pescado y un escurridor, así como un batidor de huevos, cubiertos de cocina y una despensa completamente reabastecida.

Saint Briac queda ya a cientos de kilómetros y me parece haber envejecido veinte años desde mi llegada a casa. A Robert, por su parte, se lo ve más contento que nunca.

Hace frío y llueve a cántaros. Casabianca se muestra ingenioso a la hora de encontrar distracciones para los niños e insiste firmemente en la clase de aritmética que propuso darme, que tiene lugar después de almorzar. La tabla del siete, por desgracia, presenta dificultades que, por el momento, parecen insuperables.

3 de septiembre. Le pregunto a Robert si se acuerda de mi dama de honor, Felicity Fairmead, y quiere saber si era la menudita del pelo rubio. No, explico, era la alta de cabello oscuro, y dice: «Ah, sí», lo cual no me convence en absoluto. El resultado de esta conversación, curiosamente, es que le pido a Felicity que pase unos días con nosotros, pues ha estado enferma y le han mandado reposo en el campo. Accede agradecida, se lleva a cabo una limpieza de la habitación de invitados (hay que cambiar el forro del cajón del tocador porque la última huésped dejó un pintalabios destapado —probablemente fue la querida Angela, pero no estoy segura—, y se descubre una misteriosa grieta en el espejo que se atribuye, casi seguro que injustamente, a *Helen Wills*).

En el almuerzo, le cuento a Casabianca que la señorita Fairmead es muy musical —y es verdad, pero ni tiene mucho que ver con la inminente visita de mi amiga ni, en cualquier caso, es de su incumbencia—, y él responde educadamente y, acto seguido, sugiere que repasemos la regla de tres. Eso hacemos, y salgo de la experiencia en estado más o menos maltrecho. Es más, sigo sin conseguir dilucidar cuánto son siete por ocho.

5 de septiembre. Viajo a Londres —Robert comenta con sarcasmo, sin que haga mucha falta, que a estas alturas el dinero no es un impedimento— para ocuparme del piso, actividad que consiste en sesiones agotadoras aunque interesantes en una tienda de muebles, donde pierdo la cabeza y me dejo unas cincuenta libras y comprendo demasiado tarde que la actitud de Robert quizá no iba del todo desencaminada.

Rose no está en la ciudad, por desgracia, así que tengo que alojarme en el club y vuelvo a sentir remordimientos por los gastos, de manera que ceno salchichas con puré en un Lyons frente a un joven pálido que lee un libro misteriosamente forrado con holanda. Siento que debo descubrir a toda costa de qué libro se trata, y mis conjeturas van de *El pozo de la soledad* a *The Colonel's Daughter*, hasta que consigo descifrar el título cabeza abajo y resulta ser *Los viajes de Gulliver*. El hecho innegable de que, aun sin saber por qué, dicho descubrimiento me decepciona claramente, denota un aspecto muy perturbador de la naturaleza humana.

En la calle me encuentro con la vizcondesa que conocí en el sur de Francia, pero no sé si se acordará de mí, de modo que me finjo apasionadamente absorta en un escaparate que, descubro entonces, está lleno de artefactos muy peculiares. Me vuelvo otra vez y quedo cara a cara con la vizcondesa, quien me recuerda perfectamente y se muestra encantadora con respecto a mi obra literaria, que asegura haber leído. Voy andando con ella hasta Ashley Gardens y le cuento lo del piso, que según ella es justo lo que hace falta, aunque no añade para qué.

Digo que es demasiado tarde para subir a su casa y ella contesta que no, qué va, y nos encontramos con que el ascensor no funciona, lo cual me obliga moralmente a aceptar su invitación, pues de otro modo parecería que no considero que valga la pena

subir cinco pisos de escaleras para disfrutar de su compañía.

La vizcondesa me hace pasar a un piso precioso —mi apartamento entero en la primera planta de Doughty Street cabría tranquilamente en el comedor—, comenta que el ama de llaves ha salido y me pregunta si me apetece algo. Digo que un vaso de agua, por favor; hace gala de entusiasmo ante una idea tan excelente y sale de la habitación, para regresar al cabo de una prolongada ausencia con una bandeja con una gran jarra que contiene dos dedos de agua como mucho y dos vasos curiosos. Considero escribir un breve artículo sobre cómo viven los ricos, pero no lo menciono en voz alta, como es natural, y la vizcondesa me explica que no sabe dónde se puede encontrar agua potable en el piso, de manera que ha cogido la que sobró de la comida. Muy civilizada, finjo que me parece una solución admirable y me bebo unas cinco gotas, que es de cuanto disponemos cada una tras una división equitativa del agua disponible. Hablamos de Rose, de St. John Ervine y del sur de Francia, y yo añado unas palabras sobre Bélgica, pero sin hacer hincapié en la sociedad literaria que allí encontré.

Por fin me marchó, a las once, y cuando llego a la estación Victoria un hombre me dice «Buenas noches, chavala», pero no puedo considerar su saludo un tributo a que conservo vestigios de mis atractivos juveniles puesto que: (a) Está oscuro como boca de lobo y (b) por la forma en que lo ha dicho parecía borracho.

Vuelvo a mi habitación en el club y me bebo el contenido entero de la botella de agua.

6 de septiembre. El ama de llaves del piso de encima del mío en Doughty Street acude en mi rescate, se ofrece a conseguir una mujer de la limpieza, barnizar los suelos, recibir los muebles y encargarse de todo lo demás. Acepto todo, agradecida, y me marchó de allí con las llaves del piso, lo que me hace sentir, por poco razonable que parezca, exactamente igual que una ladrona. Me gustaría analizar tan curioso complejo, y considero hacerlo en el tren, pero no consigo desentrañar el asunto y me dedico en cambio a leer *Grand Hotel*.

7 de septiembre. Llegada de Felicity, a quien se ve bastante enferma. (Duda: ¿Cómo puede ser que su estado no la desfavorezca en absoluto, mientras que a mí mis dolencias me dejan siempre el cutis cetrino, una tremenda acumulación de arrugas faciales, ya muy visibles, y el cabello completamente lacio?). Como de costumbre, se muestra encantadora con los niños y no les dice que cómo han crecido ni le pregunta a Robin si le gusta el colegio, y cosecha un éxito inmediato con ambos.

Le pregunto qué querrá para cenar (desde luego me dejaría bien compuesta si sugiriera otra cosa que pollo, sardinas o maíz en lata, que es cuanto tenemos en la casa, por lo que yo sé) y contesta que un huevo. ¿Y para desayunar, mañana? Vuelve

a decir que un huevo y añade con cierto tono de desesperación que un huevo es cuanto toma en todas las comidas, siempre.

Mando a Vicky a la granja con un mensaje sobre la cantidad de huevos que deberán proporcionarnos a diario por el momento.

Felicity se tiende a descansar y yo me siento en el alféizar de la ventana a charlar con ella. Rememoramos incidentes extraordinarios, y ahora casi imposibles de creer, de los lejanos tiempos del colegio, y nos reímos un montón y me siento temporalmente más joven y atractiva.

Recuerdo con cierto alivio que Felicity es una de las pocas entre mis amistades que le cae bien a Robert, y pasamos una velada muy agradable oyendo la radio y conversando. Sugiero un pícnic para mañana, a lo que Robert responde con firmeza que tiene que pasarse el día entero en Plymouth, y hago un nudo en el pañuelo para no olvidarme de decirle a la cocinera que prepare sándwiches de jamón y no de pepino. Acompaño a Felicity a su habitación. Confío en que tenga suficientes mantas, le digo; de no ser así, no me cuesta nada traerle más. Bueno, dice Felicity, en ese caso quizá sí. Voy al armario de la ropa blanca y no encuentro más que enormes cantidades de mantelitos bordados, una almohada de aspecto maltrecho y que suelta plumas, y una toalla de rodillo con desgarrones. Me dirijo a la cama de Robin, pero lo encuentro totalmente despierto y reacio a la sugerencia de que en realidad no le hace falta más de una manta, de modo que recurro a Vicky, quien sí duerme. Le quito una manta, descubro que es la única que tiene y vuelvo a tapparla con ella, y por fin cojo la manta de mi propia cama y la pongo en la de Felicity, pero le queda grande y hay que remeterla hasta que el colchón parece un valle entre dos montañas. Expreso la esperanza de que duerma bien, que suena bastante irónica, y me marchó.

8 de septiembre. A media mañana aparece la mujer del párroco, muy alterada porque no encuentra a nadie que lleve la dirección de escena en el concurso teatral que se avecina. ¿Lo haré yo? Contesto con firmeza que no, esta vez no, y no puedo negar la fugaz sensación de que la mujer del párroco parece levemente aliviada. ¿Y si lo hace ella?, pregunto. Pero no, el párroco ha dicho que hasta aquí hemos llegado. La Asociación de Madres, el Instituto de la Mujer, el banco de alimentos y las salidas con el coro; todo eso sí, por supuesto, pero tiene que disponer de una noche libre a la semana. Según el párroco, su mujer se está autodestruyendo, y él no puede permitirlo. Intuyo que la cuestión, expresada así, es incontestable.

La mujer del párroco dice entonces que conoce a la persona ideal: una actriz excelente y con experiencia en la dirección que estará dispuesta a hacerlo sin cobrar. Por desgracia, actualmente vive en Melbourne, Australia. Luego se acuerda de otras dos conocidas, también de mucho talento, una de las cuales nunca puede salir de casa porque tiene un marido inválido, y la otra falleció hace once meses.

Tengo la sensación de que no estamos llegando a ningún sitio, pero la mujer del

párroco comenta que ha sido un gran alivio hablar sobre la cuestión y que quizá, al fin y al cabo, podrá convencer al párroco para ser ella quien se ocupe del asunto, dicho lo cual nos despedimos afectuosamente.

10 de septiembre. Por fin salimos de pícnic, tras haberlo aplazado varias veces por culpa del tiempo, pero, como sucede con tantas diversiones, tiene un éxito relativo, debido en parte al carácter en extremo montañoso del sitio elegido. Felicity da muestras de una gallarda determinación de sacar el mejor partido de la situación; solo nos ruega que le permitamos tomarse su tiempo, a lo que todos accedemos; reparto mantas de viaje, cestas, cojines, termos y fiambreras entre todos. El ascenso parece durar ya varias horas y me inquieta muchísimo Felicity, quien parece estar adquiriendo un color azul pálido bastante siniestro. Los niños, llenos de fervor y energía, se adelantan corriendo y dejan un rastro de cosas caídas. Casabianca, prácticamente invisible bajo dos mantas de viaje, el chubasquero y la cesta más pesada de todas, los llama a gritos, ante lo cual Robin le dirige una mirada asesina y Vicky se hace la sorda y desaparece en el horizonte.

Surge la duda de si debemos sentarnos al sol o a la sombra, cuestión que da pie a amistosas muestras de generosidad pero se resuelve con la brusca desaparición del sol tras unos nubarrones, donde permanece. Felicity se sienta entre jadeos, pero ya está menos azul. Le señalo el paisaje, única posible excusa para haberla traído a un sitio tan alto, y hace un comentario admirativo. Descubro que nos hemos dejado el azúcar. Los niños proponen que tomemos el té de inmediato, pero les decimos que solo son las cuatro y más vale que exploren un poco primero, tras lo cual Robin trepa a un árbol y saca del bolsillo *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, que se dispone a leer, y Vicky se tiende boca arriba en el sendero a masticar briznas de hierba. Siguen las advertencias de rigor sobre las poco higiénicas propiedades de las briznas de hierba, a raíz de las cuales me pregunto, y no por primera vez, por qué los padres se empeñan en repetir amonestaciones a las que los niños nunca han prestado, ni prestarán, la más mínima atención. Dicha reflexión me empuja de pronto a comentarle a Felicity que, en cualquier caso, me alegro de que mis hijos no sean unos mojigatos, comentario al que, asombrada, contesta que desde luego que no lo son, ni mucho menos, y percibo que no ha seguido el curso de mis pensamientos, lo que no me sorprende en absoluto.

Hablamos de Italia, del club del libro —*Red Ike* fue un tremendo error, pero *The Forge* sí era bueno— y de dónde sacará el tiempo el señor Hugh Walpole para tantas lecturas y para escribir sus propios libros al mismo tiempo, y luego volvemos a centrarnos en nuestras lejanas épocas de colegialas y nos preguntamos qué habrá sido de aquella niña de ojos preciosos que tenía a su padre en la Patagonia, y si alguien habrá vuelto a saber de la mujer vestida de satén negro que daba clases de danza en nuestro último curso.

Casabianca, el único que ha obedecido la orden de explorar los alrededores, vuelve seguido por un perro desconocido, blanco y negro, entre el cual y Vicky surge al instante una amistad bulliciosa y frenética, y yo me dedico a abrir las cestas del pícnic, cuyo contenido parece consistir sobre todo en botellas de limonada —ante las que Felicity vuelve a su tono azul pálido de antes— y galletas con cobertura de azúcar rosa. Confío en que sean al menos del agrado de los niños.

Me invaden las sensaciones habituales de frío, calambres e incomodidad general —tengo la certeza de que Felicity las experimenta hace rato— y se da por terminado el pícnic. Como el perro blanco y negro sigue pegado a los talones de Vicky, Casabianca le da una severa reprimenda y el animal se aleja finalmente entre los helechos, pero durante el descenso de la colina hace algunas apariciones teatrales e intermitentes dando brincos que recuerdan a los de una bailarina de *ballet*. Al pie de la ladera nos encontramos con los dueños del perro, un robusto caballero con botas marrones y una mujer delgadísima con polainas y gafas.

Vicky se muestra muy efusiva con el perro, el caballero robusto parece conmoverse y la mujer de las gafas me dice que disculpe, pero si mi niñita se ha encariñado tantísimo con el perrito, resulta que le estaban buscando un hogar, porque se marchan a Zanzíbar y, si no, tendrán que sacrificarlo. Digo que gracias, gracias, pero que no podemos ni pensar en una cosa así, la verdad, y Vicky se pone a dar alaridos.

La cosa resulta en que sí acabamos pensando en una cosa así —Casabianca me traiciona y se pone de parte de Vicky—, el caballero robusto afirma que el perro quizá no sea uno de esos animales con pedigrí —algo que ya veo sola— pero que no tiene vicios y es buenísimo y cariñosísimo, y Felicity, cuando la miro, asiente dos veces con la cabeza —me recuerda a lord Burleigh, pero no sabría decir por qué— y murmura: «*Oui, oui, pourquoi pas?*», pues parece creer que así solo ella y yo podremos entenderlo.

El resultado definitivo es que Vicky, Robin y el perro ocupan casi todo el coche en el trayecto de vuelta a casa y yo trato de decidir cuál será la mejor forma de presentar el animal a Robert y la cocinera.

11 de septiembre. Se llega a la decisión, pero no sé cómo, de que nos quedamos el perro y que lo llamaremos *Kolynos*.

12 de septiembre. Todo se ve eclipsado por la crisis nacional y por aterradoras declaraciones acerca del impuesto sobre la renta y la necesidad de economizar. Nuestro párroco llega a hablar de la devaluación de la libra desde el púlpito, y después de cenar, Felicity le pide a Robert que le explique toda la cuestión, lo cual, muy sensatamente, él se niega a hacer.

Almorzamos con los Frobisher, que están deprimidos y dicen que tendrán que bajar los salarios de todos en la finca en un diez por ciento. (Duda: ¿Por qué tienen que darme lástima por una cosa así? Me dan muchísima más pena sus empleados).

El joven Frobisher, recién llegado de Oxford, comenta que llevaba mucho tiempo viéndolo venir. (Pues me gustaría saber, en ese caso, por qué no avisó al vecindario). Se compromete a aclararnoslo todo —a instancias de Felicity, una vez más— y se embarca en un enrevesado monólogo en el cual, como de costumbre, tiene gran protagonismo la libra esterlina. Para cuando termina, no considero que me haya aclarado nada en absoluto, y empezaba a sentirme inclinada a hacérselo saber cuando *lady F.* me ofrece un café y me pregunta por los niños, a quienes se refiere como «el chico y la querida y pequeña Virginia», y nos embarcamos en cuestiones domésticas y les dejamos la libra esterlina a los demás. Al final resulta que el tema eclipsa la velada entera y Felicity y Robert hablan sobre él durante todo el trayecto de vuelta con tono erudito pero también muy abatido.

(*Nota bene:* Hacía muchísimo que no oía hablar a Robert con tanta elocuencia, y me impresiona el hecho de que haga falta una crisis nacional para motivarlo; empiezo a desear que nuestras energías para la conversación no se hubiesen disipado con tantos años de temas tan impropios para inspirarla. Advierto el posible esbozo de un artículo interesantísimo sobre la cuestión, o quizá resulte más adecuada la forma de *vers libres*, pero esta noche no puede hacerse nada). Le sugiero leche caliente a Felicity, pues parece tener frío, y me tomo infinitas molestias para procurársela, pero hierve en el cazo y se derrama toda.

13 de septiembre. Me invade la curiosa y lamentable certeza de que los domingos en el campo son absolutamente insoportables. Sin embargo, no puedo hacer nada al respecto.

Kolynos persigue a *Helen Wills* hasta hacerla trepar por un pequeño roble y se come el brazo y la oreja de un osito de peluche de Vicky. Semejante actitud no goza de muchas simpatías y Robert declara con tono lacónico que si el perro sigue haciendo «esas cosas»... y no termina la frase, lo cual nos alarma a todos mucho más que cualquier comentario que pudiera haber hecho.

En la iglesia estoy muy distraída, pero me hace volver en mí la forma en que Robin canta el himno, desafinando totalmente y medio compás por delante de todo el mundo. Prefiero no reprimir su evidente fervor, y tengo la impresión que hacerlo debería ser competencia de Casabianca, pero no parece haberse dado cuenta de nada. (Duda: ¿Será que él, al igual que Robin, no tiene el menor oído musical? Siempre que silba, desafina).

Volvemos para tomar rosbif, demasiado crudo y en platos que no están calientes. Cometo la audacia de decir que es una equivocación tomar rosbif todos los domingos, ¿por qué no pollo, o incluso cordero?, pero mi comentario despierta la consternación

general y Robert pregunta que después de eso, qué, por el amor de Dios, de modo que intuyo que más vale dejarlo estar y hablo en cambio de la libra esterlina, que se ha convertido en un tema muy familiar en todos los círculos.

Poco después de almorzar, el sopor invade a Robert, que se retira a la biblioteca con un ejemplar de *Blackwood's Magazine*. Robin lee la revista *Punch*; Vicky, entre las protestas de costumbre, desaparece para echarse la siesta de costumbre; y no hay ni rastro de Casabianca. Tengo la profunda sospecha de que ha seguido el ejemplo de Vicky.

Le digo a Felicity que tengo que escribir unas cartas y me contesta que ella también, y nos ponemos a charlar hasta las cuatro menos veinte y entonces decimos que en realidad no importa, pues, en cualquier caso, las cartas no habrían salido hasta mañana lunes. (Mi argumento parece plausible en el momento, pero, cuando lo contemplo con sangre fría, tiene muy poco fundamento).

Una cena fría —solo la salvan unas patatas al horno— cierra la velada con más conversación sobre la libra esterlina, en la que Robert y Casabianca se ponen muy técnicos y masculinos, y Felicity y yo resultamos incapaces de seguirles el ritmo y recurrimos al piano.

Llego a la cúspide definitiva de la desolación cuando Felicity, antes de irse a la cama, quiere saber por qué he renunciado por completo a la música y si no me da una lástima tremenda.

Le señalo que todas las esposas y madres tienen que renunciar siempre a la música; coincide tristemente conmigo y nos separamos sin entusiasmo.

Lamentaría muchísimo dejar constancia de las reflexiones a las que han dado pie los acontecimientos de toda la jornada.

15 de septiembre. Como suele pasar, resulta que el final de las vacaciones está mucho más cerca de lo que nadie esperaba y las etiquetas con las iniciales bordadas cobran una importancia extraordinaria en el orden de la vida cotidiana, así como las listas de artículos para el colegio, unas botas nuevas para Robin, toda clase de cosas nuevas para Vicky y pasta de dientes para ambos.

Liquido esos asuntos, más o menos, después de haber llevado a Felicity a la estación, donde nos despedimos de ella muy apenados. Justo cuando el tren sale de la estación, caigo en la cuenta de que nos hemos olvidado los sándwiches de huevo que le prometí para el viaje. Me siento abrumada por una vergüenza y una desesperación completamente inútiles, pero no puedo ponerle remedio. Los niños se muestran compasivos hasta que los distrae un hombre con un carrito de helados que reza: «Párame y cómprame uno», y eso hacen ellos, por un importe de cuatro peniques. Casi podría jurar que no tardará en haber mucho más que cuatro peniques de helado en el coche y en la ropa de los dos.

La mañana, extraordinariamente ajetreada, concluye con una visita al dentista,

quien declara que Vicky «va estupendamente» y que a Robin puede «despacharlo» en ese mismo instante, hecho lo cual, se ofrece a echarme un vistazo, a lo que accedo con funestos resultados. «¡Mire esto! —exclama el dentista sin mucho tino—. ¡Mire esta muela, pero si está flotando al viento!». Protesto enérgicamente ante semejante expresión, que considero una exageración tremenda, pero no puedo negar que la muela en cuestión no está en su mejor momento. Sigue mucho hurgar y dar golpecitos por parte del dentista, quien por fin declara, aunque con tono muy amable y considerado, que el caso exige una extracción. Me resigno a que me extraigan la pieza y pido hora para después de que los niños empiecen las clases.

(Me he preguntado muchas veces hasta qué punto las madres, si de ellas dependiera, no se dejarían llevar por el instinto universal de dejarlo todo para después de que los niños empiecen las clases. Y tengo la certeza de que dicho precepto, de ser posible, lo abarcaría todo en la vida, incluida la muerte misma).

Se ha hecho muy tarde para ir a almorzar a casa y tomamos pescado frito, patatas, galantina y plátano con helado en una cafetería conocida.

20 de septiembre. Le insinúo a Robert que ha llegado el momento de utilizar el piso de Doughty Street. Puedo llevar a Vicky a Londres, acompañarla hasta Mickleham y luego instalarme en el piso. ¿Para qué?, quiere saber Robert. Para escribir, sugiero con un hilo de voz, y para ver a mi agente literario. Robert no parece muy convencido, pero sí resignado. Y así, dispongo lo necesario para el viaje.

La tía Gertrude escribe para hacerme saber que mandar lejos de casa a una niñita de la edad de Vicky no es antinatural, sino un error garrafal. ¿Se me ha ocurrido pensar cómo va a ser un hogar sin niños? Decido dejar la carta sin contestar, pero me irrita descubrir que, en el transcurso de la jornada, redacto mentalmente al menos una docena de respuestas distintas, cada una de ellas más sarcástica que la anterior. No pongo por escrito ninguna, pero termino tan perturbada como si lo hubiera hecho; es más, a ratos lamento que la tía Gertrude nunca vaya a enterarse de todo lo que podría haberle dicho.

Vicky, a quien observo con inquietud, sigue tan impasible y alegre como siempre y no para de mencionar, contentísima, que esta es su última noche en casa. Es más, su almohada permanece completamente seca y se duerme más temprano que de costumbre.

22 de septiembre. Un coche recoge a Robin, y Casabianca nos acompaña a Vicky y a mí a Londres y se despide de nosotras en Paddington. Pronuncio un elegante discurso, que he preparado de antemano, para transmitirle nuestra gratitud y la esperanza de que vuelva con nosotros en Navidad. (Casi me siento inclinada a añadir que siempre y cuando el estado de la libra esterlina lo permita, pero prefiero no

hacerlo). Contesta que no hay de qué a la primera parte y que nada le gustaría más a la segunda, y luego pronuncia su propio discurso. Vicky le da un abrazo apasionado y bastante largo, Casabianca nos deja y, acto seguido, Vicky pregunta si va a irse ya al colegio. No queda otra que llevarla hasta Waterloo y de allí a Mickleham, donde la directora la recibe con mucho cariño y la pone al cuidado de una criatura absolutamente encantadora de diecisiete años a la que presenta como Jane. Me siento de pronto peligrosamente al borde de las lágrimas, pero la directora es el tacto personificado y hace que nos sirvan un té en el instante preciso. Sin que yo se lo pida, promete llamarme por teléfono por la mañana y escribirme una larga carta al día siguiente, y llama a Vicky para que se despida de mí, lo que la niña hace con mucho cariño y sin perder un instante su radiante expresión.

25 de septiembre, Doughty Street. Por increíble que parezca, me encuentro más o menos instalada en el piso y dueña de una sorprendente independencia. Una vez comprada una estufa eléctrica, que me ha instalado un joven pelirrojo y muy hablador, el piso resulta muy cómodo; las únicas excepciones son la ausencia de una buena butaca y la presencia de un extraño difusor de agua en la bañera que me tiene aterrada. El cuarto de baño está situado en el rellano de las escaleras, siempre transitadas, de modo que no puedo bañarme con la puerta abierta de par en par como me gustaría hacerlo. Me conformo con abrir la ventana, a través de la cual entran las tinieblas y salen el olor a gas y enormes nubes de vapor. Curiosamente, el vapor restante tiene la tendencia a elevarse y concentrarse en el techo, desde donde desciende sobre mi cabeza y mis hombros en gotitas extraordinariamente frías. Tengo la certeza de que hay una explicación científica, y sin duda interesante, para este pequeño fenómeno químico, pero de momento no soy capaz de dar con ella. (*Nota bene:* Reservo la discusión de dicho problema para alguna situación adecuada, preferiblemente cuando me encuentre sentada junto a un distinguido científico en alguna cena. Entretanto, me refugio bajo una toalla en el rincón del baño más alejado de la bañera —lo de alejado es un decir—, pero no consigo evitar esa lluvia de gotitas no deseada).

El ama de llaves del piso de arriba se muestra sumamente amable y dispuesta a ayudar, y me explica cuanto hay que saber sobre la limpieza de las ventanas, la recogida de la colada y el reparto de leche.

Me llegan excelentes informes de Vicky en Mickleham; Robin me escribe, como de costumbre, para hablarme de un niño al que no conozco, un tal Felton, que este trimestre ha traído una caja nueva de lápices, y de otro, al que tampoco conozco, cuyos padres son ahora propietarios de una casa en New Forest; y Robert me describe, con tono lacónico pero alegre, los preparativos para la cena de celebración del fin de la cosecha. Llega una comunicación menos satisfactoria del banco, donde me señalan cicateros la existencia de un descubierto sumamente pequeño y reciente.

Me parece casi increíble, vistas mis inesperadas ganancias literarias; había experimentado la alegre certeza de que no volvería a encontrarme en tan penosa situación, pero ahora comprendo que se trataba de un optimismo por completo injustificado. (Sin duda tengo material con esto para un breve tratado filosófico sobre la vanidad de las esperanzas humanas, me digo. Pensándolo mejor, sin embargo, me parece que recuerda demasiado al señor Fairchild, de manera que lo dejo estar).

Escribo montones de cartas y quedo agradablemente sorprendida ante la enorme ventaja que supone poder hacerlo sin interrupciones.

27 de septiembre. Llamada telefónica de Rose para preguntar si me gustaría asistir a una fiestecita literaria que celebrará una distinguida novelista cuyos libros conozco muy bien y que vive en Bloomsbury. Sí, contesto, si está segura de que mi asistencia será apropiada. Por qué no, responde Rose, y añade —queda claro que se le ha ocurrido después— que ahora soy una baza literaria muy valiosa para moverse en sociedad. La pausa que sigue vuelve dolorosamente evidente que ambas sabemos que lo que ha dicho no es cierto, y al cabo de poco pongo fin a la conversación telefónica.

Considero qué ponerme y decido que el vestido negro no tiene mucha gracia, pero el de brocado verde con perlas de imitación quedará más o menos bien, aunque tendré que hacer forrar los viejos zapatos de satén blanco para que hagan juego.

28 de septiembre. Se celebra la fiesta literaria, a la que Rose me lleva según lo prometido. Me tomo infinitas molestias con mi aspecto y quedo convencida, antes de salir del piso, de que este ha alcanzado cotas altísimas gracias a un carísimo lavado y marcado y a un uso moderado de los cosméticos. Sin embargo, me veo obligada a añadir que, al llegar a la fiesta y ver a las demás invitadas, comprendo al instante que soy más vieja, voy peor vestida y resulto infinitamente menos atractiva que cualquier otra mujer en la habitación. (En el pasado he protagonizado con frecuencia reacciones similares).

Rose me presenta a la anfitriona, cuyo aspecto es muy parecido al que esperaba, pero es evidente que, como es natural, las fotografías que han aparecido en la prensa son imágenes un poco idealizadas. La anfitriona me dice que se alegra muchísimo de que haya podido venir (Duda: ¿Por qué?) y en ese punto reclaman su atención otros recién llegados, a quienes les dice exactamente lo mismo y con una entonación muy similar. (Nota: El trato con los semejantes fomenta el cinismo. ¿Debería evitarlo por esa causa? Y si lo hiciera, ¿qué pasaría con el piso de Doughty Street?).

Rose me pregunta si veo a aquel hombre de allí. Sí, lo veo. Pues ha escrito un libro, explica Rose, que sin duda le arrancarán de las manos para quemarlo antes de que pueda publicarlo. Me deja impresionada y le pregunto cómo lo sabe, pero la reclama un conocido y me quedo mirando al hombre en cuestión muda de asombro.

Justo cuando he llegado a la conclusión de que no puede tener más de dieciocho años, oigo un grito —un método para llamar la atención absolutamente inevitable con tanta gente hablando a la vez— y me encuentro cara a cara con Emma Hay, que viste de malla de color rosa y encaje dorado, y lleva un turbante tachonado con joyas y un collar de guijarros grandes y primitivos.

¿Quién iba a imaginar algo así?, chilla Emma, y añade que si he visto a aquel hombre de allí. Acaba de terminar un libro que le arrancarán de las manos para quemarlo antes de que pueda publicarlo. Un genio, por supuesto, añade como si tal cosa, pero de ideas muy avanzadas para su época. Sí, supongo que sí, contesto, y le pido que me cuente quién más está presente, a lo que Emma responde con un sucinto resumen de infinidad de carreras más bien escabrosas que me lleva a la conclusión de que el talento literario y el éxito doméstico no suelen ser compatibles. (Duda: ¿Echará eso por tierra mis posibilidades?).

La querida Emma exclama entonces que es una lástima que yo esté tan absolutamente fuera de este círculo, idea que, considero, podría haber expresado mejor, y me presenta a un hombre que a su vez me presenta a su mujer, muy rubia y guapa. (Experimento un nada digno espasmo de resentimiento al contemplar tanta belleza, pero lo sofoco al instante). El hombre se ofrece a conseguirme una copa, gesto que acepto, y luego le ofrece una a su esposa, quien también acepta, y acto seguido el hombre se abre paso a través de la densa multitud. Su mujer me señala entonces al joven caballero que ha escrito un libro que van a arrancarle de las manos, etcétera. Me desagrada sobremanera oírme contestar: «Vaya, no me diga» con tono de inteligente asombro.

El hombre regresa con dos copas de un líquido amarillo —la mía está repugnante, y la esposa da un único sorbo a la suya antes de abandonarla—, y hablamos del impuesto sobre la renta, de la libra esterlina, de Francia y de John van Druten, de quien tenemos buena opinión. Rose emerge temporalmente de una maraña de distinguidos conversadores, me pregunta si estoy bien y vuelve a sumergirse en ella antes de que yo haya podido hacer más que asentir con la cabeza. (Se sobreentiende que miento). El hombre y su esposa, que no conocen a ninguno de los presentes, siguen firmemente pegados a mí, y yo a ellos exactamente por la misma razón. La charla decae y noto un intenso dolor de garganta. Se vuelve más y más evidente la imposibilidad de mantener la libra esterlina fuera de la conversación, y la naturaleza de las observaciones que hacemos no destaca ni por su originalidad ni por su constructiva sensatez.

Emma vuelve al ataque un poco más tarde para contarme que James (ni idea de quién es) ha plantado por fin a Sylvia (nunca he oído hablar de ella) y ahora vive definitivamente con Naomi (tampoco la conozco de nada), quien tendrá que ganar lo suficiente para mantenerlos a ambos y a los tres niños de ella, pero los niños que James tuvo con Susan los está criando el querido Arthur. Comento con convicción que eso, al menos, supone un consuelo, y Emma, ahora con el turbante claramente

caído sobre la ceja derecha, vuelve a esfumarse.

La pareja que me ha presentado Emma originalmente supone mi única esperanza de disfrutar de compañía, y tengo la certeza de que lo mismo supongo yo para ellos. Aun así, descarto por completo retomar el análisis de la libra esterlina, que se avecina, y estoy pensando seriamente en decir que hay un hombre allí a quien van a arrancarle su libro de las manos antes de que pueda publicarlo cuando Rose interviene y propone que nos vayamos. No hay ni rastro de nuestra anfitriona, Emma proporciona una explicación oficiosa y sumamente escandalosa para dicha desaparición, y Rose y yo nos subimos a un taxi, al que hemos llegado acompañadas por un hombre anciano a quien no conozco, pero que supongo amigo de Rose, hasta que ella me cuenta que no lo había visto en su vida. Sugiero que puede tratarse de un criado contratado para la ocasión, pero Rose dice que no, que es más probable que sea algún distinguido dramaturgo de las afueras.

1 de octubre. Como resultado directo de la fiesta literaria, me llama por teléfono Emma para decirme que casi no me vio, que no puede ser, que debemos tener una larga charla y que qué tal cenar juntas la semana que viene, en el Soho, donde conoce un sitio barato. (Extraña fórmula de invitación, sin duda). También me llama el secretario de la vizcondesa, llamada que me hace sentir importante, y me emplaza a un almuerzo en un restaurante francés sumamente caro y de moda. Acepto con elegancia y me paso un rato preguntándome si las circunstancias justificarán que me compre un sombrero nuevo para la ocasión. Por lo general, el efecto de un sombrero nuevo sobre la *morale* es muy beneficioso.

También recibo una carta —en un sobre malva con monograma plateado que me deja de una pieza— que resulta ser de Pamela Pringle, quien se declara tan mía afectísima como siempre y encantadísima de que me encuentre en Londres, y añade que tenemos que hablar de los viejos tiempos y que si haré el favor de llamarla de inmediato y proponerle algo. Pues sí, la llamo, aunque no de inmediato, y me dice que, si soy un cielo y me acerco a su piso en Sloane Street, podrá encajarme entre el masaje de las cuatro y la partida de *bridge* de las seis. Estoy dispuesta a desplazarme, pero tomo nota mentalmente de que más vale no sacar el tema de los viejos tiempos hasta que la propia P. P. los haya introducido en la conversación, pues estoy segura de que lo hará tarde o temprano.

Me encamino, pues, al piso en Sloane Street. La entrada del edificio es impresionante, con una legión de porteros, uno de los cuales me acompaña en el ascensor y me deja ante una puerta de un violeta vivo cuyo antiguo llamador representa una sirena, motivo que no me parece muy adecuado para Londres aunque quizá sí aplicable al carrerón de Pamela. El piso está amueblado con mesas de espejo, pufs negros y bloques de madera verde con ángulos pronunciados. Me siento sobrecogida y me pregunto qué impresión le produciría todo eso a la mujer del

párroco, pero no acierto a imaginarlo.

Pamela me recibe en una pequeña habitación —más espejos pero menos pufs, y los bloques angulares son rojos con trazos azules en zigzag— y me sorprende con un beso de lo más efusivo. Es muy amable por su parte, aunque desearía haberlo previsto, pues así habría podido reaccionar mejor y sin dar tantas muestras de una perplejidad rayana en la alarma. Me invita a sentarme en un puf y a fumar un cigarrillo ruso; acepto ambas cosas y le pregunto por los niños. «¡Ah, los niños!», exclama Pamela, y se echa a llorar, aunque se detiene antes de que me haya dado tiempo a tenerle lástima y se embarca en un largo y complicado discurso. La vida, declara, es difícilísima, y está perfectamente segura de que yo siento, como ella, que nada importa más en este mundo que el amor. Reprimo la fuerte inclinación a contestar que importan bastante más la cuenta bancaria, unos dientes sanos y un servicio doméstico en condiciones, y digo que sí, claro, y trato de parecer todo lo inteligente y comprensiva que puedo.

Pamela se lanza entonces a pronunciar un apasionado discurso y dice que no es culpa suya que los hombres siempre se hayan vuelto locos por ella y que sin duda recordaré que siempre le ha pasado, desde jovencita (no recuerdo nada parecido, y aunque lo hiciera, no se lo diría), y que, al fin y al cabo, el divorcio ya no está tan mal visto como antaño, y es siempre la mujer la que tiene que pagar el pato, ¿no estoy de acuerdo? No me parece necesario dar una respuesta definitiva a esa cuestión y, en cualquier caso, no sé muy bien si estoy de acuerdo o no, de modo que vuelvo a recurrir a mis ademanes inteligentes y comprensivos y profiero un sonido inarticulado pero, confío, expresivo. Mi actuación deja completamente satisfecha a Pamela, por lo visto, pues continúa haciéndome confidencias que escucho con los ojos tan abiertos de emoción que casi se me salen de las órbitas. Menciona a Stevenson, Templer-Tate y Pringle, así como a otros cuyos apellidos Pamela no ha llegado a llevar nunca, aunque, según ella, más por culpa suya que por la de ellos. Siento que debería decir algo, así que me intereso tímidamente por si su primer matrimonio fue feliz, pregunta que me suena mejor que la de si alguno de sus matrimonios lo fue. ¿Cómo que feliz?, exclama Pamela. Madre mía, pero ¿de qué estoy hablando? Por su respuesta, concluyo que no fue feliz. «¿Y qué me dices del matrimonio con Templer-Tate?», sugiero. Pamela contesta con tono sombrío que fue un infierno. (Me gustaría preguntar para quién, pero me abstengo, como es natural). La siguiente ramificación del tema es presumiblemente Pringle, y en este punto titubeo, pero Pamela toma la iniciativa y se embarca en una historia larga y aterradora.

Waddell —el nombre de pila de Pringle, que da lugar a un interesante hilo de conjeturas en cuanto a la mentalidad de sus padres—... resulta que Waddell no comprende a su esposa. Nunca la ha comprendido y nunca será capaz de hacerlo. Ella es sensible, cariñosa, inteligente a su manera aunque quizá no listísima, explica Pamela, y la verdad es que, aunque lo diga ella misma, es una mujer con la que no cuesta nada llevarse bien. Con ella, un hombre fuerte podría haber hecho cualquier

cosa en el mundo. Ella es así. Como la hiedra, que se agarra fuerte. Asiento con la cabeza. La continuación de la conversación revela que ella se ha venido agarrando adonde no debía, y que eso ha contrariado lo suyo a Pringle. Sigue el relato de un doloroso embrollo doméstico. Digo con un hilo de voz que lamento mucho oír todo eso —lo cual no es verdad, pues lo estoy pasando en grande— y pregunto qué hay de los niños. Eso nos lleva de vuelta al punto de partida y cruzamos mucho terreno por el que ya hemos transitado antes. La partida de *bridge* de las seis ha quedado olvidada, por lo visto, y me da la sensación de que sonará poco compasivo mencionarla, en especial cuando Pamela me confiesa que ha pensado muchas veces en acabar con todo de una vez. No estoy segura de si se refiere a la vida en sí o solo a su vida con Pringle, o quizá se trata tan solo de una conducta momentánea algo irregular.

Nos interrumpen cinco llamadas telefónicas, durante las cuales Pamela se muestra efusiva y excitable con cinco desconocidos interlocutores y queda en encontrarse con alguien el viernes a las tres, en ir a ver a algún otro que está enfermísimo en una clínica y en ayudar a otra persona a encontrarse con una mujer que conoce a alguien relacionado con el cine.

Me marcho por fin después de que Pamela me haya dado otro abrazo, y bajo a toda pastilla en el ascensor, lleno de espejos. Me impacta lo poco adecuado que parece mi aspecto en un entorno así, y tengo la certeza de que al ascensorista también le impresiona, aunque soy consciente de que su opinión debería serme indiferente por completo.

La temperatura en Sloane Street es gélida en comparación con el interior del piso, y sopla un viento frío que me pone la nariz como un tomate y me hace lloriquear. El destino elige ese momento preciso para la aparición de *lady B.*, quien, con pieles de marta cibelina hasta las cejas y un maquillaje impecable, sale de Truslove and Hanson hacia el coche con chófer que la aguarda. Me ve y suelta un grito, ante el cual los transeúntes nos miran perplejos, y exclama: «¡Madre santa, no puede ser!». Ver a los geranios del jardín arrancarse de la tierra para plantarse en Londres le habría extrañado menos. (¿Será una alusión sutil al efecto del viento en mi cutis?). Comento con fría formalidad que estoy pasando un par de semanas en mi piso. ¿Dónde?, pregunta con escepticismo *lady B.*; contesto que en Doughty Street y ella sacude la cabeza y comenta que eso no le dice nada. Me gustaría mencionarle con aspereza la biografía de Charles Dickens, pero antes de que me dé tiempo pregunta qué diantre hago en Sloane Street, nada menos, y contesto que he pasado un par de horas con mi vieja amiga Pamela Pringle (más tarde me despreciaré por mi descripción, pues ni se me pasaría por la cabeza referirme a ella de esa manera ante cualquier otra persona). Oh, conque esa mujer, dice *lady B.*, y acto seguido se ofrece a llevarme hasta Brondesbury o como quiera que se llame, pues su chófer es un hacha de la orientación. Se lo agradezco secamente y rechazo el ofrecimiento. Nos despedimos y, mientras espero el autobús 19, pienso que ojalá le hubiera dicho a *lady B.* que debía

darme prisa o llegaría tarde a una cena en Apsley House.

3 de octubre. Observo cierta tendencia en mi persona a llegar más y más lejos en la búsqueda de restaurantes adecuadamente baratos, no tanto por consideraciones económicas como por el motivo sumamente impropio de que me divierte recorrer las calles. (No puedo contemplar ni por un instante la remota posibilidad de que mi afición llegue a oídos de *lady B.*, y ni siquiera me siento dispuesta a comentarla con Robert. Es más, soy perfectamente consciente de que he venido a Londres a escribir, no a divertirme).

Decidida a refrenar semejante estado de ánimo, me detengo a almorzar en un pequeño establecimiento en Theobald's Road lleno a rebosar de mujeres jóvenes sin sombrero y fumando cigarrillos, una dama anciana con un perrito asqueroso que no para de gruñirle a todo el mundo y un joven menudo y paliducho que toma natillas y lee una misteriosa publicación con pinta de revistilla de beneficencia titulada *Helping Hands*.

La única camarera parece agobiada y me dice, sin que yo se lo pida, que solo le queda una ración pequeña del plato frío. Digo que muy bien y, al cabo de un largo intervalo, aparece el plato frío en cuestión y resulta ser cerdo. Me gustaría pedir una patata, pero la camarera me evita, y prescindo de ella.

Todas las jóvenes sin sombrero toman café en cantidades ingentes; intuyo que es algo muy literario y me gustaría hacer lo mismo, pero tengo la férrea convicción de que será malísimo. Las natillas tampoco me atraen mucho. Finalmente pido un bollo, por favor, y la camarera, más agobiada que nunca, me pregunta si me importa que sea el que está en el escaparate. Muy audaz, digo que no me importa si no lleva ahí mucho tiempo y la camarera dice: «Oh, mucho no» y parece aliviada.

Una conversación singular entre las jóvenes sin sombrero atrae mi atención y me distrae de mis severos forcejeos con el bollo. Mis vecinas hablan sobre la vida, y la más joven comenta que la perversión prácticamente ya no existe. Las demás, por lo visto, consideran que dicha afirmación peca de pesimista y la tranquilizan y la animan diciéndole que, hasta la fecha, no se ha encontrado nada que ocupe su lugar. Una de ellas les ruega que miren si no a Sprott y Nash, que suena a tienda de comestibles en las afueras pero son, me parece, amigos mutuos. Todas las demás dicen que ay, claro que sí, Sprott y Nash, y parecen aliviadas. Una se lanza a contar una historia sobre un hombre muy anciano que yo trato de oír, sin éxito, y alguien comenta con tono de desaprobación que el tipo no puede saber mucho al respecto teniendo en cuenta que dejó atrás los setenta hace mucho y que solo hará un par de años que la cosa se ha puesto de moda. En ese punto la conversación se vuelve intrascendente y oscila entre la película *Cabalgata*, las técnicas de peluquería, la cría de perros y un hombre llamado William, aunque de vez en cuando vuelve a centrarse en Sprott y Nash.

Me acabo el bollo con grandes dificultades, pago diez peniques por la comida, le dejo dos a la camarera y me marchó. Decido con firmeza que todo esto no ha valido la pena, ni siquiera por mor de la economía. Me acuerdo con tremenda satisfacción de que mañana almuerzo en Boulestin's con la encantadora vizcondesa, lo que me lleva a reflexionar sobre los curiosos contrastes que nos depara la vida: cerdo frío y un bollo duro en Theobald's Road el martes, y langosta y *poire Hélène* (confío) en Boulestin's el miércoles. Espero con todo mi corazón que se verifique una semejanza similar en el carácter de la compañía y la conversación.

Decido pasar la tarde escribiendo y dedico mucho rato a afilar lápices y a buscar la goma de borrar, que por fin encuentro en una pequeña cavidad en el gramófono destinada a las agujas del aparato. Mis pensamientos divagan en ese punto para centrarse en el paradero de las agujas del gramófono y me siento impelida a buscarlas; acabo por encontrarlas, atónita, en una caja de cerillas en el estante de un armario de la cocina. (Me pierdo en una vaga pero desagradable fantasía que da comienzo con Vicky buscando galletas bajo una luz insuficiente y termina en el juzgado de instrucción, donde el jurado aprueba un severo voto de censura, y con razón).

(Duda: Aunque la imaginación es en muchos sentidos una bendición, ¿no llevará a veces demasiado lejos a quien la posee? La respuesta es categóricamente afirmativa).

Suena el timbre y le abro la puerta a una mujer que parece exhausta y que me dice que no pretende molestarme —ya lo ha hecho— pero quiere saber si he oído hablar de la nueva aspiradora eléctrica. Me da lástima y tengo la impresión de que si la despacho sin más se vendrá abajo del todo, de modo que dejo que me hable de la nueva aspiradora eléctrica y me comprometo, sin muchas ganas, a que la traiga mañana por la mañana para hacerme una demostración de sus poderes. La mujer declara que nunca me arrepentiré —no es verdad, puesto que ya me estoy arrepintiéndome— y acto seguido desaparece de mi vida.

Tiene lugar una segunda interrupción cuando un hombre, que dice estar desempleado, se planta en mi puerta con un poema que según él tiene a la venta. Le compro el poema por dos chelines, una cantidad misérrima, lo sé, y le digo que no me mande a nadie más porque no puedo permitírmelo. Me asegura que nunca lo hará y se marcha.

El timbre vuelve a sonar y ya no para. Presa del espanto, levanto la vista: está en un sitio inaccesible y solo se ven dos misteriosos tarritos de mermelada y unos cables. Me encaramo a una silla para investigar, pero me da miedo electrocutarme y vuelvo a bajar sin haber hecho nada. El ama de llaves del piso de arriba se apresura a bajar y unas féminas desconocidas del piso de abajo se apresuran a subir, y todas miramos el techo y declaramos que más vale ir en busca de un hombre. Eso hacemos, finalmente, y contemplo un irónico artículo sobre el feminismo mientras el timbre continúa sonando como un loco. Sin embargo, el hombre llega, dice: «Ay, sí, me imaginaba

algo así» y, acto seguido, sin más poder, por lo visto, que el de su virilidad, consigue que el timbre vuelva a comportarse. Quedo bastante molesta y no logro concentrarme en nada.

7 de octubre. Extraordinaria conducta de la querida Rose, con quien, hace ya varios días, me comprometí a cenar esta noche. Cuando estoy tratando de decidir si será preferible coger el autobús hasta Portland Street o el metro hasta Oxford Circus, me llama por teléfono la sobrina de Rose, la casada que vive en Hertfordshire y que es joven y moderna, para decirme que les ha fallado la conferenciante de su Instituto de la Mujer para esta noche y que, al recurrir a Rose, ella ha sugerido mi nombre de inmediato y expresado su absoluta disposición a prescindir de mi compañía para la velada. Obvia imposibilidad de dar como excusa un compromiso anterior; durante un instante contemplo decir que tengo la gripe, pero me acuerdo a tiempo de que la sobrina, muy lista, ha iniciado la conversación preguntándome qué tal estaba y que yo he contestado que de maravilla, gracias; por tanto, no me queda otra que aceptar.

(Duda: Me encantaría saber si es para esto que me marché de Devonshire).

Doy vueltas a varias cartas breves pero mordaces para Rose, pero el tiempo apremia; solo alcanzo a meter en una maleta el cepillo y el peine, las zapatillas, una esponja, tres libros, el pijama y la botella de agua caliente —más tarde descubro que me he dejado la borla de polvos y me llevo un gran disgusto, pero no sirve de nada— y me dirijo en tren a Hertfordshire.

Paso la mayor parte del trayecto rememorando cuanto sé sobre la sobrina de Rose: que está muy por debajo de los treinta y es muy guapa, tiene mucho talento y un éxito social tremendo, que se le dan asombrosamente bien los deportes, el baile y —tengo entendido— todo lo demás del mundo, y que está casada con un joven brillante de quien se dice que se ha labrado un nombre, aunque en este momento soy incapaz de recordar cómo.

Tengo el fuerte impulso de girar sobre los talones y volverme a casa para no tener que enfrentarme a tamaña eficiencia, pero el tren directo frustra semejante proceder.

Me recibe la sobrina, cuyo atuendo resulta infinitamente superior a cualquiera que yo haya tenido o vaya a tener jamás, y se muestra encantadora, me expresa su gratitud y me pregunta sobre qué voy a hablar. Contesto que sobre teatro de aficionados, y dice que excelente, por supuesto, aunque no se la ve muy convencida, y añade que el instituto cuenta ya con una importante sociedad dramática de cuya producción suele encargarse un conocido actor profesional, marido de la vicepresidente, y que quedaron en muy buen lugar en el reciente concurso teatral del pueblo, abierto a toda Inglaterra.

Me desanimo completamente al oír eso, cómo no, y propongo entonces, poco convencida, una charla sobre libros o algo así que tampoco termina de entusiasmar a la sobrina, aunque sigue imperturbable y encantadora. Conduce muy bien, y eso que

es de noche, entra en un garaje con una maniobra incómoda que resuelve con igual destreza, saca mi maleta y comenta que pesa bastante, hecho innegable y que se debe a los libros, pero no puedo decírselo para no dar a entender que no contaba con que su casa estuviera adecuadamente provista, y me hace pasar entonces a una casa absolutamente preciosa y modernísima que sin duda contará —lo confirmo más tarde— con lo más novedoso en materia de artilugios para facilitar el trabajo doméstico.

El cuarto de baño en particular (parece consistir en mármol macizo y azulejos blancos y negros, todo deslumbrante) me impresiona sobremanera. Pienso con pesar, aunque con afecto, en la versión de segunda que tenemos en casa, donde la pintura se desconcha en varias direcciones, los grifos de latón reverdean a intervalos hasta que se ocupa de ellos la criada, y la irregular colección de repisas caseras en las paredes luce una tremenda acumulación de frascos medio vacíos, latas de talco y paquetes de jabón Lux.

La sobrina me presenta a sus hijos, un niño encantador y un bebé angelical, ambos, huelga decirlo, con el cabello ensortijado. Me pregunta educadamente por Robin y Vicky, y no se me ocurre nada meritorio de ninguno de los dos, así que me limito a decir que están en el colegio.

Nota bene: La teoría victoriana sobre el orgullo materno queda completamente desacreditada. Cariño, sí. Orgullo, no.

Nos sentamos a cenar. La sobrina se ha puesto un vestido azul que le sienta muy bien y es perfecto para la ocasión. Yo hago lo que puedo con un viejo vestido rojo y una boina del mismo color, que consiguen resultar muy poco favorecedores a la vez que pasados de moda, y trato de que la mísera polvera que llevo en el neceser compense un poco la borla desaparecida. Resultados nada satisfactorios.

Cenamos, me presentan al marido —también joven— y hablamos de Rose, de amigos mutuos, de *Time and Tide* y de aspiradoras Electrolux.

La velada en el instituto cosecha un éxito razonable —me impresiona la eficacia de la sobrina en el papel de presidente, otro alarde de eficiencia—; hablo sobre libros y provoco risas con la introducción de tres anécdotas completamente irrelevantes, me presentan a alguien con sombrero de fieltro y abrigo de pieles, a alguien con sombrero de fieltro y jersey azul, a alguien con sombrero de fieltro y traje de *tweed*, etcétera. Los nombres de todas siguen siendo un misterio impenetrable para mí, como sin duda lo será el mío para ellas.

(Llegada a ese punto, fantaseo sobre si esta situación, tan deplorable como habitual, será evitable. Existe la teoría de que en América la han superado completamente, pues las presentaciones son siempre audibles y suelen ir acompañadas de un breve esbozo biográfico. Cómo me gustaría ir a América).

La sobrina me pregunta amablemente si estoy cansada. Digo que no, en absoluto, aunque es mentira, y un instante después me lleva a casa, donde me voy a la cama. La habitación de invitados es admirable en todos los sentidos, pero no hay ni una papelera. Ese único fallo en la perfección general supone todo un alivio.

8 de octubre. Todos mis intentos por comunicarme telefónicamente con Rose resultan fallidos, pues siempre contesta su ama de llaves y dice que ha salido. Lo entiendo muy bien, desde luego. Decido que el proceder más digno es no dar un paso más y dejarle la iniciativa a Rose.

Dicha decisión me plantea un serio conflicto más tarde, cuando almuerzo con la vizcondesa, a quien conocí oficialmente como amiga de Rose, pues no hace más que hablar de ella con entusiasmo, y me debato entre la inclinación natural a responderle y la sensación de agravio que tengo ahora por la conducta de Rose.

Aparte de eso, el almuerzo es todo un éxito. Al final no me he comprado un sombrero nuevo, y me alegro, pues la vizcondesa se quita el suyo muy al principio y da muestras de evidente indiferencia ante los tocados femeninos.

10 de octubre. Me tiene preocupada un problemilla doméstico, de características especialmente prosaicas, que se centra en la recogida de los cubos de basura en lo que aquí dan en llamar el jardín trasero de la casa de Doughty Street. Dichos cubos de basura están siempre a rebosar y estoy convencida de que el contenido de papeleras ajenas contribuye a llenar el mío, pues no tengo recuerdo alguno de pieles de plátano, un plato azul y blanco roto, fragmentos arrancados del boletín del juzgado de primera instancia o una teterita oxidada y plagada de agujeros.

Contemplo dichos fenómenos con enorme desagrado, pero me siento incapaz de quitarlos de ahí, de modo que presiono mi aportación al cubo con el mango del plumero hasta lograr que quepa, y me bato en retirada.

13 de octubre. Voy a ver a Rose presa de un insólito estado de ánimo que me invade después de almorzar, no sabría decir por qué, y que me impulsa a exigir una explicación por su extraña conducta de la semana pasada.

Rose está en casa y dice que se alegra de verme, con lo que me llevo un buen chasco, pero me sobrepongo y contesto con firmeza que me parece estupendo, pero que quiero saber a qué vino lo de la noche en el Instituto de la Mujer. Al oír eso, y aunque no cede, Rose palidece y me dice que me tranquilice y me siente y le explique qué quiero decir. Me da mucha rabia ese «que me tranquilice», pues da a entender que suelo ir por ahí destrozando muebles, y contesto con cierta mordacidad que haré lo posible por no despertar al vecindario. Por desgracia, un descuidado gesto mío de irritación termina volcando una mesita en la cual alguien ha cometido la estupidez de dejar libros pesados, una caja de cigarrillos mal cerrada y dos ceniceros. Lo recogemos todo en silencio —los pitillos son especialmente esquivos, pues se alejan rodando para meterse bajo el sofá y detrás de la estufa eléctrica— y finalmente ocupamos sendas butacas y nos lanzamos miradas furibundas desde uno y otro lado

de la alfombra persa.

Me maravillo de que Rose sea capaz de mirarme a la cara y se lo hago saber, y sigue una larga y dolorosa conversación que revela una curiosa incapacidad por ambas partes de ceñirse a la cuestión principal. Lamentaría mucho acordarme con detalle del número y la naturaleza exactos de las observaciones absolutamente irrelevantes que intercambiamos, aunque sí tengo el recuerdo preciso de que Rose afirma en varias ocasiones que: (a) Si me hubieran psicoanalizado como es debido años atrás, comprendería ahora que mi mente nunca ha llegado a madurar del todo; (b) es totalmente ridículo llevar zapatos con tacones tan altos; (c) Robert es un absoluto santo y tiene mucho aguante, y (d) nadie en el mundo entero está más dispuesto que ella a admitir que se me da bien escribir, pero que hablar del piano es absurdo.

Por mi parte, no puedo negar que, en el transcurso de la velada, la informo de que: (a) Ni su mejor amiga podría llamarla ordenada, y si no, ¡mira qué habitación!; (b) hay una gran diferencia entre ser simplemente impulsiva y ser absoluta y escandalosamente desconsiderada; (c) haber estado en América no significa, de por sí, que sea infalible en absolutamente cualquier cuestión, y (d), como es natural, a lo hecho, pecho, y no quisiera recordarle aquella vez que perdió los estribos con aquellas absurdas raíces de lirio.

No sabría decir en qué punto me echo a llorar, pero, en efecto, lloro, por desgracia, y explico que es de pura rabia y nada más. Rose anuncia de pronto que no hay nada como el café y hace sonar la campanilla. Me bato en retirada al cuarto de baño en un estado lamentable y me enjugo la cara; las lágrimas la hacen verse a una bien poco atractiva, ya me gustaría saber cómo lo hacen las estrellas de cine, pues la explicación habitual de que se las apañan a base de glicerina me parece del todo insatisfactoria. Regreso a la sala de estar y me encuentro con que Rose, haciendo gala de extraordinaria presencia de ánimo, ha puesto en marcha el gramófono. Escuchamos en silencio *Rapsodia en azul* y me encuentro mejor.

Nos traen un café excelente, bebo un poquito y me encuentro aún mejor. Vuelvo a sentirme capaz de mirar a Rose a los ojos, que ahora expresan arrepentimiento, y decimos al unísono que todo esto es absolutamente imposible y que no nos peleemos, pase lo que pase. Al cabo de un instante se restablece la armonía y le doy un beso a Rose y ella me dice que todo ha sido culpa suya, de principio a fin, y yo digo que no, que ha sido culpa mía, sin duda, y las dos añadimos que en realidad no queríamos decir todo lo que nos hemos dicho.

(Más tarde se me pasa por la cabeza la idea algo cínica y despiadada de que, si ninguna de las dos quería decir nada de lo que ha dicho, la velada entera ha supuesto un completo desperdicio de energía nerviosa, pero me niego a darle vueltas a ese aspecto de la cuestión).

Finalmente me voy a casa presa de un cansancio extraordinario. Me encuentro una carta de Vicky, con un dibujito de un elefante que me parece ingenioso y muy

moderno, hasta que leo la carta en sí y me entero de que es una mesa puesta para cenar, y también leo una comunicación del agente literario en la que me dice que está deseando ver mi nuevo manuscrito. (Solo espero que disfrute tanto como dice del placer de la expectativa, pues, visto el ritmo actual de mis progresos, es bien probable que la cosa se prolongue).

Me encuentro asimismo un sobre malva y un monograma plateado que empiezan a resultarme familiares, y una nota que ha garabateado Pamela Pringle para invitarme a almorzar en su piso y a conocer a media docena de queridas amigas tuyas que sencillamente adoran mis obras. Me tomo la última afirmación con cierto escepticismo, pero decido aceptar por el degradante motivo de que siento curiosidad por conocer a sus queridas amigas, y el más degradante incluso del estado de mis finanzas, que me lleva a aprovechar una comida gratis sea quien sea quien me la ofrezca.

16 de octubre. Me encuentro en una situación singular en lo que concierne al banco, donde insisten en mostrar una actitud muy poco comprensiva con respecto a mi pequeño descubierto. Mantengo una entrevista con el director, quien dice lamentar mucho el aparente estado «estacionario» de mi cuenta. Comento con cierta cordialidad que no puede lamentarlo tanto como yo ni muchísimo menos, después de lo cual parecemos haber llegado a un punto muerto. El director —no logro imaginar por qué le parece buena idea— abre de pronto una carpeta grande y me lee un extracto de una correspondencia mantenida con una persona en extremo antipática a quien se refiere como el director general en la que este le da instrucciones de ejercer presión sobre su cliente (yo). Bueno, digo, pues ya ha ejercido presión, desde luego, así que no le hace falta preocuparse, pero no conseguimos llegar a un entendimiento perfecto y nos despedimos sumidos en el pesimismo.

La fantasía ociosa de que me caen de pronto varios cientos de miles de libras gracias a un billete de la lotería irlandesa casi hace que me atropelle un camión de aspecto lamentable cargado de carbón.

18 de octubre. Voy a Woolworths a comprar pañuelos de papel —se avecina claramente un resfriado— y oigo un disco de seis peniques excelente, titulado *Around The Corner And Under The Tree*, que compro. La melodía es muy pegadiza y la letra decididamente vulgar, pero no deja de tener cierto encanto. Algo me dice que, tarde o temprano, estaré justificando mi proceder con la excusa de que lo compré para divertir a los niños.

(Nota: Es posible que conocerse a uno mismo sea beneficioso, pero casi siempre es desagradable).

Decido reprimir el resfriado inminente, al menos hasta después del almuerzo de mañana con Pamela, y me tomo infinitas molestias para reunir una jarra, agua caliente, un frasquito de bálsamo Friar y una toalla grande. Lo echo todo a perder con un solo movimiento desafortunado que envía la jarra con el agua caliente y el bálsamo Friar a la pechera del pijama. Acabo escaldada —la piel se me agrieta en un punto y se vuelve escarlata en una zona de al menos quince centímetros—, trato de mostrar presencia de ánimo y me acuerdo de que lo ideal es aplicar mantequilla, pero caigo en que en el piso no tengo mantequilla —en este momento, presa del frenesí, surge una cita irrelevante: «Era mantequilla de la mejor, replicó la Liebre de Marzo»— y se me ocurre usar vaselina, que aplico abundantemente, y me acuesto aquejada de un dolor considerable y sin haber aliviado en lo más mínimo mi resfriado.

19 de octubre. Caprichos del destino bien curiosos e inexplicables. ¿Por qué tengo que ser víctima de un catarro como la copa de un pino justo cuando he de asistir al almuerzo con Pamela Pringle en el papel de escritora de éxito para que me presente a un grupo de mujeres elegantes de la alta sociedad? La respuesta sigue siendo un misterio impenetrable.

Me tomo interminables molestias con mi aspecto, decido llevar el conjunto azul y luego vuelvo a quitármelo y me pongo el de cuadros, pero descubro que este me hace parecer una institutriz suiza y recurro una vez más al azul. Lamento, y no por primera vez, que el abrigo de pieles, mi mejor baza a la hora de tener un aspecto distinguido, tenga necesariamente que quedarse en el vestíbulo.

Llego a Sloane Street como de costumbre, en el autobús número 19, y vuelvo a encontrarme ante la espléndida puerta violeta de Pamela. Me hacen pasar a un salón vacío donde medito en silencio sobre la máxima, desagradable pero pertinente en extremo, de que llegar demasiado temprano es provinciano. Acto seguido hace su entrada una extraña mujer vestida de negro, con un colosal broche de esmeraldas prendido en encaje de aspecto carísimo, que me pregunta muy amablemente qué tal estoy, hablamos del tiempo, de Gandhi y de caniches. (¿Por qué? En la habitación no hay ninguno y no consigo seguirle la pista a la asociación de ideas que nos ha llevado al tema).

Aparecen dos extrañas mujeres más, también de negro, e intuyo que mi atuendo azul llama la atención. Por lo visto se conocen bien y se vieron la semana pasada para almorzar, anoche en la partida de *bridge* y esta misma mañana en una exposición. Ninguna hace referencia alguna a Pamela y de pronto me atenaza un pánico irracional cuando pienso que puedo haberme equivocado de casa. Miro alrededor como una loca para ver si reconozco algún mueble, y una mujer con plumas de águila y collar de perlas me pregunta si echo de menos el precioso caballo. Contesto que no, que es la pura verdad, y me pregunto si habrá perdido el juicio. La conversación que sigue revela que el caballo en cuestión era de esteatita.

(Duda: ¿Qué es la esteatita? Asocio esa palabra con lord Darling, pero no acabo de desentrañar por qué).

Cada vez me inquieta más que no haya aparecido Pamela P., en especial cuando llegan tres invitadas más: traje sastre negro, chaqueta y falda negros y crep de China negro con esmalte de uñas naranja. (Mi vestido azul parece ahora una burda imitación de la túnica de san José, y más o menos igual de antiguo).

Se dirigen unas a otras por el nombre de pila y tienen mucho que decir sobre amigos mutuos, de ninguno de los cuales he oído hablar. Alguien que se llama Goo-goo ha pasado la gripe, y mientras hablan del tema, soy víctima de un violento ataque de estornudos. Todas me miran horrorizadas y la conversación experimenta un frenazo.

(Nota: La optimista convicción de que bastará con dos pañuelos para un almuerzo resulta por completo injustificada en las presentes circunstancias. Que no se me vuelva a olvidar).

La puerta se abre de par en par y Pamela Pringle, a quien ya no tenía esperanzas de ver, hace su entrada, nos besa a todas, tropieza con un perrito —misteriosamente salido de la nada y que vuelve a desaparecer una vez que han tropezado con él— y exclama que qué bien, ya nos conocemos todas y que vaya anfitriona tan terrible está hecha, pero sencillamente no podía separarse de Amédé, que es un amor. (Justo cuando he decidido que Amédé es otro perrito, resulta que es un peluquero).

Se anuncia el almuerzo y, como de costumbre, todas nos mostramos reacias a abandonar simple y llanamente la habitación y nos apiñamos en el umbral con cara de desgana hasta que Pamela nos hace salir. Me encuentro sentada junto a ella —un lugar de honor que no merezco y que probablemente estaba destinado a otra persona — y con la extraordinariamente elegante Crep de China al otro lado.

Crep de China Negro me dice que le encantó mi libro y a su marido también, y que a su cuñada, que es muy lista y nunca dice nada a menos que lo piense de verdad, le pareció maravilloso. Habiéndose sacado ese peso de encima, se lanza a hablar de su reciente visita a París, y no me queda más remedio que llegar a la conclusión de que, en materia de sinceridad, queda muy por debajo de su cuñada.

Trato de fingir que conozco París tan bien como ella, pero advierto que no se deja engañar en lo más mínimo.

«¡Oh!», exclama Pamela, y le pregunta si estuvo en Georges en París y qué aspecto tienen sus nuevos modelos, pero Crep de China sacude la cabeza y dice que aún no los ha sacado y que Georges nunca exhibe las cosas de primavera hasta diciembre, y eso como muy pronto; su explicación me parece razonable, pero todas las demás parecen ofendidas y Pamela anuncia que a veces se plantea seriamente vestirse con Gaston en vez de con Georges, lo que causa tremenda sensación. Hago lo posible por parecer tan sorprendida y horrorizada como las demás, lo cual me cuesta poco porque tengo la certeza de que voy a estornudar otra vez, y eso hago.

(Ambos pañuelos están ya definitivamente empapados, y antes de que acabe el día tendré una llaga en el labio superior).

La conversación va de París a la pérdida de peso (completamente innecesaria, pues ninguna puede pesar más de cuarenta y cinco kilos, si llegan) y de ahí a la apropiación por parte de alguien que se llama Diana del segundo marido de alguien que se llama Tetsie, algo que, según todas, estuvo absolutamente justificado, pero no terminan de aportar motivo alguno, excepto que Tetsie es un verdadero encanto, todas lo sabemos, pero nadie sobre la faz de la tierra podría decir de ella que es la elegancia personificada.

(Tengo el presentimiento de que Tetsie y yo habríamos tenido al menos algo en común, que es más de lo que puedo decir de las presentes en la habitación, pero este estado de ánimo raya en lo sardónico, y no conviene fomentarlo).

Justo cuando nos lanzamos a degustar un admirable *coupe Jacques*, Pamela se vuelve hacia mí y hablamos de unos libros que no llevan, ninguno, más de cinco minutos publicados y que, en consecuencia, todavía no he leído. Sin embargo, tengo la sensación de que se espera que esté en mi salsa con este tema, por lo que, como la señora Dombey, me veo obligada a hacer un esfuerzo, tarea a la que me aplico tratando de recordar las críticas literarias del número de ayer de *Time and Tide*.

En este punto surge un interesante problemita en el umbral de mi conciencia: ¿Cómo diantre harán Pamela y sus amigas para conversar sobre unos libros que, estoy perfectamente segura, ninguna ha leído? En este momento, no me lo explico.

Seguidamente regresamos al salón; estornudo otra vez, pero descubro que la esquina izquierda del segundo pañuelo aún está relativamente seca, lo cual me proporciona un consuelo temporal y nada desdeñable.

En general, siento un claro alivio cuando oigo decir a la propietaria del broche de esmeraldas que lo lamenta muchísimo, pero tiene que salir corriendo, pues toda la cuestión es responsabilidad suya y no puede empezar sin ella; podría referirse a una cita para hacerse la permanente o a una gala real en el palacio de Buckingham, pero nunca sabré si se trata de una cosa o de la otra, puesto que se marcha sin más explicación.

Mi partida es mucho menos digna, pues no se me ocurre otra razón para justificarla que la de llevar deseándola casi desde mi llegada, aunque, como es natural, esa razón no puedo esgrimirla. Pamela declara que tenerme en su casa ha sido una maravilla, y nos despedimos.

Voy derecha a casa y a la cama, y el ama de llaves del piso de arriba, amabilísima, me trae un té caliente con canela, que agradezco demasiado como para entrar en las averiguaciones sobre la identidad de su legítimo propietario que mi conciencia me sugiere.

23 de octubre. Suena el teléfono a una hora insólita, las once y dieciocho minutos de la noche, y una voz con tono de agitación extrema me pregunta si soy yo, a lo que contesto afirmativamente y añado con cierta aspereza que ya llevaba un ratito en la cama. Resulta que la dueña de la voz es Pamela P. —no me sorprende en absoluto—, quien, según dice, se ha metido en un lío tremendo que no me puede explicar. (Me gustaría preguntarle si valía la pena sacarme de la cama para hacerme saber que no hay explicación disponible). Me pregunta entonces si estoy dispuesta a jurar, pase lo que pase, que esta velada la ha pasado conmigo, en mi piso. Si no la ayudo, quién sabe qué va a pasar, las consecuencias serán, una vez más, inimaginables. Pero Pamela sabe que la ayudaré, porque siempre he sido un cielo y no podría negarle un detallito así que para ella es, sencillamente, cuestión de vida o muerte.

Su ruego me deja atónita y trato de ganar tiempo preguntando con un hilo de voz si por casualidad podría contarme dónde ha pasado en realidad la velada. En cuanto

lo he dicho me percató de que no he hecho gala de mucho tacto con mi pregunta, y no me sorprende el grito ahogado que llega por el hilo telefónico hasta mi oreja. Bueno, de acuerdo, no importa, pero sí le pido que me dé una indicación sobre quién puede llegar a preguntarme por sus movimientos y por qué. «Oh», contesta Pamela, y añade que es la mujer más incomprendida sobre la faz de la tierra y que si no tengo la sensación de que los hombres son todos unos simples brutos. Imposible esperar que uno solo de ellos, ni uno solo, sea verdaderamente tolerante, amplio de miras y comprensivo. A todos les interesa una sola cosa.

Me siento incapaz de lidiar con la situación por teléfono; es más, me está entrando frío y me encuentro con que mi atención deriva hacia la posibilidad de llegar al interruptor de la estufa eléctrica con una mano mientras sostengo el auricular con la otra. La flexibilidad del cuerpo humano es verdaderamente notable, pero fracaso en mi empeño y estoy a punto de perder el equilibrio, aunque lo recupero a tiempo para oír decir a Pamela que, si hago esto por ella, jamás lo olvidará. No tiene nadie más a quien recurrir. (No estoy segura de que eso sea un cumplido). Muy bien, contesto. Si me lo preguntan, estoy dispuesta a decir que Pamela ha pasado la velada aquí conmigo, pero confío en que nadie me lo pregunte, y tiene que entender que es la primera y última vez que haré algo semejante. Pamela empieza a ponerse efusiva, pero una voz severa procedente de lo desconocido anuncia que hemos consumido los tres minutos y pregunta si queremos otros tres, a lo que ambas respondemos al unísono que no, tras lo cual se hace un brusco silencio.

Me vuelvo a la cama sintiéndome exactamente como si me hubieran amarrado a un iceberg y luego me hubieran arrastrado atada a un carro; una sensación singular y desagradable. Paso una noche de perros dándole vueltas a una inquietante cadena de acontecimientos que lleva al tribunal de lo penal, donde cometo perjurio y, peor incluso, me descubren, o bien imaginando que oigo golpes en la puerta de entrada que anuncian la llegada del marido de Pamela P. dispuesto a sacarme información sobre el paradero de su esposa.

Tras un sueño intermitente e inquieto, me levanto con un dolor de cabeza tremendo, el cutis hecho una piltrafa y una intensa sensación de culpa. Esta última me afecta hasta tal punto que dos cartas inocentes e infantiles de Robin y Vicky me sobresaltan y me remuerden la conciencia, y me siento inclinada a contestarles que deberían cortar toda relación conmigo, pero el desayuno restablece mi equilibrio y decido relegar al olvido el episodio entero. (Recordatorio: He aquí un ejemplo de lo vanas que pueden llegar a ser las decisiones humanas, pues me paso el día entero dándole vueltas a la conversación telefónica e imaginando admirables sermones que soltarle a Pamela P.).

Robert me escribe una carta breve, pero añade en la posdata que si no va siendo hora ya de que piense en volver a casa, lo cual significa en mi opinión que me echa de menos, y me pongo bastante contenta.

25 de octubre. Mi agente literario me lleva a almorzar por ahí, lo que me hace sentir importante, y me señala a una serie de celebridades literarias, la mayoría muy decepcionantes, pero no debo juzgar por las apariencias. Ah, por cierto, dice el agente: tiene un pequeño cheque para mí en la oficina, ¿quiero que me lo reenvíe? Trato de emular su talante tranquilo y contesto que sí, que me lo mande, y al cabo de poco voy corriendo a casa y escribo para informar al director del banco de que, con referencia a nuestra reciente conversación, recibirá en breve una remisión de fondos, expresión que me parece muy correcta y no me compromete a nada definitivo.

27 de octubre. Quedo atónita con la respuesta del director del banco, que se limita a acusar recibo de mi carta y tomar nota del contenido. Semejante falta de entusiasmo me deja muy desanimada; es más, detecto un grado bien distinto de elocuencia cuando el tema de que se trata es el déficit en lugar del saldo acreedor, y me siento seriamente inclinada a escribir para señalarlo.

Soy objeto del inesperado homenaje de una absoluta desconocida en pleno Piccadilly Circus, que he conseguido atravesar zigzagueando y sin incidentes, pero me detengo, ya a salvo, cuando una voz me dice al oído que me sigue desde que crucé la calle —tengo la sensación de que hace horas de eso— y que querría seguir haciéndolo hasta que consigamos refugiarnos en Haymarket. Me vuelvo y veo a una dama de aspecto maltrecho que lleva tres paquetes, dos libros de la biblioteca, un pequeño paraguas y un guante, y digo que sí, por supuesto, al tiempo que me pregunto si será consciente de la extraordinaria fragilidad de los cimientos sobre los que ha depositado tantísima confianza. Acto seguido me zambullo de nuevo, miro a la derecha, miro a la izquierda y, tras llevar a cabo otras maniobras, me encuentro sana y salva en la acera de enfrente. Para mi espanto, la dama de aspecto maltrecho ha desaparecido por completo y no vuelvo a verla. Un misterio más sin resolver que añadir a los muchos que nos depara la vida.

Entretanto, escojo una chaqueta y una falda nuevas, de confección pero que me quedan que ni pintadas, con un bonito cinturón de ante negro, y me pruebo al menos dieciocho sombreros ante un dependiente pesadísimo que insiste en que me veo maravillosa con cada uno de ellos, aunque ambos sabemos muy bien que no es así, y por fin elijo uno con ala, que según el dependiente no se lleva ahora pero, al fin y al cabo, nunca se sabe cuándo puede volver a llevarse, y le mando a Robert un tarrito de *pâté de foie gras* de Jackson's, en Piccadilly.

31 de octubre. El correo vuelve a darme serios motivos de reflexión. Robert, decididamente comprometido a expresar sus deseos de que vuelva, hace el conmovedor comentario de que la casa puede verse desde una colina cerca de Plymouth, y de que le gustaría que yo fuera a echar un vistazo desde allí. Nunca

entenderé del todo las ventajas de ver un sitio de tan lejos en vez de desde un lugar cercano como la pista de tenis, fácilmente y sin esfuerzo alguno, pero me doy cuenta de que el punto de vista masculino sobre esta cuestión, como ocurre tantas veces, difiere del mío, y me siento profundamente agradecida por el interés que mi querido Robert ha mostrado en mí.

La mujer del párroco me envía una postal de la catedral de Lincoln, en cuyo dorso escribe que confía en que no haya olvidado nuestra reunión mensual de los jueves, que parece que haga muchísimo tiempo que me fui de casa pero espera que esté disfrutando y que no tiene tiempo de escribir más porque está a punto de salir el correo, pero que si paso cerca del cementerio de St. Paul quizá podría acercarme un momentito a una pequeña librería en la esquina de una placita cercana a la catedral para ver si están haciendo algo con respecto a un folletito del párroco del que les facilitaron varias copias este verano. Pues no pienso tomarme la más mínima molestia, bajo ningún concepto. Además, en la parte superior de la postal, me pregunta si podría entrar un momento en John Barker's, cuando ande cerca de allí, y preguntar el precio del encaje de ganchillo. Pero que no me tome ninguna molestia, sobre todo. Sobre la dirección, ha añadido que a Robert se lo ve «muy solo», esto último subrayado y entre signos de admiración, que supuestamente denotan asombro. ¿Por qué?

2 de noviembre. Observo con pesar una cínica ausencia de sorpresa en mi persona cuando me llueven invitaciones interesantes justo cuando he decidido abandonar Londres y volver a casa. No obstante, no dejaré que nada interfiera en la fecha fijada y la promesa que me ha garabateado Robert en media hojita de papel de ir a buscarme al tren de las 4.18 en la estación del pueblo el próximo martes.

Compro dos fundas de cuadros blancos y amarillos, muy baratas, con las que cubrir los muebles del piso durante mi ausencia. El dependiente parece indeciso y pregunta si me las apañaré con dos, y contestó que sí, que tengo muchas más; una mentira absoluta y gratuita que me llena de vergüenza cuando pienso en ella más tarde.

3 de noviembre. Nueva llamada telefónica de Pamela P., aunque esta vez de cariz menos sensacionalista, pues se limita a decir que la niebla le provoca también instintos suicidas y que ha tenido una tremenda racha de mala suerte en el *bridge* y ha perdido veintitrés libras en dos tardes, y que si no me parece que cuando las cosas llegan a ese extremo no queda otra que cambiar rotundamente de aires. Contesto con convicción que, en efecto, no queda otra y compongo mentalmente un ingenioso comentario sobre que, en mi caso, cuando quedo eliminada del certamen anual de *whist* del pueblo, siempre salgo derecha hacia la frontera con Somerset. Dicha

ocurrencia, no obstante, va a unirse a muchas otras en el limbo de lo que nunca se llega a decir.

Le pregunto a Pamela adónde tiene previsto ir para ese absoluto cambio de aires y me deja de una pieza cuando contesta: «Oh, a las Bahamas. Bueno, si Waddell accede, claro, porque de momento está muy difícil y no para de insistir en los Pirineos». Digo con un hilo de voz que los Pirineos quizá también estarían bien a su manera, pero Pamela exclama: «¡Querida!» con tono horrorizado, y es evidente que tiene muy mala opinión de los Pirineos. Añade que, de hecho, un muy buen amigo suyo está en las Bahamas y él tiene unas ganas locas de que ella vaya allí, y que la verdad es que las cosas son tan complicadísimas en Londres que a veces le da la sensación de que solo le queda poner tierra de por medio. (Lo creo, desde luego, pero lo de las Bahamas sigue pareciéndome excesivo). Entretanto, sin embargo, quiere saber si tengo una tarde libre porque ha oído hablar de una vidente verdaderamente maravillosa y quiere ir a verla con alguien de confianza que no le diga una palabra del asunto a Waddell. Me gustaría contestar que a estas alturas ya doy por sentado que cualquier actividad de Pamela está sujeta a la misma condición, pero lo que digo es que sí me gustaría ir a ver a esa maravillosa vidente y que estoy dispuesta a hacerle mis propias consultas. Quedamos, pues, para ir a verla, cita que incluye una invitación para que Pamela almuerce previamente conmigo en mi club, que ella acepta efusivamente.

Me paso el resto de la tarde deseando no haberla invitado.

6 de noviembre. Una tarde de lo más inaudita con Pamela Pringle. El almuerzo en mi club no constituye un rotundo éxito, pues resulta que Pamela está a dieta y no puede comer nada de lo que hay en el menú y solo puede beber naranjada, pero se muestra afable mientras yo doy cuenta del guiso de pollo y el flan de piña, y me habla de un hombre realmente maravilloso (que sabe mucho de animales salvajes), quien siente adoración por ella desde hace muchísimos años y no piensa en sí mismo ni un segundo. Parece algo salido de un libro, tal cual, comenta Pamela. Esta mañana le ha llegado una carta suya, y ¿me parece correcto que ella siga escribiéndole? Si hay algo que ella nunca ha sido y nunca será es de esas mujeres que andan dándole esperanzas a un hombre. Darle esperanzas es quedarse corta, digo con tono distraído, y luego tengo la impresión de haber sido vulgar además de poco comprensiva, pero es evidente que Pamela no se siente ofendida puesto que no le presta la más mínima atención a mi comentario y sigue hablando, ahora de un brillante amigo diplomático, quien la ha llamado esta mañana desde La Haya y va a venir en avión la semana próxima con la única intención, por lo visto, de sacarla a cenar y a bailar en el Berkeley.

Momento decepcionante al pagar el almuerzo y guiar a Pamela hasta un pequeño y atestado tocador, donde se aplica pintalabios naranja y se deja los anillos en el

lavamanos, y luego tiene que volver a por ellos cuando ya nos está esperando el taxi fuera.

Justo cuando pienso que ya nos vamos, aparece un botones, pregunta por la señora Pringle y dice que la llaman por teléfono, y Pamela sale corriendo otra vez. Vuelve diez minutos después y me dice que por favor la perdone, que le dio este número a un muy buen amigo suyo que quería llamarla a la hora de almorzar, y en Sloane Street suele ser complicado hablar por teléfono, y no es que tenga nada que ocultar, pero la gente siempre anda sacando conclusiones raras y a Pamela nada le horroriza más que un malentendido. Comento que no me cuesta creerlo; luego pienso que igual no ha sido muy amable por mi parte, pero la verdad es que no lamento haberlo dicho.

Llegamos a una calle oscura en el Soho, donde despedimos al taxista tras haberle entregado Pamela, quien insiste en pagar, una suma enorme, y subimos por unas escaleras extraordinariamente sucias hasta la segunda planta, donde impera el olor a gas. Pamela me pregunta si hemos hecho bien en venir, a lo que respondo, con más ímpetu que franqueza, que por supuesto, y entramos. Nos recibe un joven de aspecto anémico y pelo rizado que nos echa un somero vistazo y se esfuma al instante tras una gruesa cortina verde. Reaparece para anunciarnos que *Madame Inez* está lista pero solo recibe a los clientes de uno en uno. No me sorprende cuando Pamela insiste en que pase yo primero, pero confío en que entienda que la mirada que le dirijo no es precisamente de admiración.

Sigue una entrevista con una sibila de aspecto muy desagradable. Mira fijamente una gran bola de cristal y declara que ha habido dolor en mi vida (y en la de quién no, me gustaría preguntarle) y que soy esposa y madre. La yuxtaposición de esas dos afirmaciones no ha sido deliberada, sin duda. Sigue entonces un monólogo largo y por lo visto inspirado, pero del que puede sacarse bien poco con algún valor práctico excepto que: (a) Se avecinan problemas (si se trata de otro cambio de cocinera, la cuestión es decididamente perturbadora); (b) el nombre de uno de mis hijos será famoso algún día (aquí se refiere casi seguro a mi querida Vicky), y (c) dentro de tres años cortaré amarras, exploraré nuevos territorios y me lanzaré en pos de audaces aventuras.

Nada de eso me parece probable; le doy las gracias y dejo que pase Pamela. Sigue una espera prolongada, durante la cual oigo claramente gritar a Pamela al otro lado de la cortina al menos tres veces. Por fin aparece, presa de gran agitación, arroja billetes de una libra en torno a sí y me dice que salgamos de ahí a toda prisa; eso hacemos, como asesinas, y nos precipitamos hacia el primer taxi disponible, sin aliento.

Pamela se muestra inclinada a abrazarse a mí y llorar, y me cuenta que *Madame Inez* le ha dicho que es la reencarnación de Helena de Troya y que nunca habrá paz en su vida. (Yo misma podría haberle dicho esto último sin requerir pago alguno). Añade que, según predice *Madame Inez*, en su vida irrumpirá un amor de una escala sin precedentes que la alterará por completo, lo cual me deja horrorizada, y sugiero

que vayamos de inmediato a algún sitio a tomar un té.

Eso hacemos, y averiguo entonces que a Pamela no le ha gustado un pelo lo que *Madame Inez* le ha dicho sobre su pasado. No me cuesta creerlo.

Nos despedimos en Sloane Street y regreso a mi piso, donde me paso mucho rato haciendo el equipaje.

7 de noviembre. Dejo atrás Doughty Street, donde las fundas blancas y amarillas han bastado, y sobrado, para el piso entero, y Robert viene a recogerme a la estación. Parece contento de verme, pero no dice gran cosa hasta que nos sentamos en el salón después de cenar, cuando de pronto anuncia que me ha echado de menos. Quedo asombrada y encantada, y me gustaría que se extendiera sobre el tema, pero no lo hace y volvemos a centrarnos en la radio y el *Times*.

13 de abril. Enorme e inexplicable lapso de tiempo desde la última vez que prestara mi atención a este diario, pero al recordar estos últimos cinco meses no consigo encontrar actividades insólitas, excepto las visitas atrasadas que hice, las tardes de buen tiempo entre enero y marzo, meses durante los cuales existen posibilidades razonables de encontrarse con que no hay nadie en casa, y el intento infructuoso de aprender a cocinar por correspondencia en doce clases.

Situación financiera decididamente tensa, todavía más desastrosa con la inoportuna llegada de la contribución municipal, pero Robert señala que tenemos tiempo hasta el 28 de mayo y me deja absurdamente aliviada. Duda: ¿Por qué? La respuesta me sugiere, y no por primera vez, cierta analogía con el personaje del señor Micawber.

15 de abril. Felicity Fairmead escribe para decir que le gustaría pasar unos días con nosotros, si la acogemos, y que ya me hará saber la hora exacta del tren, pero que será el 18 o el 19, a menos que nos resulte inconveniente, en cuyo caso también podría el 27, solo que entonces tendría que viajar con la compañía ferroviaria Southern, no con la Great Western. Le escribo una carta de cinco páginas para decirle que me encantaría, pero que el 27 no puede ser, porque ese día Robert tiene que llevar el coche a Crediton, y que coja el tren que más le convenga, por supuesto, pero que a nosotros nos va mejor que sea de la Southern.

Tengo el presentimiento de que esto no es más que el principio de una prolongada correspondencia y de montones de planes sumamente complicados. Semejante temor se ve confirmado por un telegrama de Felicity que llega a mediodía: «Anulada carta mandada ayer por fin puedo el veintiuno si viene bien esta noche escribo con sugerencias».

No le menciono el asunto a Robert, pero por desgracia llega un nuevo telegrama telefónico, que recibe él, en el que Felicity lo lamenta mucho «pero cambio de planes explico por carta».

Robert no hace comentario alguno, pero se marcha a las siete en punto a una reunión de la Legión Británica y no vuelve hasta medianoche. Casabianca y yo cenamos *tête-à-tête* y hablamos de la crianza de perros, de las novelas de E. F. Benson y de la Iglesia Anglicana, sobre la cual, en mi opinión, tiene una visión optimista. Justo cuando pasamos al salón para oír la radio, aparece Robin en pijama y dice que está seguro de haber oído a un ladrón ante su ventana.

Le doy una naranja —aunque evito la mirada de desaprobación de Casabianca— y, tras una breve sesión ante el fuego, Robin se marcha y no vuelve a oírse hablar del ladrón. Por extraordinario que parezca, hasta el último rincón del salón huele a naranja durante el resto de la velada.

19 de abril. Felicity aún no está aquí, pero nuestra correspondencia prosigue a buen ritmo, y ya he desistido de decirle a Robert a qué tren deberá ir a buscarla.

Me llega una simpática carta de una famosa escritora, a quien no conozco personalmente, que me dice que tenemos muchos amigos en común y que si me apetece almorzar en su casa la semana próxima, y que me traiga a quien yo quiera. Me siento halagada y acepto, y digo que me acompañará Felicity. (Recordatorio: Notificar mediante una postal a Felicity el privilegio que le aguarda, pues quizá la ayude a decidirse con sus planes). El resto de la correspondencia consiste en una notificación de gastos bancarios que exponen los señores Frippy y Coleman en términos muy cortantes; una epístola mucho más elaborada que expresa el temor de que pueda fallarme la memoria y se permite señalarme un recordatorio, también mecanografiado, relacionado con el mercadillo benéfico que se celebrará próximamente (del que ya estaba muy al corriente, pues he contribuido con dos sombreros, tres ligeros, una pantalla de chimenea en proceso de desintegración y un escabel apolillado), y una petición de referencias de la penúltima cocinera que tuvimos.

Tiempo muy frío y lluvioso, y todos los días tiene lugar una discusión entre Casabianca y los niños sobre la conveniencia de dar un paseo. Por fin se llega al compromiso de que Robin y Vicky empujen sendas bicicletas colina arriba para luego bajar montados, mientras Casabianca, cubierto hasta las cejas por el impermeable, cierra tristón la retaguardia sumido en una soledad sin paliativos. Me inquieta observar tan insólito estado de cosas a través de la ventana y pienso en apelar a los buenos sentimientos de Robin, si los tiene, pero no desperdiciaré elocuencia alguna en Vicky.

Aparece en el vestíbulo, no sé cómo ni por qué, un ejemplar despistado de una revista semanal, y Robert pregunta de dónde ha salido esa revistucha y luego se pasa

una hora después del almuerzo pegado a sus páginas. La revista cae entonces en manos de Vicky, quien exclama «Oh» y que vaya fotografía lleva de una señora desnuda y, acto seguido, se desternilla de risa. Averiguo más tarde que semejante descripción, no del todo difamatoria, corresponde a una fotografía a toda página de Pamela Pringle —ataviada con un enorme tocado de plumas, un peto engastado de joyas, una liga y una faldita de gasa— en su papel de La Castidad en la reciente representación de Las Virtudes a través de los Tiempos organizada por las mujeres de la alta sociedad en beneficio de la misión de Zenana.

Le pregunto a Robert, con cierto sarcasmo, si le gustaría que yo apareciera regularmente en una revista semanal, y me deja desconcertada al contestar que sí, pero que en esta no. Él preferiría esa otra en la que escribe Marsh. ¿Marsh?, pregunto. Sí, Marsh. Es un tipo sensato y sabe mucho de libros. Y eso, según Robert, debería interesarme. Coincido en que me interesa, pero no consigo identificar a ese Marsh en este momento. Sigue una enérgica conversación en la que Robert afirma que yo sé de sobra —como todo el mundo— quién es ese tal Marsh, que es ese tipo que escribe sobre libros una vez por semana. De pronto caigo y exclamo: «¡Ah, Richard King!». Robert indica que sí y añade que sabía muy bien que conocía a ese tipo, pues todo el mundo lo conoce, y, acto seguido, sale al jardín.

(Recordatorio: La intuición de una esposa es bien peculiar e interesante, y obedece, por lo visto, a unas leyes que una mente finita es incapaz de entender en la actualidad. Veo elementos aquí para un artículo muy profundo, posiblemente científico. Me gustaría tomar unas notas preliminares, pero la colada requiere mi atención y me concentro en cambio en borrar de mi mente todo lo que no sean treinta y cuatro pañuelos y una toalla de lavamanos procedentes del cubo de la ropa. Decido posponer el artículo para después de las vacaciones).

Tarde libre de Ethel, que entraña, como de costumbre, la fatal aparición de unas visitas a quienes la cocinera hace pasar con la nada adecuada fórmula de «Alguien quiere verla, *ñora*». «Alguien» resulta ser la desconocida señora Poppington, quien me devuelve la visita con tremenda celeridad y acompañada por una hija, casi adulta, a quien llama «mi niña». La señora Poppington se instala en el asiento de la ventana —de donde me apresuro a quitar un osito de peluche, plastilina y dos pedazos mordidos de chocolate— y Mi Niña se repantiga en una butaca y lee la revista *Punch* durante toda la visita.

La señora P. y yo hablamos sobre el servicio, de los fríos vientos del este y de setos de tejo recortados. También comenta esperanzada que supone que conozco Yorkshire, pero tengo que admitir que no es así, lo cual no nos lleva a ningún sitio. Por desgracia, tengo la poco inspirada ocurrencia de añadir débilmente que exceptuando lo que sé por las Brontë, claro, ante lo que la señora P. parece alarmada y se dispone a marcharse de inmediato. Mi Niña se deshace con gesto desdeñoso del ejemplar de *Punch* e intercambiamos fórmulas de despedida, durante las cuales la señora P. comenta afectuosamente que no sabe qué voy a pensar de los modales de

Mi Niña. Podría informarla fácilmente al respecto, y tentada estoy de hacerlo, pero Mi Niña pone al instante en marcha el coche y aleja su persona y la de su progenitora.

21 de abril. Un último aluvión de cartas, dos postales y un telegrama anuncian la llegada de Felicity, aunque en otro tren que el indicado y sin equipaje, por lo que Robert se ve obligado a volver más tarde a la estación. Me complace observar que, con todo, Robert parece contento de verla, y tomo nota mentalmente del ventajoso efecto que una bocanada de aires mundanos tiene en aquellos que viven en el campo.

22 de abril. Reacción singular de Felicity ante el anuncio de que voy a llevarla a almorzar con una novelista famosa en dos continentes por sus numerosas y brillantes contribuciones a la literatura. Es muy amable por mi parte, dice con tono nada convincente, pero ¿me importaría que se quedara en casa con los niños? Pues sí, me importaría muchísimo, la verdad. En este punto nos miramos furibundas y en silencio unos instantes, hasta que Felicity, dando muestras evidentes de flaqueza, murmura sucesivamente que: (a) No tiene ropa; (b) no sabrá sobre qué hablar, y (c) no quiere aparecer en un libro.

Reacciono ante (a) y (b) con desdeñoso silencio y le digo que (c) es prácticamente imposible, a lo que responde con aspereza que no sabe qué quiero decir.

Volvemos a encontrarnos en un punto muerto.

La discusión queda por fin cerrada con mi declaración de que Casabianca y los niños se van a Plymouth a ver al dentista, Robert estará fuera y les he dicho a las criadas que no se servirá almuerzo en el comedor. Felicity cede, me apresuro a añadir que va a disfrutar muchísimo con la expedición, ella protesta violentamente y nos separamos para ir a vestirnos.

Duda que se plantea por sí sola en este punto: ¿Por qué mi guardarropa nunca contiene otra cosa que pesadas prendas, adecuadas para regiones árticas u otras extraordinariamente ligeras, idóneas para los trópicos? El punto medio, por lo visto, no existe.

Me veo obligada a sacar el mejor partido posible de un traje de chaqueta de *tweed* con falda, un jersey amarillo de lana —las mangas me quedan incomodísimas bajo las de la chaqueta—, un pañuelo amarillo atado al cuello con un artístico nudo marinero, y un sombrero de paja marrón con cinta de *toile ciré* que se ve demasiado veraniego en comparación con el resto del atuendo. Felicity obtiene mejores resultados con un encantador vestido a cuadros blancos y negros, una chaquetilla de piel de potro y un atractivo sombrero de fieltro negro.

Muy diligente, Casabianca nos trae el coche, limpio para la ocasión, hasta la puerta, y me informa de que le parece que el contacto no funciona pero probablemente se pondrá en marcha en bajada, aunque me aconseja que no trate de

azuzarlo, pues acaba de pegar un buen acelerón. Su discurso transmite la impresión general de que nos enfrentamos a una bestia salvaje y peligrosa, más que a un decrepito automóvil.

Le doy las gracias a Casabianca, me despido de los niños, pongo en marcha el coche y el motor se cala de inmediato. No parece un buen principio, ¿no?, comenta Felicity sin que haga mucha falta.

Casabianca, Robin y Vicky, con mejor disposición, empujan enérgicamente el coche hasta que por fin llegamos al sendero, donde el motor arranca de nuevo. Cuando hemos recorrido trescientos o cuatrocientos metros, Felicity me informa de que le parece que llevamos a uno de los niños colgando detrás. Me detengo, voy a investigar y me encuentro con Robin, a quien regaño con severidad. Parece avergonzado. Me ablando y le digo que bueno, por esta vez no importa, ante lo cual se recobra de inmediato y nos despide con un ademán y muchas sonrisas desde lo alto de un seto.

Conversación muy animada durante los primeros quince kilómetros. Felicity pregunta por aquella mujer tan odiosa —no consigue recordar su nombre—, aquella que llevaba una capa ridícula y andaba leyendo libros, una descripción que me lleva a deducir, correctamente, que se trata de la señorita Pankerton, y contesto que, gracias a Dios, llevo semanas sin cruzarme con ella. También hablamos sobre la ropa de verano, de los niños de la hermana casada de Felicity, de *lady B*. —actualmente en un yate por el Mediterráneo— y de los lejanos tiempos en que Felicity y yo íbamos juntas al colegio.

Sigue una pausa, y Felicity, con un tono totalmente distinto, quiere saber si ya estamos llegando. Pues sí; detengo el coche en la bocacalle para que podamos empolvarnos la nariz, tras lo cual llegamos en silencio a una preciosa casita estilo reina Ana.

Para entonces me siento casi tan paralizada como Felicity y no consigo entender por qué me avine siquiera a emprender esta expedición. Dejo el coche en el rincón más remoto del exquisito patio, donde ofrece un aspecto peculiarmente sórdido y degradado, y permito que una elegante doncella, con vestido malva y blanco y cofia, nos conduzca a través de un pasillo con paneles de madera hasta un saloncito para cuyo diseño y decoración, eso es evidente, el coste no ha sido un factor a tener en cuenta.

La señora está en el jardín, anuncia la doncella, y parte en su busca. Felicity me dice en francés (¿Por qué no en inglés?): *Dites que je ne suis pas du tout* literaria, y asiento enérgicamente en el preciso instante en que hace su aparición nuestra famosa anfitriona.

Es una mujer amable y locuaz; Felicity y yo nos recobramos gradualmente; aparece alguien con vestido azul y quevedos, a quien nos presentan como «mi amiga la señorita Postman, que vive conmigo»; una persona más se materializa como «mi prima la señorita Crump», y todas pasamos a almorzar. Me siento junto a la

anfitriona, quien habla con mucho tino sobre poesía moderna y recibe breves y evasivas respuestas por mi parte. Felicity tiene a su lado a Mi Amiga la Señorita Postman, a quien oigo iniciar la conversación con el desafortunado aunque afable comentario de que le ha gustado muchísimo el libro de Felicity. Me gustaría saber con qué enérgica expresión Felicity niega haber tenido nada que ver jamás con un libro, pero no lo consigo, pues me veo en la necesidad por mi parte de comentar algo razonablemente convincente acerca de Masefield, sobre cuya obra no recuerdo nada en absoluto.

La anfitriona habla entonces sobre sus propios libros. Mi Amiga la Señorita Postman aporta comentarios inteligentes y elogiosos, que yo secundo, y Felicity y la prima permanecen en silencio, si bien lucen expresiones de interés.

La cosa continúa hasta que llegamos a salvo al café en la galería, donde Felicity, que conoce los nombres, tanto en latín como en inglés, de cada arbusto y planta a la vista, revela su genialidad.

Nuestra anfitriona la guía en una larga visita del jardín mientras hablan sobre jardinería. La señorita P. y yo las seguimos, pero ignoramos la flora, y la señorita P. me cuenta que Carina (se refiere, evidentemente, a la anfitriona, que se llama Charlotte Volley) es verdaderamente maravillosa. Sus obras son maravillosas, y también lo son sus métodos, su personalidad, su vitalidad y su encanto.

Digo que sí, muchísimas veces, y tengo la sensación de que comprendo por qué Carina tiene a la señorita P. viviendo con ella. (Sé demasiado bien que, de surgir alguna vez la ocasión para hacerlo, ni Felicity ni la querida Rose soñarían siquiera en describirme ante las visitas en términos parecidos).

Carina y ella, continúa la señorita P., son amigas desde hace muchísimos años. Ella ha cuidado de Carina cuando estaba enferma; Carina no es nada fuerte y nunca, nunca descansa. Ojalá se concediera un respiro de vez en cuando, continúa la señorita P. con tono desesperado, pero qué va, siempre tiene que estar entregada en cuerpo y alma a los demás. La gente no para de pedirle cosas. Si no es esto es lo de más allá.

Al oír eso me siento culpable y sugiero que nos marchemos. La señorita P. protesta, pero débilmente, y es evidente que está a favor de dicho plan. Recurrimos a Carina, pero dice que no, que debemos quedarnos al té y que eso espera. La señorita P. dice algo en enérgicos murmullos, pero le contestan que no, que eso no tiene importancia, y Felicity y yo nos fingimos absortas en una planta a nuestros pies, amarilla y de aspecto desagradable. Más tarde, la señorita P. admite que Carina debería relajarse enteramente durante al menos una hora cada tarde, pero que es difícilísimo conseguir que lo haga. Queda claro que considera cosa nuestra el fracaso de hoy, y continúa mostrándose abatida y un poquito resentida hasta que por fin nos marchamos.

Carina se muestra cordial hasta el último momento, nos acompaña al coche, le indicamos que esa puerta no se abre y que pruebe con la del otro lado, prueba, la

cierra con entusiasmo y dice que tenemos que volver bien pronto. En la última imagen que nos ofrece está rodeando con el brazo los hombros de la señorita P. y saluda con enérgico ademán. De inmediato, le pregunto a Felicity qué opinión tiene de ella, a lo que Felicity contesta con cierta amargura que no es buen momento para opiniones, pues Carina, con su entusiasta portazo, acaba de pillarle un pie.

Procedo a expresar mis condolencias y luego, durante el camino, hablamos de Carina, de la señorita P., de la prima, de la casa, del jardín, de la comida y de la conversación. Por la noche me siento bien dispuesta a volver a empezar desde el principio por deferencia hacia Robert, pero él, después de preguntar si no había ningún hombre por ahí y de que le contestemos que solo el jardinero, no da más muestras de interés.

23 de abril. Felicity y yo nos hacemos con todas las obras de Carina que conseguimos encontrar en Boots y las leemos con mucha aplicación. Tremenda emoción cuando descubrimos que una de ellas, la más conocida, está dedicada a una querida amiga de Carina, D. P., a quien identificamos de inmediato como la señorita Postman, y Felicity mantiene que la D. es de Daisy mientras que yo creo que es de Doris. La discusión se cierra con una procaz referencia a *El pozo de la soledad*.

26 de abril. Felicity, tras cambiar de opinión tres veces, se marcha a Somersetshire a pasar una temporadita con su hermana casada. Robin y Vicky se lamentan y yo digo que todos la echaremos de menos, y ella contesta que le ha encantado estar aquí y que es la única casa que conoce donde las toallas de baño son verdaderamente grandes. Semejante cumplido me satisface, y más tarde se lo repito a Robert y añado que demuestra que no puedo ser tan mala ama de casa. Robert adopta una expresión benevolente pero menciona aquella vez que nos quedamos sin harina justo antes de un fin de semana festivo. No digo nada, pues no se me ocurre ninguna buena respuesta.

Mensaje telefónico de *lady* Frobisher, quien nos invita a cenar el próximo sábado, pues los queridos Blamington estarán pasando el fin de semana con ella. ¿Los Blamington?, repito con tono inquisitivo, y dice que sí, que él me conocía pero que muy bien dieciocho años atrás y que me admiraba muchísimo. (Me parece que esa constituye una razón excelente para no volver a vernos, solo para encontrarnos con las deplorables alteraciones causadas por el paso de dieciocho años).

Lady F., no obstante, dice que ha prometido que estaré presente —y Robert también, por supuesto, añade a toda prisa— y que tenemos que asistir. Los Blamington están emocionadísimos. (Tengo una gratuita y frívola visión de los Blamington chillando y dando brincos a su lado, a la espera de conocer mi decisión).

Pero en aquellos tiempos, prosigue *lady* F., y parece que hable de un período

anterior a la Edad de Piedra como mínimo, es probable que yo lo conociera como Bill Ransom. El título acaba de estrenarlo, como quien dice. ¡Oh! Conque Bill Ransom, digo, y acto seguido me sumo en un silencio atribulado mientras *lady F.* pasa a contarme que Bill se ha casado con una mujer increíblemente guapa, inteligente, atractiva y rica, y que su matrimonio funciona a las mil maravillas. (No estoy dispuesta a creerme eso así, por las buenas).

La conversación concluye con la reiterada promesa de *lady F.* de que los Blamington están férreamente decididos a no marcharse del vecindario hasta que haya tenido lugar la escena del reencuentro entre Bill y yo, y con mi exangüe consentimiento a tan absurdo plan.

Me paso al menos diez minutos sentada junto al teléfono, aferrando todavía el auricular, preguntándome qué pensaremos Bill y yo uno del otro en ese encuentro impuesto y por qué diantre habré accedido a algo tan insensato.

Le cuento a Robert lo de la invitación y contesta que muy bien, que los Frobisher tienen un clarete excelente, pero la perspectiva de los Blamington lo deja totalmente frío. Esto último me irrita, quizá injustamente, y suelto con aspereza que hubo un tiempo en el que yo le gustaba muchísimo a Bill Ransom, a lo que Robert responde que supone que sí, y enciende la radio. Levanto la voz para imponerme a la felicitación a Patricia Trabbs de Streatham por su cumpleaños y chillo que Bill me pidió varias veces que me casara con él, y Robert asiente con la cabeza y sale por la cristalera al jardín *Helen Wills* y los niños entran en tropel por la puerta y la corriente vuelca un enorme jarrón que se hace añicos y llena la habitación de agua y fragmentos numerosísimos de grosellero de invierno, elementos que confluyen en frenéticos vaivenes de fregona y escoba, así como ruegos a los niños de que no se corten con los cristales rotos. Acto seguido nos sentamos a jugar a Las Familias, tras lo cual vienen el baño de Vicky y la cena para los niños, y las remotas indiscreciones de una servidora y Bill Ransom se sumen de nuevo en el olvido, aunque se recrudescen mucho más tarde, cuando los niños ya se han ido a la cama, Casabianca murmura para sí mientras hace el crucigrama y Robert está absorto en el *Times*.

Abro un libro y leo varias páginas, pero descubro entonces que no tengo ni idea de qué trata y empiezo otra vez desde el principio, con resultados similares. Casabianca comenta de pronto que le encantaría saber qué pienso yo de ese libro, a lo que me apresuro a responder: «¡Oh!, es buenísimo»; dice que a él también se lo pareció y yo le ofrezco mi ayuda con el crucigrama para impedir que sigamos hablando del tema.

Me paso mucho rato organizando la mejor manera de escaparme al peluquero para un lavado y marcado antes del sábado y considero también la adquisición de un vestido nuevo, pero comprendo que mi situación financiera no la justifica en absoluto.

Mucho más tarde, Robert me pregunta si estoy enferma y, cuando le doy una respuesta negativa, me insta a que trate de dormir. Puesto que llevo un buen rato

intentándolo, sin éxito, no me parece necesario contestarle.

(Recordatorio: El autocontrol es una cualidad muy deseable, muchísimo, en especial cuando entra en juego la imaginación, y sin duda debo esforzarme en cultivarlo).

30 de abril. En cuanto anuncio mi intención de ir a Plymouth para visitar al peluquero, surgen de inmediato montones increíbles de requisitos domésticos. Hasta Casabianca dice de pronto si me supondría mucha molestia que le pusiera un giro postal por tres chelines y diez peniques y medio. Contesto con aspereza que en la oficina de correos del pueblo pueden ponérselo igual de bien, y acto seguido desearía no haberlo dicho, pues me pide perdón como un corderito y dice que sí, por supuesto.

(*Nota bene*: Ese poner la otra mejilla tiene el efecto, como de costumbre, de hacerme enfadar mucho más. Tengo la sensación de estar poniendo en duda un consejo de las Escrituras y dejo el tema de inmediato).

El autobús me lleva hasta Plymouth, donde me esfuerzo en conseguir artículos de mercería —en un establecimiento de lo más antipático y extraordinariamente agotador—, calcetines para Vicky, calzoncillos para Robin, un cepillo corto para fregar que me pide la cocinera, aunque no consigo imaginar qué pretende hacer con él ni por qué tiene que ser corto, y una lista colosal de extraños comestibles que por lo visto era imposible obtener en ningún lugar más cercano que Plymouth. No logro encontrar un solo artículo en los mostradores a los que me dirijo y debo desplazarme ya sea al piso de arriba o al sótano, lo que me trae a la memoria una cancioncita cómica de mi juventud cuyo estribillo decía: «Vaya a otro departamento, se lo ruego, todo derecho y escaleras arriba». Se la menciono a un tendero canoso, pensando que puede traerle buenos recuerdos, pero se limita a contestar: «No me diga, señora», y nos separamos sin ulteriores intentos de acercamiento.

Sigue un encuentro bastante aburrido con un joven caballero responsable de los encurtidos que se empeña en convencerme de que quiero una marca especialmente cara de chutney y no la que le he pedido, que no puede proporcionarme. Soy bien consciente de que debería cortarle en seco con la afirmación de que no me servirá ningún sucedáneo, pero me descubro misteriosamente incapaz de hacer nada semejante y continuamos discutiendo sin llegar a ningún sitio, aunque sin acritud. Se llega a una curiosa y poco satisfactoria conclusión cuando abandono por completo el tema del chutney y compro un tarrito de una marca de queso desconocida. El joven caballero conversa a partir de entonces con tono más ligero y me cuenta sus preferencias en cuestión de películas, y coincidimos en que nadie, nunca, le ha llegado siquiera a la suela del zapato al viejo y querido Charlie. Y nadie lo hará jamás, dice el joven caballero a modo de conclusión mientras ata el cordel con un elegante lazo que se deshará en cuanto salga a la calle. Digo que no, desde luego, intercambiamos mutuas expresiones de gratitud y me percató de que voy a llegar

tarde a mi cita con el peluquero.

Recojo una serie de paquetitos —incluida una bolsa de papel de aspecto especialmente degradado y que contiene unas patatas fritas que me han suplicado Robin y Vicky— que me cuelgo de cada dedo disponible hasta parecer un árbol de Navidad de poca monta, me embuto bajo el brazo los libros de la biblioteca (no paran de resbalarse y tengo que ponerlos a salvo empujándolos desde atrás mediante acrobacias nada elegantes) y salgo a la calle. Cuando paso ante un espejo, mi poco atractiva imagen revela que, por lo visto, el sombrero se me ha comido la cabeza entera y parte de la cara. (Aquí se plantea una duda perturbadora: ¿Será mejor así, a la larga?). Además, el abrigo azul con cuello de pieles, razonablemente favorecedor cuando he salido de casa, parece ahora salido de una tienda de ropa de segunda mano. Trato de animarme imaginando el insuperable esplendor que me conferirán el lavado y marcado, el estudiado atuendo de esta noche y la generosa aplicación de polvos faciales y, de ser necesario, de colorete.

Justo cuando acabo de ver, mentalmente, un exquisito vestido parisino que me queda que ni pintado, de rebajas en un escaparate al increíble precio de cuarenta y nueve chelines y seis peniques, me arrastra de vuelta a la realidad un saludo cordial y a pleno pulmón de la mujer del párroco, quien se lanza a cruzar la calle con enorme riesgo para su vida solo para comentarme que vaya coincidencia, considerando que nos vimos ayer y sin duda volveremos a vernos mañana. También me invita a acompañarla para ayudarla a elegir botones forrados en blanco para unas fundas de almohada, pero es evidente que tal cosa me llevaría derecha de vuelta a la mercería y declino la invitación, si bien confío que con una expresión de pesar convincente.

Acto seguido me pongo en manos del peluquero, quien asegura que soy la única dama que conoce que sigue llevando una melenita a lo paje, y después vuelvo a coger el autobús, donde me encuentro a la señorita S. de la oficina de correos, que andaba de compras. Coincidimos en que una jornada de compras resulta agotadora —pobres pies, comenta la señorita S.— y en que los horarios del autobús son muy inconvenientes. Aun así, no se puede pedir todo en este mundo, y la señorita S. admite estar deseando tomarse una buena taza de té y quizá echarse un ratito cuando llegue a casa. Reflexiono, y no por primera vez, en que ser una solterona tiene sus ventajas. Lamentaría tener que precisar cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que pude echarme un ratito sin que me molestaran al menos catorce veces durante el proceso.

Al llegar a casa, me paso mucho tiempo desenvolviendo y distribuyendo requisitos domésticos, doblando y guardando papel y cordel y consolando a Vicky, quien asegura que Casabianca la ha hecho caminar kilómetros y kilómetros y le duele la muñeca. No trato de relacionar esas dos afirmaciones, pero le sugiero el sofá y *El doctor Dolittle*, a lo que Vicky accede con un aire general de agotamiento que se intensifica sobremanera cada vez que me ve mirándola.

Poco después aparece Casabianca —que está verde pálido de frío y va derecho a

la chimenea— y anuncia que los niños y él han dado un espléndido paseo y les ha sentado a todos de maravilla. Como sé, y Vicky también lo sabe, que ha dicho eso por el bien específico de Vicky, encajamos el comentario con poco entusiasmo y la conversación languidece mientras yo me dedico a perseguir la escurridiza suma de diez chelines y tres peniques por las cuentas de la compra. Robin entra por la puerta cristalera, exclamo «¡Ay, las botas!» demasiado tarde y Robert, quien por desgracia elige ese momento para aparecer, pregunta si en la casa no hay un cuarto para los niños.

Para entonces el ambiente no invita a las celebraciones y subo a vestirme para los Frobisher, o más bien para los Blamington, sintiéndome sin fuerzas.

Un baño caliente me recompone ligeramente, pero sufro una recaída cuando un tirante absolutamente vital se suelta y precisa aguja e hilo.

Me pongo el vestido verde, me desagrada muchísimo el resultado y rebusco una vez más en el armario, como si esperara encontrarme con una milagrosa incorporación a sus contenidos, que tan bien conozco.

Huelga decir que no encuentro nada y, tras contemplar un rato el vestido negro, que se ve bastante viejo y totalmente pasado de moda, y el azul, claro candidato para el próximo mercadillo benéfico, vuelvo al espejo todavía enfundada en el verde y me contemplo de manera concienzuda.

(Duda: ¿Denotará mi actitud la esperanza irracional de una transformación repentina y completa en mi aspecto? De ser así, no puedo sino preguntarme cómo es que tantísima fe obtiene tan poquísima recompensa).

Mi joyero, por desgracia, anda bastante vacío en este momento (tengo grandes esperanzas de restituir al menos parte de su contenido el mes próximo, si las ventas en América son satisfactorias), pero el anillo de brillante de la tía abuela sigue por suerte con nosotros, y me lo pongo en el dedo anular de la mano izquierda y confío en que Bill piense que me lo regaló Robert. El motivo exacto que gobierna dicho deseo es demasiado complicado para someterlo a análisis, pero le doy carpetazo a toda la cuestión diciéndome que, en cualquier caso, Robert me lo habría regalado sin duda de haber podido permitirselo.

La capa de noche queda más elegante que el abrigo de piel de ratón; me la pongo. Robert me pregunta si estoy chiflada y si quiero llegar congelada. Sigue una breve discusión, pero sé que él tiene razón y yo no, y doy con un término medio poniéndome el abrigo de pieles y llevándome la capa para hacer una aparición decente a mi llegada al vestíbulo.

Sigue una *fausse sortie*, como sucede con tanta frecuencia en entornos domésticos, cuando, a punto de emprender la marcha, me requiere primero Ethel con la superflua observación de que supone que hará mejor en no cerrar con llave la puerta a las diez en punto, y luego Robin, quien me lleva a un aparte y dice que lo lamenta muchísimo, pero ha roto la ventana de su habitación de modo totalmente accidental, según él, pues solo estaba chutando un poco por ahí con la pelota de

fútbol. Señalo brevemente, pero con cariño, que los accidentes de esa clase son evitables, y nos despedimos afectuosamente. Robert, al volante, esboza una expresión paciente, y tengo el absoluto convencimiento de que toda la velada va a ser un desastre.

Cuando llegamos, no hay nadie en el salón, y el mayordomo pasea una mirada de desaprobación, como si *lady F.* o *sir William* pudieran haberse escondido bajo algún mueble, pero como resulta una sospecha infundada, dice que informará a su señora de nuestra llegada y nos deja. Me vuelvo de inmediato hacia el espejo, que resulta un tesoro italiano antiquísimo, y me devuelve una imagen amarillo pálido con un ojo mucho mayor que el otro. Antes de que me haya recuperado, *lady F.* ya está en la habitación, así como *sir William* y los Blamington. No tengo ni idea de qué ocurre entonces, pero advierto que Bill, aparte de estar calvo, no ha cambiado nada y tiene el mismo tipo, y que no me gusta nada el aspecto de su esposa, quien tiene un cabello precioso, lleva un vestido de París y un maquillaje muy elaborado.

Hablamos todos largo y tendido sobre el tiempo, frío como de costumbre, y me oigo asegurarle a *sir W.* que nuestros rododendros no tienen todavía ni un solo brote. *Sir W.* expresa un asombro que sería mucho mayor si supiera que tenemos un único rododendro y que llevo semanas sin ponerle la vista encima debido a la presión de ciertas ocupaciones que me retienen en el interior de la casa, y pasamos a cenar. Me sientan entre *sir W.* y Bill, y Bill me mira y dice que vaya, vaya, y hablamos sobre Hampstead y de amigos mutuos. Bill quiere saber si sigo viéndolos alguna vez hoy en día, a lo que estoy obligada a contestar que no, no nos vemos desde hace años. Bill le quita hierro a la cosa con el civilizado comentario de que tengo suerte de vivir en una parte tan encantadora del mundo, y supone que tenemos una casa preciosa, a lo que respondo con cautela que no, que es bastante corriente, y los dos nos reímos.

A partir de ahí, la conversación se vuelve más fácil, y me entero de que Bill tiene dos hijos, niño y niña. Digo que yo también y, antes de poder contenerme, he añadido ya que me parece una coincidencia de lo más extraordinario. Desearía no haberme mostrado tan categórica, y me apresuro a iniciar una conversación sobre aviación con *sir William*. Tiene muchísimo que decir al respecto, y yo consigo soltar un «Sí» de vez en cuando y determinar que la mujer de Bill le está contando a Robert que la política del partido laborista es suicida, ante lo que él asiente con entusiasmo, y que *lady F.* y Bill intercambian opiniones sobre Noruega.

Poco después la conversación se amplía y se centra sobre todo en la política de partido, y por lo visto todos excepto yo tienen opiniones conservadoras y dan por sentado que en los círculos civilizados no existen otras, y por consiguiente guardo silencio.

(Duda: ¿No conduciría un mayor grado de coraje moral a declaraciones francas y directas sobre mi actitud precisa en lo que respecta al partido conservador y otros?
Respuesta: Sí, sin duda, pero no es del todo improbable que dicha franqueza tuviera resultados desastrosos que no aportarían gran cosa a la cortesía social en la presente

ocasión).

La cena, enteramente admirable, concluye con unas peras surafricanas y *lady F.* pregunta si pasamos a tomar el café al salón, pero es una cuestión por completo retórica puesto que la decisión, naturalmente, es solo suya.

Sigue el cuarto de hora de rigor, durante el cual miro a la esposa de Bill y pienso que me cae peor que nunca, en especial cuando ella y *lady F.* hablan sobre peluqueros y la mujer de Bill (probablemente a propósito) introduce el tema de las permanentes y añade que sus ondas son perfectamente naturales, lo cual, por mucho que me indigne, intuyo que es cierto.

Por fin resulta que la mujer de Bill conoce a Pamela Pringle, y más tarde le comenta a Bill que Pamela P. es gran amiga mía y añade: «¡Imagínate!», expresión que considero ofensiva, signifique lo que signifique.

Sigue una partida de *bridge* —juego con *sir William* y hago un buen papel, pero como Robert pierde mucho, no sacamos beneficios materiales—, y luego la velada toca a su fin.

Tengo una breve conversación con Bill en el vestíbulo mientras Robert va en busca del coche. Me dice que Sevenoaks nos queda de camino cuando cogemos el coche para ir a Londres —algo que nunca hacemos, y no nos quedaría de camino aunque lo hiciéramos— y que sería estupendo que nos quedáramos a pasar un par de noches con ellos. Digo que sí, que nos encantaría, y coincidimos en que es una promesa, aunque ambos sabemos muy bien que no lo es, y reaparece Robert y todos nos despedimos.

Cuando nos alejamos en coche experimento una extraordinaria mezcla de sensaciones, y cubrimos el trayecto prácticamente en silencio.

1 de mayo. Le pregunto a Robert si *lady Blamington* le pareció atractiva y contesta que no diría eso exactamente. ¿Y qué diría? Bueno, quizá diría que es una belleza imponente. Y que lo maten si entre los dos no sacan veinte mil al año, ni un penique menos, añade, y que según el viejo Frobisher su casa en Kent es impresionante. Le pregunto qué opinión le mereció Bill, y Robert contesta que le pareció bastante buen tipo. Finalmente quiero saber qué tal me veía yo anoche, según él, y si piensa que dieciocho años obran grandes cambios en el aspecto de una persona.

Robert ignora la segunda pregunta, y quizá hace bien, y, tras pensarlo un poco, contesta a la primera que se me veía como de costumbre, pero que no le gusta mucho ese vestido verde. Soy lo bastante insensata para pedirle más información, insistencia ante la cual Robert parece preocupado, pero finalmente admite que, en su opinión, con el vestido verde me veo chabacana.

Ese adjetivo me deja absolutamente deshecha y me vuelve a la cabeza durante el resto del día, en medio del cometido que tenga entre manos.

Mis actividades se centran sobre todo en la ropa del colegio, de la que hacen falta

cantidades enormes para los niños, en el caso de Robin a causa de las exigencias del colegio y en el de Vicky, a un crecimiento desmesuradamente rápido. Efecto en las finanzas domésticas completamente desastroso en ambos casos. Toca bajar el baúl de Robin del desván y sacar la maleta de Vicky de debajo de la cama. Casabianca y el jardinero se ven obligados a trajinar el baúl del primero, que es inmenso y pesa lo suyo, y se queda atascado en la escalera del desván.

(Duda de carácter totalmente personal: ¿Por qué no puede viajar Casabianca con un equipaje razonable como todo el mundo? ¿Oculta acaso un cuerpo asesinado o alguna otra prueba incriminatoria de la que no se atreve a separarse? Respuesta: Nunca podrá saberse, obviamente).

En el correo de la tarde llega una inesperada y sorprendente carta de *Mademoiselle*, en la que anuncia que se encuentra en Inglaterra y que está deseando volver a abrazarnos: ¿será posible que vea a Vicky, *ce petit ange*, y a Robin, *ce gentil gosse*, antes de que vuelvan al colegio? Si pudiera disfrutar de semejante privilegio, estaría más que dispuesta a *courir nu-pieds* de Essex a Devonshire. Mando al instante un telegrama para invitarla a pasar dos noches con nosotros y le doy vueltas a la conveniencia de añadir que la propuesta maratón descalza será por completo innecesaria, pero la dificultad de incluir todo eso en doce palabras me echa para atrás; además, el sentido del humor de los franceses es, hasta cierto punto, impredecible. Anuncio la inminente visita a los niños, que la encajan más o menos como esperaba. Robin dice «Oh» y sigue descifrando lentamente «John Brown's Body» al piano con un dedo, algo a lo que se dedica casi cada hora todos los días de estas vacaciones, y Vicky me mira con cara inexpresiva y se come una pastilla malva de aspecto horrendo que, dice, es un regalo de la cocinera.

(Recordatorio: Hablar con la cocinera, con mucho tacto y a la vez con decisión. Pensar muy bien qué decirle de antemano).

La reacción de Robert ante la inminente reunión con la devota amiga y guardiana de la infancia de Vicky carece del más mínimo entusiasmo.

3 de mayo. *Mademoiselle* llega en un tren anterior al que esperábamos y un taxi la deposita en la puerta de casa, en pleno almuerzo, junto con una cesta de mimbre sujeta con cordel, un pequeño maletín, una gran sombrerera de piel, una manta de viaje a cuadros, un paquete envuelto en hule americano y dos bolsos.

Todos corremos a la puerta (excepto *Helen Wills*, que, según descubrimos después, se dedica a comerse la mantequilla de la fuente sobre el aparador) y sigue un gran alboroto. «Ah, mais ce qu'ils ont grandis!», dice *Mademoiselle* treinta y cinco veces, si no lo dice ninguna. Cuando me ve, exclama que tengo *bonne mine* y que parece que acabe de cumplir los veinte, algo absurdo, evidentemente. Robert le da un apretón de manos, ante el que ella suelta: «Ah! *Quelle bonne poignée de main anglaise!*», y pasamos a la presentación de Casabianca, con menor éxito en ese caso;

tras unas distantes inclinaciones de cabeza, sugiero que pasemos todos al comedor.

Reanudamos el almuerzo —pido que le sirvan a *Mademoiselle* el cordero asado con salsa de menta y me deja aliviada el presentable aspecto que todavía luce; no habría sido así con un pastel de carne o un estofado— y procedemos a intercambiar noticias. Por lo visto, *Mademoiselle* ha aceptado otro puesto, en la casa de un médico en *les environs de Londres*, que en mi opinión significa Putney, pero ha tenido el emotivo detalle de estipular dos días libres para poder visitarnos antes de embarcarse en sus nuevas obligaciones.

Digo que me alegro muchísimo y ella vuelve a repetir que cómo han crecido los niños, acompañándolo de aspavientos y sacudidas de cabeza.

Se sigue la sugerencia, de Robert, de que Robin y Vicky se lleven sus naranjas al jardín, y Casabianca los escolta en su salida de la habitación.

Mademoiselle pregunta al instante «*Qu'est-ce que c'est que ce petit jeune homme?*», levantando la voz, me parece que a propósito, para que se oiga en el vestíbulo, desde donde nos llega una enérgica disputa entre Vicky y Casabianca por culpa de unos chanclos. Bajando la voz a modo de reprimenda, contesto con un breve resumen de la posición de Casabianca en la casa, posición que, por lo que sé, *Mademoiselle* ya conocía perfectamente. Contesta despectivamente «*Tiens, c'est drôle*», y en mi opinión no vienen a cuento esas palabras ni el tono con que las dice. El diálogo entero me produce una gran aprensión en cuanto al éxito o el fracaso de las próximas cuarenta y ocho horas.

Mademoiselle se va a deshacer el equipaje escoltada por Vicky —movida, me gustaría pensar, por un cariño agradecido, pero tengo mis dudas— y Casabianca camina de aquí para allá por el jardín en compañía de Robin, con el claro propósito de darle una reprimenda, probablemente con razón, pero siento una leve punzada de indignación al verlos y me quedo ante la puerta, ociosa, hasta que Robert pasa de largo con una carretilla y me mira perplejo, momento en que recuerdo que debo: (a) Escribir unas cartas; (b) telefonar al panadero, pues el pan tendría que haber llegado y no es así; (c) seguir poniendo orden en la ropa del colegio; (d) bordar las iniciales de Vicky en los leotardos nuevos, y (e) ocuparme de que se manden a la tintorería las cretonas del cuarto de los niños.

Me pasa por la cabeza la curiosa y nada provechosa reflexión de que, de ser yo la heroína de una novela, el reciente encuentro entre Bill y yo conduciría a otros sucesos de mayor tensión y calado emotivo que culminarían en una renuncia o, de tratarse de una novela moderna, en una aventura de lo más loca y audaz.

Como de costumbre, la vida real no tiene el menor parecido con las convenciones literarias, y no me queda otra que entrar corriendo en casa y ocuparme del cúmulo de cometidos domésticos.

La llegada del correo de la tarde da pie a un leve recrudecimiento de las especulaciones románticas cuando me tienden una carta con una caligrafía desconocida, aunque fina, que lleva matasellos de Londres. Antes de abrirla, ya he

viajado mentalmente a París, donde tenía una cita con Bill, para decirle adiós para siempre; o bien me he ido con él a las islas de los mares del sur, ya divorciada de Robert, y me entero allí de la muerte de los niños. Resulta ser de un caballero desconocido, militar de alto rango, que me pregunta si tengo interés en la nueva economía, pues vende jamones poco curados baratísimos.

5 de mayo. Parece que mis temores con respecto a una perfecta armonía entre *Mademoiselle* y Casabianca tenían fundamento, y siento alivio al pensar que el grupo se dispersará mañana. Los niños, como suele pasarles el último día de las vacaciones, están sumamente eufóricos, pero sé muy bien, por experiencia, que la temida reacción dará comienzo a última hora.

Me decido por un pícnic, en honor de *Mademoiselle*, preciso, y Robert me comenta en privado que sería mejor que dejáramos a Casabianca. Opino que tiene toda la razón y me paso algún tiempo desarrollando una fórmula elegante y amable con la que anunciar dicho plan, pero acaba en completo fracaso.

Casabianca dice que «Oh, no, muy amable por mi parte», pero le apetece bastante la idea de un pícnic y no necesita tener la tarde para él solo. No tiene cartas que escribir, aunque es un detalle que yo haya pensado en eso. Y tampoco le interesa pasar un día tranquilo en el jardín, aunque me lo agradece. Recibe mi última y desesperada sugerencia de que quizá aprecie la ventaja algo vaga de disfrutar de un día libre con más agradecimientos a mi extremada amabilidad y con la incontrovertible declaración de que no sabría qué hacer con un día libre si dispusiera de él.

Me bato en retirada, vencida, y le cuento a Robert que Casabianca quiere venir al pícnic a toda costa, lo cual a Robert no le parece en absoluto natural. Hacia las tres para de llover y nos ponemos en marcha con la consabida colección de mantas, impermeables, cestas y termos en el maletero del coche.

Mademoiselle dice: «*Ah, combien ça me rappelle le passé que nous ne reverrons plus!*», tras lo cual mira a Casabianca y pone los ojos en blanco, y yo recuerdo, sintiéndome agradecida, que los conocimientos de francés del joven son decididamente limitados. No obstante, algo me dice que ha interpretado correctamente el significado de la mirada de *Mademoiselle*.

Empieza a llover otra vez y, para cuando llegamos al lugar pintoresco en cuestión, cae un buen aguacero. Robert, quien ha salido de casa a la fuerza a instancias de Vicky, está decidido ahora a llegar hasta el final y anuncia que subirá andando con el perro hasta la cima de la colina, y que a los niños más les vale acompañarlo. *Mademoiselle*, envuelta en una gran capa a cuadros, se emplea a fondo de un modo sin precedentes y se ofrece a ir con ellos, y la vergüenza me lleva a hacer lo mismo, pese a que no me apetece en lo más mínimo. Nos mojamos todos muchísimo y Vicky se cae en un misterioso agujero en un seto y sale de él chorreando y con manchones

negros por todas partes que resultan de alquitrán.

«*Mon Dieu* —dice *Mademoiselle*—, *il n'y a donc plus personne pour s'occuper de cette malheureuse petite?*». Me gustaría recordarle los numerosos contratiempos que ha sufrido Vicky bajo su propia supervisión, pero, como es natural, no lo hago.

La situación, que ya era algo tensa, se ve seriamente agravada cuando Casabianca elige tan imprudente momento para soltarle a Vicky una buena reprimenda, ante la cual *Mademoiselle* exclama con vehemencia: «*Ah ma bonne Sainte Vierge, ayez pitié de nous!*», lo que nos sume a todos en un silencio sepulcral.

Cae un tremendo chaparrón y sugiero tomar el té en el coche, pero abandonamos la idea cuando resulta evidente que estamos demasiado apretujados para abrir siquiera las cestas, no digamos ya para diseminar su contenido. ¿Y por qué no tomamos el té en el comedor de casa?, sugiere Robert en una única intervención para resolver nuestras dificultades que cuenta con el apoyo, en voz baja pero insistente, de Casabianca. Dicha sugerencia surte el efecto inmediato de provocar que *Mademoiselle* defienda *un goûter en plein air*, como si estuviéramos en Fontainebleau, o en cualquier otro lugar improbable, bajo un sol radiante.

Robin tiene de pronto la brillante idea de que estamos cerca de la finca deshabitada de Bull Alley, y dice que el jardinero nos permitirá hacer el pícnic en el gallinero. ¿El gallinero?, repetimos todos menos Vicky, quien suelta un grito y parece encantada, y *Mademoiselle*, quien grita a su vez y menciona las *punaises*, que según ella abundarán. Robin explica que se refiere a un cenador en la pista de tenis de Bull Alley, que tiene tela metálica y recuerda a un gallinero, pero él no cree que lo sea en realidad. Añade con tono triunfal que hay un banco en el que podremos sentarnos. Robert hace un último alegato en favor del comedor de casa, pero no muy convencido, y recorreremos los quince kilómetros hasta la finca de Bull Alley, donde tiene lugar el pícnic bajo los auspicios de Robin, con todos sentados formando una hilera en un largo banco de madera, igual que en una anticuada comida escolar para padres. Comento que me recuerda a *The Daisy Chain*, pero nadie sabe de qué hablo y se deja que la referencia literaria caiga en saco roto mientras comemos sándwiches de carne en conserva y bebemos limonada, que está llena de pepitas.

Vuelta a casa a las seis y media, sintiéndome sumamente agotada. Me encuentro una carta de mi agente literario en la que da a entender que ha llegado el momento en que cabe esperar una nueva obra maestra surgida de mi pluma, y pregunta si puede tener esperanzas de recibir en breve mi nuevo manuscrito. Movida probablemente por la fatiga extrema, fantaseo con el resultado que cosecharía una respuesta totalmente franca, esto es, que mis proyectos literarios se han visto empantanados a todas horas por actividades relacionadas con los niños, la casa, la costura, la correspondencia, las reuniones del Instituto de la Mujer y la absoluta necesidad de dormir ocho horas todas las noches.

Decido que es imprescindible otra visita a Doughty Street y le digo débilmente a Robert, aunque no sea verdad, que estoy segura de que no le importará que pase un

par de semanitas en Londres para escribir un poco. Cuando *Mademoiselle* lo oye, añade oficiosamente y sin que venga a cuento que, como es natural, «*Madame désire se distraire de temps en temps*», algo que no es, ni muchísimo menos, lo que yo quería transmitir.

Robert no dice nada, pero arquea una ceja.

6 de mayo. Llega la desgarradora media hora de costumbre durante la cual, por primera vez desde el inicio de las vacaciones, Robin y Vicky parecen caer en la cuenta de que deben volver al colegio. Robin no dice nada en absoluto, pero su tez se vuelve de un tono más y más *eau-de-nil*, y Vicky proclama que está casi segura de que no conseguirá sobrevivir a la primera noche lejos de casa. Me digo con firmeza que, como la madre moderna que soy, debo mostrarme animosa, pero un nudo en la garganta de lo más inconveniente me lo pone muy difícil, y sugiero en cambio que vayan a despedirse del jardinero.

El equipaje, que en teoría se ha mantenido dentro de unos límites muy decentes, llena todo el vestíbulo y rebosa por la puerta principal, y el baúl de Casabianca amenaza con llenar el coche entero él solito. *Mademoiselle* lo mira con desdén y exclama: «*Ciel! On dirait tout un déménagement*», pero se ablanda un poco en el momento de la despedida y le estrecha la mano a Casabianca con el comentario de «*Sans rancune, hein?*», que por suerte él no entiende, así que no puede dar otra respuesta que una inclinación bastante fría y elegantemente ejecutada desde la cintura. Sin previo aviso, *Mademoiselle* se echa a llorar, besa a los niños y luego a mí, dice que «*On se reverra au Paradis, au moins*» —bastante optimista en general— y, acto seguido, Robert se la lleva a la estación.

Un coche de alquiler se lleva a Casabianca, tras el habitual intercambio de cumplidos con los adultos y muestras de indiferencia sumamente francas por parte de Robin y Vicky, me llevo a los niños al cruce, donde un padre desconocido de un compañero de colegio de Robin también desconocido se hace cargo de él, junto con otros seis chicos que me parecen exactamente iguales entre sí.

Vicky se echa a llorar y le compro un helado, y luego la acompaño de vuelta a la estación, donde la pongo a cargo del jefe de tren, a quien ella pregunta de inmediato si puede ir en el furgón con él. El hombre accede y desaparecen cogidos de la mano.

Conduzco de vuelta a casa y evito el cuarto de los niños durante el resto del día.

10 de mayo. Decido que el retorno al piso de Doughty Street es imprescindible y trato de hacerle entender a Robert que dicho proceder repercutirá a la larga en el bien de nuestra economía. Reúno mentalmente una serie de magníficas pruebas a tal efecto, pero cuando trato de exponerlas con palabras, por desgracia, se vuelven flojuchas e incoherentes. Observo asimismo cierta tendencia en mi persona a repetir una y otra

vez la fórmula bastante incomprensible de que «tampoco es que vaya a ser por mucho tiempo», pese a que tengo la certeza de que Robert me ha oído la primera vez y no ha quedado nada convencido. La discusión concluye cuando me llevo del comedor el anuario *A.B.C.* y descubro que data de 1929.

17 de mayo. Vuelvo al piso de Doughty Street y soy presa de un asombro inmenso y nada razonable cuando lo encuentro casi exactamente como lo dejé, fundas blancas y amarillas incluidas. Quedo completamente extasiada y empleo la tarde entera en disponer flores en dos jarrones, deshacer la maleta, y comprar té y galletas en Gray's Inn Road, donde me libro por los pelos de quedar extinguida bajo un tranvía.

Advierto que todo el mundo excepto yo lleva falda larga, un sombrerito diminuto sobre la coronilla y lápiz de labios bermellón. Me contemplo en el espejo y resuelvo visitar de inmediato la peluquería, el salón de belleza y una sección de unos almacenes que se llama Damitas a Buen Precio antes de hacer cualquier otra cosa.

Llamo por teléfono a Rose, quien suelta «Oh», pregunta si ya estoy de vuelta, por evidente que sea, y me hace la encantadora sugerencia de cenar la semana que viene, pues quiere que conozca a dos amigos suyos, y de asistir a un almuerzo en su casa en el que necesitará que la ayude. Me siento halagada y digo que sí, por supuesto, y pregunto cómo, a lo que Rose me da la extraña respuesta de que marchándome pronto, si no me importa, pues así quizá se interrumpa la celebración.

Nota: De quedar expuestos los pensamientos más íntimos de muchas anfitrionas, sin duda saldrían a la luz cosas extraordinarias ocultas bajo tanta supuesta hospitalidad. Semejante idea sigue dándome vueltas en la cabeza pese a la explicación de Rose de que el día del almuerzo tiene una cita a kilómetros de distancia a las tres en punto y le da miedo no llegar puntual. Accedo, aunque a regañadientes, a marcharme a las dos y media, con la esperanza de inducir a los demás invitados a hacer lo mismo.

Rose quiere saber también, con una alegría que no viene muy a cuento, si pienso hacer algo con respecto a mi amiga Pamela Pringle, a lo que respondo que no lo sé, dicho lo cual le doy las buenas noches y cuelgo. Sigue una coincidencia increíble cuando suena el teléfono cinco minutos más tarde y es P. P., quien asegura haber «intuido» que yo estaría de nuevo en Londres. Quedo absolutamente indefensa ante semejante presciencia y accedo con términos entusiastas a acudir a un cóctel en casa de Pamela, a encontrarme con ella en su club para mantener una larga charla y a acompañarla a la Real Academia de las Artes una mañana. La perspectiva entera me llena de la más absoluta consternación y me voy a la cama en un estado de aturdimiento total.

Pamela vuelve a llamarme justo antes de medianoche y dice que espera de verdad no haberme molestado o algo así, pero antes se le ha olvidado decirme, y sabe muy bien que yo no voy a malinterpretarla y que en realidad no es nada, pero que si por

casualidad llega una carta a su nombre dirigida a mi piso, ¿podré guardársela hasta que nos veamos? Es probable que ni siquiera llegue, pero, por si llega, me pide que le haga el favor y que no se lo cuente a nadie, pues la gente tiene esa terrible tendencia a malinterpretar el menor detalle. ¿Seguro que no me importa? A esas alturas, lo único que me importa es que me dejen volverme a la cama de una vez, así que accedo a todo, le digo que lo comprendo muy bien, oigo a Pamela darme las gracias efusivamente y cuelgo.

21 de mayo. Asisto al cóctel de Pamela Pringle tras mucho indagar sobre el atuendo adecuado para la ocasión. Le consulto a Felicity con una postal, y me contesta con otra postal que no tiene ni idea, y a Emma Hay (solo porque me la encuentro por casualidad en King's Road, Chelsea, no porque tenga la más remota intención de seguir su consejo). Emma suelta como quien no quiere la cosa que lo suyo es un pantalón suelto y ligero, supone, y la miro presa de espanto ante la implícita sugerencia de que ha aparecido en algún sitio con semejante atuendo. Pero Emma desestima con un ademán la cuestión, que obviamente considera insignificante, y quiere saber si iré con ella la semana próxima a una deliciosa fiesta en Bloomsbury, donde estarán presentes todas y cada una de las personas que de verdad merecen la pena en Londres. Contesto con la sugerencia, que pretende ser graciosa, de que sin duda habrán reservado el Museo Británico para que quepan todos, pero a Emma no parece hacerle ninguna gracia el comentario y contesta que no, que será en un sótano en Little James Street, si sé dónde queda. Como lo tengo a menos de dos minutos andando de mi propia puerta, sí sé dónde queda, y acordamos que Emma me pasará a buscar para ir juntas a la fiesta.

Procede a contarme que en todo Londres se habla de su durísima crítica de la nueva novela de G. B. Stern, y quiere saber qué me ha parecido. Le pregunto dónde puedo encontrar esa durísima crítica suya y Emma exclama que si hablo en serio y si no he visto el *Hampstead Clarionet* de este mes, a lo que contesto con gran presencia de ánimo pero faltando por completo a la verdad que probablemente se habrá agotado, y Emma, aunque sigue estupefacta, responde que debe de haber sido eso y nos despedimos cordialmente.

La cuestión de la ropa sigue sin resolverse hasta última hora, cuando me decido por un vestido en crep de China negro y un sombrero nuevo que me sienta bien, o eso creo.

Voy a Sloane Street en el autobús número 19, como de costumbre, y llego a la puerta del piso a las seis y media, y cuando estoy subiendo en el ascensor, uno de los muchos porteros me informa de que soy la primera. Al oírlo, le ruego que me vuelva a bajar y me permita esperar en el vestíbulo, pero contesta, con cierta razón, que alguien tiene que llegar primero, señorita. Me reanimo al oír que me llaman señorita y permito que el portero me deposite ante la puerta de P. P., donde llama al timbre

como si no confiara en que vaya a hacerlo por mí misma —y tiene razón—, y acto seguido me arrastro, más que camino, hasta el salón de Pamela. Me llevo una tremenda impresión cuando Pamela, que viste de *chiffon* rosa pálido y floreado, aparece en una nueva encarnación con un pelo rubio platino de lo más natural. Me recupero gracias a una presencia de ánimo que considero muy cortés, pero quedo otra vez estupefacta por la pasión con que Pamela me pregunta si me gusta. Contesto que está preciosa, lo cual es bastante cierto, y reina la armonía. Me disculpo por llegar temprano, pero Pamela me asegura que se alegra muchísimo y añade que ella misma no estaría ahí tan pronto de no ser porque su despertador iba una hora adelantado y dice que quiere oír todas mis novedades. Procede entonces a contarme las suyas, que consisten sobre todo en la inexplicable actitud de Waddell, a quien le da un ataque cada vez que un hombre por debajo de los noventa se limita a mirarla. (De ser ese el caso, me horroriza pensar en el carácter cataclísmico de la existencia entera de Waddell).

Mi experiencia previa en las fiestas de Pamela me lleva a preguntar si Waddell estará presente esta tarde; parece perpleja y dice que supone que sí, que es buen anfitrión a su manera y que, en todo caso, seguro que estará encantado de verme.

(Waddell y yo nos hemos visto solo una vez, ocasión en la que no cruzamos palabra, y estoy virtualmente segura de que no me reconocería si me viera).

Suena el timbre y, acto seguido, sobreviene un aluvión de caballeros muy jóvenes, a quienes Pamela saluda y luego me presenta como Tim, Nicky y los gemelos. Yo sigo sin salir del anonimato durante todo el episodio, pero Pamela, muy espléndida, anuncia que soy listísima y literata, afirmación que surte el efecto habitual de mandar a todos los caballeros muy jóvenes derechos al rincón más remoto de la habitación, desde donde me miran de cuando en cuando por encima del hombro y con expresiones del más puro espanto.

Acto seguido llega Waddell, quien, para mi inmenso alivio, escolta a la vizcondesa de Rose —a quien saludo como a una vieja amiga, ante lo que parece leve pero amablemente sorprendida— y a un americano mayorcito y calvo. Este último se sienta a mi lado y me pregunta por los días de colecta benéfica, y, tras beberme el contenido de una copita que me tiende con indiferencia uno de los caballeros muy jóvenes, me encuentro de pronto de lo más elocuente e informativa sobre el tema.

Me anima la actitud de Americano Mayorcito, que me mira interesado y atento mientras hablo (diferencia muy marcada en este aspecto entre los británicos y los yanquis, que salen ganando), y repite intermitentemente cuantísimo significa para él lo que le estoy contando, que es más de lo que significa para mí. Mucho antes de que haya agotado el tema, Pamela se lleva al americano con el sencillísimo y directo método de decirle que se acerque a hablar con ella, lo cual él hace, en efecto, pero no antes de dedicarme una inclinación a modo de disculpa. Waddell vuelve a llenarme la copa de inmediato, aunque sin pronunciar palabra, y la vizcondesa de Rose me habla sobre *Time and Tide*. Charlamos durante cinco agradables minutos, al final de los

cuales he prometido ir a visitarla y ya nos llamamos por el nombre de pila. ¿Será atribuible al alcohol toda esta benevolencia? Tengo la leve sospecha de que más vale no plantear el tema en este momento.

A esas alturas, la habitación está a rebosar de hombres, humo de tabaco y conversación. Ya le he dicho dos veces a Waddell que no, que de verdad que no quiero más, y las dos veces me ha ignorado y ha seguido vertiendo cosas en mi copa, y yo bebiéndomelas. El resultado es una mezcla bien extraña de euforia, la temeridad más absoluta y una melancolía bastante sentimental. También empiezo a sentirme mareada, qué duda cabe, y soy consciente de que la cosa irá a mucho peor en cuanto trate de ponerme en pie.

Un hombre desconocido y muy atractivo que se sienta a mi lado me cuenta un incidente singular y desafortunado que le ha ocurrido hoy. Para su infinito pesar, le ha propinado un fortísimo golpe con el bastón a una mujer a quien no conocía de nada en la puerta del ateneo. No me diga, contesto con tono de preocupación, y le pregunto si ha sido un accidente. Contesta que sí, mero accidente. Estaba enseñándole a un amigo cómo dar un golpe de golf y no se ha percatado de que tenía a una mujer justo detrás. Como lamentable consecuencia, a ella se le han roto las gafas, se ha reunido una gran multitud y él se ha visto en la obligación moral de acompañarla un trecho larguísimo en taxi para ver (a) a un médico, (b) a un oculista, y (c) a su marido, quien resulta que vive en Richmond. Lo compadezco con vehemencia y le sugiero que, probablemente, tendrá que mantener tanto a la mujer como al marido durante el resto de sus vidas, algo que, según dice, ya se le había ocurrido.

Todo eso nos perturba a los dos casi por igual, y nos tomamos cada uno un cóctel más.

Pamela —ya me estaba preguntando por qué me habría dejado tanto rato al atractivo desconocido— interrumpe tan agradable conversación diciendo que Waddell jamás le perdonará a nadie que me monopolice de esa manera y que debo hacer todo lo posible por ponerlo de buen humor, pues ella acaba de contarle lo de la factura de su modisto, así que ¿seré tan cielito como para intentarlo? Procede entonces a llevarse al extraño encantador y yo me quedo en un estado de aturdimiento total. Tengo la vaga impresión de que Waddell ha accedido a regañadientes a sentarse conmigo, a instancias de Pamela, y de que nos aseguramos mutuamente y repetidas veces que hoy en día no dan ninguna obra de teatro que valga la pena. El efecto de tan ecléctica declaración queda neutralizado más tarde, cuando resulta que Waddell no frecuenta jamás otro sitio que el cine y yo llevo ocho meses y medio sin poner un pie en un teatro londinense.

Más tarde incluso, me percato de pronto de que soy prácticamente la única persona que queda en la fiesta, con excepción de Waddell, que ha encendido la radio y escucha un vodevil, y Pamela, que está en el sofá dejando que un joven le lea la mano, mientras otros dos se apoyan contra el respaldo y escuchan atentamente.

Murmuro unas palabras de despedida muy generalizadas y discretas y me marchó.

No estoy segura del todo, pero creo que el portero me dirige una mirada compasiva, pese a lo cual nos contentamos con un intercambio de sonrisas un poco serias, sin cruzar palabra.

El serio temor de no ejercer ya un control absoluto sobre mis piernas me obliga a volver a Doughty Street en taxi.

Cuando llego al piso me voy derecha a la cama y la habitación da vueltas y más vueltas de forma perturbadora hasta que por fin me duermo.

25 de mayo. La vida consiste en una sucesión de diversiones, y me siento sumamente culpable cuando recibo una carta de la mujer del párroco en la que me dice que está segura de que estoy trabajando con ahínco en un nuevo libro y que le gustaría muchísimo saber de qué trata y qué título tiene. Si se lo cuento, hablará con la chica de Boots, pues toda ayuda, por poca que sea, es bienvenida. Ella misma anda ocupadísima y el jardín tiene un aspecto espléndido, aunque todo se está retrasando mucho este año. Posdata: ¿Me he enterado de que la anciana señora Blenkinsopp se va a Bournemouth?

Tomo la decisión de contestarle con una carta larga e interesante, pero cuando me siento a hacerlo descubro que soy incapaz de escribir nada que no vaya a parecer indiscreto, fanfarrón o escandaloso. Decido esperar hasta después de la fiesta de Emma Hay en Little James Street, pues me proporcionará algo sobre lo que escribir.

(Recordatorio: Estoy prácticamente segura de que me engaño a mí misma, pues, tras reflexionar sobre el asunto, me parece del todo improbable que la mujer del párroco se divierta con las payasadas de cualquier conocido que pueda presentarme Emma o que vaya a encontrarlas edificantes).

Voy a Mickleham en autobús —se tarda una hora y media— para ver a Vicky, quien se muestra muy alegre y afectuosa y tiene un aspecto inmejorable, pero me dice que la hacen trabajar demasiado. ¿En qué?, pregunto, y contesta que en gimnasia rítmica. Luego me entero de que dicha asignatura se imparte solo una tarde por semana, durante una hora. Vicky dice asimismo que las demás materias le gustan y se le dan muy bien, algo que confirman después las autoridades competentes. Vuelvo a utilizar la ruta del autobús —una hora y tres cuartos esta vez— y cuando llego de vuelta a Londres me siento exactamente igual que si hubiera hecho un viaje nocturno a Escocia, en tercera clase y sentada más tiesa que un palo todo el trayecto.

26 de mayo. Emma, con un vestido suelto de color verde exactamente igual que una cortina *démodé*, sandalias y las uñas de los pies pintadas, pasa a buscarme por mi piso y cruzamos hasta Little James Street. Quiero saber a quiénes voy a conocer y Emma, con su amplitud de siempre, contesta que absolutamente a todo el mundo, pero no se compromete revelando nombres, ni siquiera cifras.

La fachada de Little James Street me hace dudar con respecto a la capacidad del lugar para dar cabida a todo el mundo, duda que aumenta a medida que Emma me guía al interior de una casa pequeñísima, donde descendemos por un angosto tramo de escaleras de piedra que terminan en una habitación larga y estrecha con las paredes negras y el techo amarillo, sin mueble alguno por lo visto y con una colección de gente curiosa aunque sin duda interesante, todos de pie y chillándose.

Emma parece encantada; comenta que ese gentío ya me lo había anunciado y añade que ese hombre de allí está viviendo ahora con una negra y que si tiene oportunidad me lo traerá para que lo conozca.

(Me gustaría mucho saber con qué propósito, pues, obviamente, me será imposible preguntar lo único que en realidad estaré pensando).

Un hombre con aspecto abstraído y con barba ve a Emma, la saluda con un «Cariño» algo distraído y se aleja de inmediato, seguido por una Emma bastante resuelta.

Me impacta la presencia de muchísimas gafas con montura de concha y la notable ausencia de trajes de noche, así como el curiosísimo hecho de que todos los presentes en la habitación tienen el cabello inusitadamente liso o rizado. En mis proximidades, la conversación se centra sobre todo en un asombroso cuadro en la pared, que según creo representa a Adán y Eva en una etapa muy temprana, aunque no estoy segura ni mucho menos, y los comentarios que oigo no me ilustran en lo más mínimo al respecto. Es más, me preocupa bastante no saber el significado exacto de *tempo*, *brio*, *appassionata* y *coloratura* aplicados al arte.

Un desconocido entabla conversación conmigo, pero se interrumpe asqueado cuando le menciono a Adán y Eva y me quedo con la impresión, aunque no sé muy bien por qué, de que la pintura representa en realidad a Safo en la isla de Lesbos.

(Duda: ¿Quién era Safo y qué isla es Lesbos?).

Al poco reaparece Emma con una dama pelirroja que, por lo visto, la sigue a regañadientes, y le informa en mi presencia de que soy un ratón de campo —lo cual me enfurece— y añade que deberíamos llevarnos bien teniendo en cuenta que tenemos idénticos complejos de inferioridad. La dama pelirroja y yo nos miramos con odio mutuo y nos separamos lo antes posible, tras haber intercambiado tan solo breves comentarios sobre el cuadro de Adán y Eva, que ella parece creer que tiene algo que ver con los años noventa y la revista *Yellow Book*.

Hago un par de intentos frustrados de averiguar si tenemos un anfitrión o una anfitriona, y de ser así qué aspecto tienen, y otros esfuerzos más enérgicos por encontrar una silla, pero en vano, y finalmente decido que, como no me estoy divirtiendo y empiezo a sentirme agotada, mejor me marchó. Emma hace un intento, que ambas sabemos desgano, de disuadirme, pero hago caso omiso, sensatamente, y me dispongo a salir. Emma me saca de quicio en el último momento al preguntarme qué pienso de ese maravilloso estudio satírico en la pared que tan bien tipifica la postura moderna con respecto al sexo.

1 de junio. La vida está llena de contrastes, como de costumbre, y, tras mi reciente bacanal de vida social, me paso la mayor parte del día lavando guantes blancos y medias de seda y secándolos ante la estufa eléctrica. Esta práctica surte en los guantes un efecto poco satisfactorio, y me acuerdo demasiado tarde de que la escritora de la página femenina de una revista siempre la ha reprobado.

Le hago una visita a una tía de Robert, Mary, que vive cerca del puente de Battersea, y hablamos sobre los parientes. Quiere saber qué opino de cómo les va a William y Angela, lo que suena como el preludio de un escándalo y me produce una placentera emoción, pero resulta que se refiere a una reciente incursión en la cría de abejas sin aludir en absoluto a su situación doméstica, y es evidente que no hay razones para pensar que William y Angela vayan a dar motivos para la inquietud.

La tía Mary pregunta por los niños, comenta que el colegio es un error garrafal en el caso de las niñas y confía en que a Robin se le den bien los deportes —no es el caso—, y añade que si me parece que la respuesta es tener un hombre en casa. Aquí tiene lugar un malentendido, pues presupongo que se refiere a Robert, pero al poco comprendo que habla de Casabianca.

Hace su aparición un té con pastelillos de carvis, de los que procedemos a dar cuenta, y la tía Mary me dice que espera que mi escritura no interfiera en mi vida doméstica y sus muchas obligaciones; le digo que yo también lo espero, pero pese a nuestras aspiraciones comunes, tengo la impresión de que estamos muy poco satisfechas la una con la otra. Nos despedimos y me marchó con una intensa sensación de fracaso personal. Me gustaría pensar que la tía Mary se ha quedado tan alicaída como yo, pero ya he advertido en ocasiones anteriores que esa es una sensación que la generación que precede a la mía no suele experimentar.

A mi regreso al piso, me encuentro con que me espera un sobrecito extraordinario que contiene la convicción impresa de lo mucho que me interesarán las curiosidades de la literatura que un completo desconocido que vive en una ciudad industrial del norte ha adquirido hace poco, algunas de las cuales, o su totalidad, él podría enviarme en un discreto paquete cerrado. A continuación detalla la lista, que va de *Historia de la flagelación* a *Literatura erótica, versión íntegra*.

Barajo un rato la idea de que es mi deber comunicarme con Scotland Yard, pero es probable que sus agentes ya estén desbordados de trabajo y que agradezcan mucho más que los dejen en paz, de modo que me limito a consignar el sobre y su contenido a la papelería.

9 de junio. Me llama por teléfono la directora de *Time and Tide* para decirme que celebramos una fiesta el 16 de junio en el novísimo Park Lane Hotel. (Duda: ¿Se trata de un plural mayestático propio del mundo editorial o será que se refiere a ella y a mí? Si se trata de lo segundo, tengo que desengañarla de inmediato, debido al estado

actual de mis finanzas). ¿Participaré en el comité? Sí, lo haré. ¿Quién más hay en él? Pues Ellen Wilkinson, dice la directora, solo que ella no podrá asistir a ninguna de las reuniones. Finjo cortésmente que me parece una actitud muy profesional y práctica y pregunto quién más habrá. Nuestra señorita Lewis, contesta la directora, y cuelga antes de que pueda indagar más. Me pongo inmediatamente en contacto con «nuestra» señorita Lewis, quien resulta muy joven y llena de brío. Le hago varias sugerencias, sobre todo con respecto a todo el trabajo duro que tendrá que hacer, a las que accede encantada, y solo me queda convencer a una profesora muy distinguida de que ocupe el papel de presidente en el debate que constituirá uno de los atractivos de la fiesta.

11 de junio. La distinguida profesora resulta menos dócil de lo que esperaba y me veo obligada a recurrir a la ayuda de la revista. Me informan por una fuente indirecta de que la distinguida profesora me odia, expresión que, dejando de lado lo poco cristiana que resulta, no me parece ni decorosa ni académica.

Con esa salvedad, los preparativos prosiguen satisfactoriamente, y me compro un vestido nuevo para la ocasión.

16 de junio. Llego al hotel a las cuatro en punto, con un tiempo magnífico y un vestido muy resultón, y todo es de *couleur-de-rose*. Me recibe un empleado a quien pregunto en murmullos por *Time and Tide* y que le ordena a un subalterno, que espera junto a él, que acompañe a la señora al Asador Español. (Me pasa por la cabeza una extraordinaria y nada apropiada asociación de ideas con las torturas de la Inquisición). El Asador Español está plagado de personal de *Time and Tide*, aparece la directora con un admirable conjunto negro, y me deja helada cuando dice que, ya que estoy ahí antes de hora, más valdría que la ayudara a recibir a la gente que ya está llegando. (La expresión no me parece muy afortunada). Alguien saca una plaquita con el nombre por el cual, parece, me conocen los lectores de *Time and Tide*, y me la predo en el vestido y me siento exactamente igual que una de las figuras de poca monta que se exponen en el museo de cera de *Madame Tussaud*.

La distinguida profesora, que me saluda sin una pizca de cordialidad, insiste mucho, sin que venga a cuento, en ocuparse de que cumpla con mi cometido y me emplaza firmemente en la cola de recepción. Cientos de millones de personas invaden el hotel y la directora y yo les estrechamos la mano a todas. El maestro de ceremonias se las arregla de maravilla a la hora de captar todos los nombres y repetirlos a pleno pulmón. Cada diez nombres le echa un poco de sal a la cosa al añadir, tres semitonos más bajo, «La directora recibe a», que suena a coro griego e impresiona mucho.

Delicioso paréntesis en el que veo a mi querida Rose, acompañada de una encantadora doctora americana amiga suya que va guapísima, así como a la sobrina

de Rose —ninguna de nosotras menciona el Instituto de la Mujer—, a la directora de Mickleham Hall —a quien pregunto a toda prisa por el bienestar de Vicky y que me cuenta que está estupendamente, lo cual es un alivio— y a la querida Angela, quien por desgracia llega justo a tiempo de oír tan maternal intercambio y se da aires de superioridad. Se me pasa por la cabeza el deseo, lamentable pero sin duda humano, de que *lady B.* pudiera verme en tan distinguida compañía, pero no hace acto de presencia y mucho me temo que la próxima vez que nos veamos me encontrará en una bicicleta llena de paquetes de camino al pueblo o en alguna situación igualmente poco favorecedora.

Poco después de las cinco me proponen que pase a tomar un té; eso hago, y hablo con muchos desconocidos de lo más simpáticos. Alguien me pregunta si ha venido Francis Iles, y tengo que contestar que no lo sé, momento en el cual se une a nosotros una desconocida que me asegura que casualmente sabe que Francis Iles es en realidad el señor Aldous Huxley. Quedo muy impresionada y repito eso ante varias personas para demostrar que dispongo de información privilegiada, pero un caballero desconocido me deja de una pieza cuando me cuenta, con tono grave y muy crítico, que me equivoco de medio a medio, pues casualmente sabe que Francis Iles es en realidad la señorita Edith Sitwell. A partir de ahí dejo estar la cuestión, y al poco me dicen que ocupe mi sitio en el estrado para el debate.

Por una abominable estratagema que consiste en meter los nombres de los ponentes en un sombrero y luego sacarlos al azar, ninguno de nosotros sabe cuándo le tocará hablar. La excepción la constituye un caballero que, con loable presencia de ánimo, se las ha arreglado para tener un tren que coger y que así le cedan la palabra de inmediato.

La presidente cumple admirablemente con su cometido, los discursos resultan excelentes y el público se muestra muy agradecido.

La presidente —¿lo hará a propósito, por afán de venganza?— saca mi nombre el último de todos, por lo que me veo obligada a hablar después de unos oradores admirables y experimentados que han dicho ya cuanto podía decirse. Considero seriamente fingir un desmayo, pero interviene mi conciencia y me pongo en pie. Por suerte, la Providencia dispone que, en el instante en que me levanto, mire directamente a un editor americano a quien conozco y que me cae muy bien. Su mirada parece darme ánimos y, por misterioso que parezca, me encuentro con que soy capaz de pronunciar mi discurso. Alivio inmenso cuando por fin acabo.

Un breve parlamento de la directora de *Time and Tide* arranca una verdadera ovación y la presidente pone fin al debate.

La fiesta es un éxito indiscutible, y me dejan impresionada los altísimos niveles de encanto, atractivo, inteligencia y excelentes modales de los lectores de *Time and Tide*. Se me acerca una dama desconocida y adorable que me pregunta sin preámbulos cómo está Robert, lo que me satisface enormemente, y resuelvo enviarle una postal esta noche a él para contárselo.

No me parece tan adorable otra completa desconocida que me mira con cierta frialdad y comenta que soy lo que ella llama «para morirse de risa». No consigo decidir si se refiere a mi sombrero, mi aspecto en general o mis contribuciones a *Time and Tide*. Solo puedo esperar que se trate de esto último.

Un novelista famoso me ofrece acompañarme a casa en taxi; me complace sobremanera y espero secretamente que la mayor cantidad de gente posible me haya visto irme con él y sepan quién es (es probable que estén al corriente) y quién soy yo (es probable que no tengan ni idea).

Me paso la velada entera llamando por teléfono a todo el mundo para preguntarles cómo lo han pasado en la fiesta.

18 de junio. La ola de calor no remite y todos comentan que en el campo se debe de estar de maravilla, pero personalmente pienso que se está de maravilla en Londres y me siento más que satisfecha.

Escribo una elocuente carta a Robert para sugerirle que se venga también y que vayamos juntos a la jornada de los deportes en la escuela de Robin y que nos llevemos a Vicky. No tengo muchas esperanzas de que acceda a mi propuesta.

La vizcondesa de Rose —en lo sucesivo Anne para mí— me llama y me cuenta que se le ha ocurrido un delicioso plan según el cual Rose me llevará en coche el domingo hasta un sitio —indescifrable por teléfono— en Buckinghamshire, donde hay un hotel delicioso con unos jardines preciosos, y que allí nos encontraremos con ella y un grupo de interesantes amigos literatos para almorzar. Muy halagadora, añade que será todo un placer volver a verme; yo estaba a punto de decirle lo mismo, pero ahora debo renunciar a ello, pues no se me ocurre ninguna paráfrasis a tiempo. Contesto que estoy deseando que llegue el domingo, y colgamos.

Le doy vueltas a qué ponerme —guardarropa deficiente, como de costumbre— y me decido finalmente por un traje verde de chaqueta y falda si hace frío, y el nuevo vestido floreado de seda salvaje si hace calor.

(Aquí se me plantea un problema concerniente al tocado, pues el sombrero que queda bien con el vestido floreado de seda salvaje es demasiado grande y flexible para ir en coche, y todos los demás sombreros —que ascienden a dos y una boina— son de un color que no casa en absoluto con el vestido floreado).

Mi agente literario me lleva a almorzar —qué amable— y sugiere que sería deseable un poco de trabajo por mi parte. Coincido, y me paso toda la tarde escribiendo enérgicamente.

19 de junio. Jornada verdaderamente singular, que no debería figurar entre las más satisfactorias experiencias de mi vida. La querida Rose me pasa a buscar con el coche y me dice que sostenga el mapa abierto sobre las rodillas, y eso hago, pero a pesar de

todo nos perdemos varias veces y Rose muestra cierta tendencia a dar vueltas y más vueltas por diversos pueblos llamados Chalfont. Tras decir repetidas veces que espero que los demás también lleguen tarde y que, al fin y al cabo, tenemos tiempo de sobra, considero que más vale introducir variaciones del tipo ya no podemos estar muy lejos o ¿y si preguntamos? Rose accede a regañadientes a esto último y preguntamos a tres personas, dos de las cuales no son de la región, y la tercera lo lamenta pero no sabría decir si el sitio queda más allá o acabamos de dejarlo atrás. Ante eso, Rose suelta improperios por lo bajo y a mí me da la sensación de que mejor me quedo calladita.

Al poco vemos a tres *boy scouts* y Rose vuelve a detenerse para interrogarlos. Resultan muy serviciales y sacan un mapa entre muchas risitas, y, tras decidir que uno se parece bastante a Robin, me olvido de escuchar qué dicen. No obstante, Rose sale disparada otra vez, y cuando pienso con alivio que ahora estamos en el buen camino, suelta una violenta exclamación y afirma que hemos pasado ya tres veces ante ese mismísimo campanario. Me invade el espanto, sobre todo ante mi malísima capacidad de observación, pues no sabía que le hubiese puesto jamás la vista encima a ese campanario, y hago la alocada sugerencia de que giremos a la derecha. Rose, que debe de estar muy desesperada, sigue mi consejo y al cabo de unos tres minutos llegamos milagrosamente a nuestro destino y nos percatamos de que son ya las dos. Encontramos el comedor, donde los integrantes del grupo están en pleno almuerzo y no muy contentos de vernos, precisamente, reacción perfectamente natural, pues esa clase de irrupciones son fatales para la continuidad de la conversación, siempre tan exigente. Todos dicen que debemos de estar muertas de hambre y nos piden un plato a base de huevos; muy poco amiga de los huevos, me veo obligada a decir que no y mi vecino suelta un «Vaya, ¿por qué?», pregunta que me parece ridícula y una pérdida de tiempo. Nos zampamos el pollo frío y las fresas y luego pasamos al jardín, que tiene hectáreas y hectáreas, y todos dan muestras de entusiasmo excepto yo. Justo cuando elijo una silla cómoda junto a Anne —a quien, al fin y al cabo, he venido a ver—, una pareja de perfectos desconocidos surge de la nada y me los presentan como el general St. Nosequé y señora —no consigo pillarlo—, y el general pregunta al instante si no me apetecería dar una vuelta por el jardín. Carezco de la presencia de ánimo suficiente para contestar lisa y llanamente que no, no me apetecería, y me hace subir y bajar peldaños y recorrer senderos mientras de vez en cuando intercambiamos un «Mire qué altramuces» o un «Vaya despliegue de color», pero sobre todo me habla de lord Rothermere. Trato de que no se me note que nunca he sido capaz de distinguir entre lord R. y lord Beaverbrook. Es evidente que el general St. Nosequé tiene muy mala opinión de ambos, y yo profiero sonidos de asentimiento y en mi fuero interno tengo la absoluta certeza de que el grupo de Anne se está divirtiendo de lo lindo con mis progresos. Los oigo carcajearse en diferentes partes del jardín, que, me percató ahora, tiene más o menos el tamaño de Hampton Court.

Rose aparece de pronto rodeando un seto de tejo y le dirijo una mirada cuyo significado espero que comprenda, y poco a poco, entre más altramuces,

conseguimos regresar a las tumbonas. Anne sigue allí sentada y con aspecto de estar pasándolo en grande. El general St. Nosequé comenta al instante que a su mujer le encantaría charlar conmigo sobre libros, ella se materializa a su lado y declara que tiene que enseñarme el jardín. Pongo reparos, teniendo en cuenta que lo he visto ya, y ella me asegura alegremente que vale la pena verlo dos veces, o incluso más, y que ella jamás podrá cansarse de ese derroche de color.

Salimos, por consiguiente, en busca de ese derroche de color mientras la señora St. Nosequé me habla sobre poesía, que a ella le gusta y a mí no, de gatos siameses, que nos gustan a las dos, y de la industria del encaje.

El jardín adquiere ahora las dimensiones de un zoológico, como mínimo, y pierdo las esperanzas de poder volver a sentarme. Veo a Anne charlando con Rose en la distancia y ambas parecen estar desternillándose de risa.

Un reloj lejano da las cuatro —no me habría sorprendido si hubiese dado las ocho—, y procedo a hacer unas revelaciones muy serias sobre la falta de pilotos traseros en las bicicletas en la campiña antes de anunciar que estoy convencida de que debería marcharme ya. Intercambiamos civilizadas disculpas —completamente hipócritas por mi parte, y por la suya seguramente también— y recorreremos cerca de medio kilómetro hasta dar con Rose. La señora St. Nosequé desaparece (probablemente para dar otra vuelta por el jardín) y yo, que estoy indignadísima, declaro que nunca en mi vida he pasado un día como este. Todos los demás ríen con ganas y parecen tener la sensación de que la tarde ha sido todo un éxito, y Rose le da las gracias a Anne con tono casi histérico por habernos invitado. Ni me molesto en imitarla. El trayecto de vuelta a casa es mucho más corto que el de ida y no trato de mostrarme servicial ni simpática en sentido alguno.

23 de junio. Quedo encantada y un poco asombrada de que Robert me tome la palabra, pues aparece en el piso y se compromete a llevarnos a mí y a Vicky a la jornada de los deportes que celebran a medio trimestre en el colegio de Robin. Entretanto, Robert quiere cortarse el pelo. Cuando digo que hay un sitio bastante cerca en Southampton Row, parece perplejo y me informa de que ningún sitio está más cerca que Bond Street. Dicho lo cual, parte hacia Bond Street después de decirme que me encuentre con él a las doce en su club en St. James. Quedo secretamente impresionada por el desenfado con el que Robert retoma estos hábitos urbanos, pese a que sé con certeza que lleva años sin acercarse al club de St. James.

Reflexiono sobre la curiosa disimilitud entre los sexos de la que Robert y yo somos buen ejemplo: en su lugar, yo sentiría, sin duda, temor de que el portero no me reconociera y quizá de que cuestionara incluso mi derecho a estar allí. Pero sé muy bien que Robert ignorará al portero de principio a fin con el probable resultado de que el susodicho acabe arrastrándose ante él, si no literalmente, sí al menos metafóricamente hablando.

Tan interesante especulación abstracta vuelve a acudir a mis pensamientos con cierta violencia cuando me persono en el club y entro en el imponente vestíbulo presidido por un portero, de uniforme más imponente incluso, hasta quien me guía un botones de expresión compasiva que claramente advierte mi situación de inferioridad. Dos caballeros de cierta edad que hablan en un rincón no contribuyen a que me sienta mejor, pues ambos me miran con expresión profundamente suspicaz y es evidente que piensan que ando detrás de algo, ya sea de la estatua del club, que se alza imponente sobre mí, o, quién sabe, quizá de ellos mismos. Mandan al botones en busca de Robert —me siento como si me hubiesen arrebatado a mi único amigo— y me dedico a esperar, en un estado de suspensión total del movimiento, durante lo que se me antoja un largo fin de semana. La espera concluye por fin y me veo impelida a saludar a Robert con una cita extraordinaria y completamente fuera de lugar, «Corren el tiempo y las horas en el día más cruel», que me oigo declamar con tono introspectivo, como si hablara en sueños. Robert, muy sensato, hace caso omiso, se limita a mirarme con cara de perplejidad y acepta el sombrero y el abrigo que el botones le ofrece como si fueran, como mínimo, la túnica y el cetro para su coronación. Salimos del club y recupero mi cordura habitual.

Hace un día de sol radiante y las calles están abarrotadas de gente. Paseamos por Piccadilly y Robert dice que comamos en el Simpson's, en el Strand; asiento y añado que sería divino que fuéramos ricos. La conversación transcurre entonces por los cauces más o menos acostumbrados y hablamos sobre las facturas de los colegios, de la actitud para nada flexible de que da muestras el banco, de la probabilidad de que la nueva criada se nos marche en el término de unas semanas y de la improbabilidad de que este año tengamos fresas dignas de mención en el jardín. La intervención de Robert consiste sobre todo en improperios sobre el tráfico —no sabe dónde vamos a parar, pero la cosa no puede seguir así— y en la seca afirmación de que no tardaremos mucho en estar todos juntos en el hospicio. Dicho lo cual llegamos a Simpson's, en el Strand, y Robert dice que podríamos tomarnos una copa; eso hacemos, y nos sentimos mejor.

Me deja impresionada Simpson's, donde nunca había estado, y el almuerzo es muy agradable. Cuando estamos comiendo vislumbro a Pamela Pringle, que lleva un sombrerito blanco y negro idéntico a un anticuado pastillero, y no mucho mayor, un vestido negro sumamente resultón y lo que parece, y probablemente es, una colección de al menos nueve pulseras de brillantes. Huelga decir que la escolta un joven caballero que no casa en absoluto con su entorno, pues lleva gruesas patillas, tiene la tez de un verde pálido y luce un aspecto general que me recuerda al instante una canción popular reciente, una que hablaba de un canario con ojeras.

Pamela está muy absorta en la conversación, pero al cabo de poco me ve y sonrío —una sonrisa triste, sentimiento que, eso está claro, también domina en su intercambio—, luego ve a Robert, momento en el cual parece más animada, y finalmente se levanta, se nos acerca y deja a Canario Ojeroso arrojando bolitas de pan

por toda la mesa con talante taciturno y desconsolado.

Presento a Robert; Pamela abre los ojos con desmesura y dice que ha oído hablar muchísimo de él (¿a quién? Yo no he sido), y se dan un apretón de manos. Veo en la expresión de Robert qué opina exactamente de las uñas de Pamela, de un rojo bermellón. P. P. dice que debemos ir a visitarla, que vayamos a cenar esta noche, que Waddell estará en casa y después se dejarán caer un par de personas más. No, lo sentimos muchísimo, pero es imposible. En ese caso, Pamela ya llamará a esta adorable cosita —que evidentemente soy yo, pero no me gusta esa descripción— y entretanto no le queda otra que volver a su mesa. El joven con el que está comiendo es Higgs, el artista. Robert pone cara de perfecta perplejidad, yo esbozo una expresión de interés —nada sincera— y digo: «Vaya, no me digas», como si lo supiera todo sobre Higgs, y Pamela añade que el pobrecito es muy decadente y un manojo de nervios, y que ella pensó que este sitio le sentaría bien, pero la verdad es que, en el estado en que está, su única posibilidad es irse a París. Pamela le da la mano izquierda a Robert, me lanza un beso con la derecha y vuelve con el Canario, quien ahora ha hundido el rostro en los brazos cruzados. Robert suelta «Madre mía» y pregunta por qué esa mujer no se quita esa cosa de las uñas. Se trata de una pregunta retórica, claramente, y no intento contestarla, pero sí quiero saber si Pamela le ha parecido guapa. Por extraño que parezca, Robert profiere un sonido que se parece a «¡Psé!» y del que deduzco una negativa, y esa obvia injusticia con respecto a la cara y la figura de P. P. no me angustia tanto como debiera. Robert añade un comentario sobre el Canario Ojeroso que, de oírlo alguien, conduciría sin duda a un pleito por difamación, si no a la acusación de utilizar lenguaje obsceno en público. Lo mando callar y le pregunto por el bienestar del párroco y su mujer, para cambiar de tema.

Eso le recuerda a Robert que el mes que viene se celebrará en el pueblo un concierto con fines de lo más meritorios para nuestra comunidad y que le han pedido que yo preste mis servicios como intérprete, a lo que él se ha comprometido. Me asalta la convicción de que habría que hacer referencia a la Ley de la Propiedad de la Mujer Casada o algo así, pero no consigo dar con la expresión exacta, y como a Robert se le ve tan seguro, me falta valor y accedo con un hilo de voz a hacer lo que pueda. (Lo que, si debemos tomárnoslo al pie de la letra, supondrá poquísimo, pues hace mucho que dejé de tocar el piano en serio, nunca he sabido cantar y he olvidado por completo los pocos pasajes que me he visto obligada a recitar en ocasiones, y de manera bien poco profesional, en los estrados del pueblo).

Hacemos planes para la tarde. Robert quiere visitar la Real Academia de las Artes y añade que, visto que yo ya fui a ver a la tía Mary el otro día, no hace falta que él vaya a verla —lo cual me parece ilógico y totalmente injusto—, y que sacaremos entradas para esta noche si le digo qué obra de teatro me apetece ver. Tras pensarlo un poco, me decido por *Musical Chairs*, sobre todo porque James Agate la ha dejado bien en la prensa, y Robert dice que le parece bien porque los musicales le gustan, y tengo que explicarle que no creo que sea un musical, ni mucho menos, así que

volvemos al principio y acabamos decidiéndonos por una revista. Debatimos la cuestión de la Real Academia, pero yo no tengo ningunas ganas de ir, y justo cuando acabo de hacérselo saber a Robert con la mayor delicadeza, Pamela aparece de nuevo a nuestro lado, apoya una mano en el hombro de Robert —parece sorprendido y se estremece un poco— y anuncia que esta tarde tenemos que ir a la exposición de Higgs, en las galerías Cygnet en Fitzroy Square, que si no aparece nadie al pobre cielito se le romperá el corazón y que, por lo que Pamela sabe, ella es la única que ha oído hablar de la exposición, así que tenemos que ir para allá y ayudarla, simplemente. Se encontrará con nosotros allí, a las cinco.

Antes de que nos hayamos recobrado en cualquier sentido, nos hemos comprometido más o menos a estar en las galerías Cygnet a las cinco, Pamela nos ha dicho que nos adora a los dos —aunque solo miraba a Robert mientras lo decía— y ha vuelto a alejarse. Al cabo de poco la vemos pagar su cuenta y la del Canario, quien ahora bebe *brandy* añejo en ingentes cantidades.

Robert vuelve a soltar improperios, salimos de Simpson's y cada cual emprende su camino, pero con el acuerdo tácito de acatar la petición de Pamela. Ocupo el intervalo con la prosaica adquisición de jabón, que veo en verdaderas montañas, y a buen precio, llenando un escaparate entero, de caramelos para llevárselos a Robin el sábado y de un cuarto de libra de té para que Robert pueda tomar su taza habitual de la mañana antes de salir, a regañadientes, a desayunar en Lyons.

Me veo obligada a volver a Doughty Street a buscar una jarrita para que me la llenen en una lechería en Gray's Inn Road, hago el equipaje, ya que estoy, para ahorrar tiempo por la mañana, y finalmente me dirijo a Fitzroy Square, donde acabo por descubrir las galerías Cygnet, tras buscarlas un rato, en un callejón adyacente que no está en Fitzroy Square ni mucho menos.

Robert y el Canario ya están allí juntos en lo que me parece una espantosa yuxtaposición, y de las paredes cuelga una colección de pinturas rarísimas. Robert y yo damos vueltas y vueltas, el Canario, que ni se mueve, nos observa con resentimiento, y Pamela Pringle no hace acto de presencia.

No se me ocurre nada que decir, pero consigo murmurar de vez en cuando que todo está resultando muy interesante, o algo así, y por fin me detengo ante un grupo en lo que parece ser una boda, impresión esta más clara que la que he conseguido tener con los demás cuadros. Me estoy preguntando si debería suponer que estoy en lo cierto cuando el Canario se une a nosotros y yo me quedo calladita por si acaso. Robert, no obstante, pregunta si el cuadro representa la Sociedad de Naciones, a lo que el Canario, con voz muy apagada, contesta que no tiene la menor idea de lo que es la Sociedad de Naciones, y experimento el fuerte impulso de replicar que nosotros no tenemos ni idea de pintura y que cuanto antes nos vayamos de allí, para no volver jamás, mejor para todos.

Me es imposible decir eso, sin embargo, y me siento obligada a esperar a Pamela, de manera que vuelvo a recorrer toda la sala tan despacio como puedo, aunque evito

el grupo de la boda, que ninguno de nosotros vuelve a mencionar. Al cabo de un rato, suena un teléfono invisible y el Canario, que se retuerce de forma curiosa al andar, se aleja para contestar, y Robert dice: «Por el amor de Dios, salgamos de aquí». Le pregunto si se refiere a que lo hagamos en ese preciso instante y contesta que sí, que antes de que vuelva ese mochuelo perverso, y cogemos nuestras distintas posesiones y salimos corriendo. Por desgracia, resulta que el Canario está en el rellano, a media escalera, apoyado contra la pared y con el auricular del teléfono pegado a la oreja. Nos dirige una mirada de odio perpetuo cuando pasamos de largo y lo último que nos llega de él es su voz, que repite con desesperación en el aparato que Pamela no puede hacerle una cosa así, que no puede fallarle de esa manera. (Personalmente, estoy convencida de que ella puede hacerlo y sin duda lo hará).

Robert y yo nos miramos, y él dice con una voz muy rara que después de eso necesitamos una copa y, por tanto, partimos en su busca.

25 de junio. Llegada de Vicky en el autobús verde de Mickleham, cargada con una sombrerera circular de tamaño y peso asombrosos y con el asa defectuosa. Como se me cae cada vez que la cojo, nos vemos obligadas a coger un taxi. Vicky es presa de una gran excitación y hay que calmarla con leche y dos bollos antes de dirigirnos a la estación para encontrarnos con Robert y subir a bordo del tren.

La llegada, el almuerzo en el hotel y el trayecto andando hasta el colegio siguen el curso habitual, y a su debido tiempo aparece Robin, a quien Vicky recibe con fantásticas muestras de afecto y entusiasmo a las que él responde generosamente. (Reflexiono, como tantas veces, sobre que la moda a ese respecto ha variado sobremanera. Hoy en día, los hermanos están unidísimos prácticamente en todas partes, y dispuestos a admitir que lo están. *O tempora, o mores!*). Nos conducen a los campos de deportes, donde se han dispuesto vallas y otros accesorios y donde nos esperan hilera tras hilera de sillas.

Los padres, a quienes en su mayoría ya había visto antes y no tengo un interés particular en volver a ver, están por todas partes, y una vez más me deja de una pieza el apego de las inglesas al nada atractivo traje de chaqueta con falda y sombrero de fieltro, incluso cuando un día radiante de verano pide algo más fresco como el *ensemble* de vestido de seda y pámela, que sienta infinitamente mejor.

Hordas de niñitos, todos angelicales con los pantalones cortos y las camisetas sin mangas; me permito la reflexión de que, aunque Robin tiene el pelo totalmente liso, al menos no lleva gafas.

El director cruza unas palabras conmigo, sobre todo acerca del clima y del nuevo pabellón que, como de costumbre, tiene previsto levantar en breve. Me acerco al maestro del curso de Robin y le pido que me cuente qué tal va mi niño, y el maestro parece perplejo ante mi audacia y contesta muy a la ligera que Robin nunca será un as del críquet, pero que el fútbol empieza a dársele bien y tiene madera de nadador. Acto

seguido me da la espalda, pero insisto, y hasta me atrevo a decirle que me gustaría saber cómo le van los estudios a Robin.

El maestro parece totalmente abrumado por esa petición tan descabellada, y sigue un silencio casi palpable durante el cual es evidente que considera poner pies en polvorosa. Me empeño en retenerlo mediante el poder de la mirada humana, tema sobre el que he leído mucho sin darle, no obstante, demasiado crédito. Con todo, en esta ocasión sí que funciona y el maestro pronuncia de mala gana alrededor de cinco palabras para hacerme saber que no hace falta preocuparse por el examen de acceso de Robin a la enseñanza secundaria, dentro de dos años. Tras haberse comprometido hasta ese punto, el maestro finge ver a un niño en peligro inminente sobre una valla y cruza la hierba a velocidad máxima para salvarlo, y, durante el resto de la jornada, siempre que se encuentra a pocos metros de mí, se aleja a toda prisa en dirección contraria.

Tienen lugar las competiciones deportivas, que cosechan enorme éxito. Robin me dice en susurros que no está seguro del todo pero que le parece que a lo mejor tiene posibilidades en salto de altura. Mi respuesta, nada sincera, es que para mí no tendría la más mínima importancia que no ganara y que no debe sentirse decepcionado si ocurre, pero después paso por un verdadero tormento cuando llega el momento de la prueba y él y otro chico saltan más alto que todos los demás y se declara por fin que ha habido un empate. (Robert tiene que regañar a Vicky por decir que es injusto y que Robin ha saltado muchísimo mejor, pues no es solo una actitud poco deportiva sino que no hay hechos que la respalden). Por la tarde, Robin queda en un muy digno segundo lugar en carrera de vallas e invitan a Vicky a participar en una carrera de tres pies, que acomete con un entusiasmo sin límites pero sin ninguna habilidad.

Luego se sirven té y helados —los niños desaparecen para cambiarse de ropa, por lo visto— y yo cruzo comentarios con una serie de padres, básicamente sobre el tiempo magnífico que hace, lo bien organizados que están los deportes y lo saludable que es el aspecto de los chicos.

Se entregan los trofeos —se me saltan las lágrimas, de las que me siento avergonzadísima, cuando Robin sube al podio a recibir dos copitas de plata—, una serie de personas aplaude y vitorea a otra serie de personas, y partimos hacia el hotel con Robin. Velada enteramente satisfactoria que llega a su fin a las nueve, con la cama para Vicky y el retorno de Robin al colegio.

27 de junio. Regreso a Londres, partida de Vicky en el autobús verde y al cuidado del cobrador, y de Robert desde Paddington. Le he asegurado que estaré de vuelta en casa dentro de pocos días y él me ha recordado lo del concierto, y después nos hemos despedido. Por la tarde me llama Pamela para preguntarme si puedo traerme a Robert a tomar el té, y me complace sobremanera informarla de que ha vuelto a Devonshire. Acto seguido me llevo un buen chasco cuando Pamela me dice que dentro de poco

cruzará Devonshire en coche y que le encantaría pasar a visitarnos. La acompañará un hombre interesantísimo, que además rema, y ella cree que nos gustaría conocerlo. Las convenciones sociales me exigen responder que sí, por supuesto, y que confío en que traiga a su amigo remero a almorzar o a tomar el té siempre que se encuentre en los alrededores.

En ese punto, me permito preguntarle a P. P. por qué no hizo acto de presencia en las galerías Cygnet en aquella reciente y dolorosa ocasión; con tono de tremenda angustia, contesta que sencillamente no puedo imaginar lo complicada que es la vida, que los hombres no la dejan a una encontrar la paz, y que cuán difícil resulta que un amigo deteste a otro amigo y que amenace con pegarle un tiro si ella vuelve a salir con él.

Me veo obligada a admitir que semejante actitud tiene que conducir en efecto a situaciones pero que muy enrevesadas; Pamela dice que soy muy dulce y comprensiva, como siempre, y añade que le transmita a ese cielo de Robert todo su cariño, y cuelga.

29 de junio. Me invade el frenético deseo de aprovechar al máximo los pocos días que me quedan en Londres y, temeraria, adquiero dos pares de medias de seda por la única razón de que me llaman la atención cuando voy de camino a comprar una bolsita esponjera y pasta de dientes para Vicky.

(Duda: ¿Existirá en algún lugar del mundo civilizado una esponjera verdaderamente impermeable y que no rezume humedad en grandes manchones de la esponja que contiene y que, cuando se introdujo, parecía completamente seca? Duda subsiguiente pero aun así importante: ¿Es posible conciliar la actitud hostil de la que hacen siempre gala todos los niños hacia el proceso de lavarse los dientes con la espectacular velocidad con la que consumen tubo tras tubo de pasta de dientes?).

Más tarde, me dirijo a una pequeña agencia de colocación recién abierta que me ha recomendado Felicity, donde me entrevisto con una dama con una blusa de satén blanco que me informa de que es prácticamente imposible encontrar criadas que quieran trabajar en el campo —algo que ya sé muy bien—, pero dice que hará cuanto pueda por mí y que no debo darle importancia si se trata de una muchacha sin experiencia. Accedo a no darle importancia a eso siempre y cuando la muchacha sin experiencia esté dispuesta a aprender y no me salga muy cara, y Blusa de Satén Blanco contesta «Pues claro que sí» a la primera parte y «Pues claro que no» a la segunda, y entonces resulta que anda pensando en veinticinco chelines a la semana, ante los cuales protesto, y nos vemos obligadas a empezar otra vez desde el principio con un planteamiento completamente distinto. Por fin me deja retirarme con la pesimista esperanza de que tendré noticias tuyas en el transcurso de unos días, y me pide una cantidad a cuenta, que le pago.

Vuelvo a Doughty Street, donde recibo una llamada de un periódico importante y

me preguntan si querría escribir un artículo sobre «La liberación moderna en el matrimonio». Mi primer impulso es contestar que debe de tratarse de un error y que me creen más famosa de lo que soy, pero me contengo y pregunto qué extensión debe tener el artículo —en realidad me refiero a la extensión mínima con la que se conformarán— y cuánto están dispuestos a pagarme. Los del periódico, representados por una voz enérgica y algo desagradable, sugieren mil quinientas palabras y unos emolumentos sorprendentemente espléndidos. Pues muy bien, lo haré, ¿y para cuándo lo quieren? La voz contesta que les iría bien tenerlo a principios de la próxima semana, y acto seguido nos despedimos. Soy presa del entusiasmo, decido celebrar una cena, pagar varias facturas, adquirir regalos para los niños y llevármelos al extranjero en las vacaciones de verano, enviarle un cheque a Robert para apaciguar a los del banco y comprarme un sombrero. Sin embargo, caigo en la cuenta de que ni he escrito el artículo todavía ni mucho menos lo he cobrado, y decido que cuanto antes ponga en orden mis ideas sobre «La liberación moderna en el matrimonio», mejor.

Justo cuando me dispongo a hacerlo, tiene lugar una interrupción personificada en el ama de llaves del piso de arriba, a quien le parece que me gustaría echar un vistazo al dietario de la lavandería. Le echo un vistazo, me percato algo alarmada del buen ritmo que ha llevado la colada durante las últimas semanas sin que yo lo advirtiera, y aporto la suma necesaria. Casi de inmediato, se persona un hombre en la puerta y me dice que la suciedad y la falta de higiene de mi teléfono constituirán, sin duda, motivo frecuente de preocupación. Prefiero no decir que nunca lo había pensado, así que lo dejo pasar y, al ver mi teléfono, sacude la cabeza y dice: «Mire eso», y se embarca en un largo y alarmante monólogo sobre microbios. Para cuando concluye, he comprendido que tengo suerte de seguir viva entre tantísimos e insidiosos peligros, y accedo a que me desinfecten oficialmente el teléfono a intervalos establecidos. Hay que rellenar un formulario, cómo no, el hombre pronuncia entonces un discurso de despedida que viene a resumirse en que está muy contento con mi decisión, pues muchísimas damas no comprenden todo eso, y si supieran a qué se exponen serían las primeras en echarse a temblar; casi parece que esté hablando de la trata de blancas, pero creo que todavía se refiere a los microbios. Muy bien, buenos días, concluyo, y él me contesta con tono de regañina, y con razón: «Buenas tardes», corrección que me siento obligada a aceptar repitiéndola a mi vez, y el hombre se esfuma escaleras abajo.

Vuelvo a «La liberación moderna en el matrimonio», me preparo para acometer la tarea sacándole punta a un lápiz, y rompo la mina tres veces. Un golpe sumamente violento en la puerta del piso hace que se me caiga todo (cuarta y definitiva rotura), y dejo pasar a un limpiaventanas de aspecto muy robusto armado con un par de escaleras de mano, fregona, cubo y otros artefactos, artículos que mete en la habitación con gran indolencia. Le pregunto si puede empezar por el dormitorio y contesta que a él le da lo mismo, y lo pierdo de vista un rato mientras está en la

habitación de al lado, aunque lo oigo cantar *I don't know why I love you like I do*. (Está claro que desconoce el resto de la letra de tan romántica canción, pues repite esa frase una y otra vez, pero debo hacerle justicia y añadir que canta bastante bien).

Acometo con firmeza «La liberación moderna en el matrimonio». Dibujo un molino de viento en el papel secante. Me digo que es importante dar con una primera frase impactante. Todo lo demás no importa. Tengo una frase verdaderamente impactante en la punta de la lengua, aunque de momento se me escapa. (Duda: ¿Algo sobre las reglas morales distintas para unos y otros? ¿O es poco original? Pierdo el hilo un momento, absorta en sombrear el precioso *brioche* que he dibujado de memoria...).

Un estrépito tremendo procedente del dormitorio y el cese brusco de *I don't know why I love you like I do* me recuerdan de repente la presencia del limpiaventanas, y cuando abro la puerta que nos separa me percató de que ha atravesado limpiamente el cristal de la ventana con un fornido brazo que sangra profusamente, aunque, dando muestras de mucho tacto, evita por completo la alfombra o los muebles.

Lo miro con cierta consternación y le pregunto, sin mucho tino, si se ha hecho daño. Contesta que no, que las cuerdas de la ventana estaban peladísimas, a veces pasa con estas guillotinas tan anticuadas. Acto seguido tiene lugar un dúo singular, en el que yo le insisto en que pase a la cocina a lavarse el brazo y él ignora por completo mi sugerencia y sigue repitiendo que las cuerdas estaban peladísimas. Tras un buen rato de tira y afloja, me rindo temporalmente, miro las cuerdas y coincido en que están peladísimas, y finalmente hipnotizo al limpiaventanas —que sigue hablando de las cuerdas— para que me siga hasta el fregadero, donde pone el brazo bajo el agua fría y me informa de que la póliza de seguro de su compañía es muy limitada en lo que concierne al inquilino de la casa, y en mi caso el problema se ha debido a que las cuerdas estaban prácticamente rotas de tan peladas.

Pregunto si le duele el brazo —me mira totalmente perplejo—, inspecciono el tajo, saco el yodo y se lo aplico, y finalmente vuelvo a «La liberación moderna en el matrimonio» muy impresionada mientras el limpiaventanas retoma su tarea, pero esta vez sin cantar.

Inspiración literaria cada vez más evasiva, lo único que se me ocurre sobre la liberación moderna es que en provincias no existe. Ideas sobre el matrimonio no me faltan, pero ni un solo periódico sobre la faz de la tierra las publicaría, y yo misma debería ser muy reacia a dejar constancia de ellas de la forma que sea.

Suena el teléfono y decido al instante que: (a) Robert ha muerto de repente; (b) mi agente literario ha formalizado la venta de los derechos cinematográficos de mi reciente publicación por una suma de cinco cifras, en libras, no dólares; (c) Robin ha sufrido un accidente grave en la escuela, o (d) Pamela Pringle quiere que le cubra una vez más las espaldas mientras se embarca en algún amorío ilícito.

(Nota: La velocidad de la imaginación humana —la femenina— supera fácilmente a la de la cola de un cometa cruzando el firmamento. ¿No podría dársele

cuerpo a esta idea en un poema breve? En estos momentos, estoy convencida de que dicho género resultaría mucho más sencillo que el artículo previsto sobre la liberación moderna, etc.).

¿Sí?, contesto al descolgar —mi fantasía entera ha tenido lugar antes de que el teléfono sonara dos veces—, y una voz de contralto desconocida dice que igual no me acuerdo de ella —tiene razón— pero que es Helen de Liman de la Pelouse y nos conocimos en un almuerzo en casa de Pamela Pringle en octubre pasado. Naturalmente, tengo que contestar que sí, por supuesto, como si de pronto me viniera a la memoria, y me viene, más o menos, pero solo consigo acordarme de una serie de mujeres mucho mejor vestidas y más socialmente competentes que yo, y estoy totalmente segura de que a H. de L. de la P. nunca me la presentaron por su nombre. (Probablemente habría llevado demasiado tiempo, con estas prisas de la vida moderna).

Se disculpa por llamarme tan a última hora y me invita a cenar esta noche en su casa y a conocer a un par de personas, todas interesadas en los libros, y a un primo suyo, un crítico literario de renombre a quien quizá me gustaría frecuentar. Perturbadora insinuación en este punto de que los críticos literarios permiten que otras consideraciones que las estéticas y académicas influyan en su juicio, pero no consigo desentrañarla en ese momento y me limito a aceptar encantada y a preguntar a qué hora y dónde. Me facilita una dirección en una plaza grande y cara y añade que a las nueve menos cuarto si no me parece demasiado tarde. (Duda: ¿Qué pasaría si dijera que sí me parece demasiado tarde? ¿Tendría que reorganizarse el plan?).

El limpiaventanas, cuya existencia había olvidado por completo, me saca de tan ociosa especulación cuando se marcha con mucho ruido pero despidiéndose sin rencor y haciéndome la advertencia, claramente bienintencionada, de que las cuerdas están peladísimas y habrá que echarles un vistazo. Tomo nota en el papel secante y vuelvo a enfrentarme a una hoja de papel en blanco que está esperando a que plasme en ella una obra maestra de la prosa sobre la liberación moderna en el matrimonio. Decido que no es el momento para ocuparse del asunto y me concentro en cambio en cuestiones urgentes y personales relativas a la celebración de esta noche. Aunque no tengo prácticamente alternativa en lo que a vestido se refiere —el de brocado plateado que compré hace poco—, por suerte me lavaron y marcaron el cabello no hace ni tres días y aún lo llevo de maravilla. La capa de noche queda bien cuando la llevo puesta, y como se quedará en el vestíbulo o en el dormitorio de la anfitriona, el estado del forro no tiene por qué ser asunto de nadie más que de mí misma y del criado de turno, quien se verá obligado a guardar para sí sus opiniones sobre el tema. Habrá que reclamar los zapatos a la tintorería de inmediato, pero eso no supondrá un problema. Más acuciante es la cuestión de cómo voy a pagar el taxi, del que, con lo alejada que está la enorme y carísima plaza de las rutas de autobús o metro, no puedo prescindir en absoluto. Me resisto a hacer efectivo un cheque por la razón, muy sensata, de que el saldo se encuentra en su mínima expresión y los recientes episodios

entre el banco y yo no me dan motivo para suponer que verán con buenos ojos un descubierto, por pequeño que sea. Sé muy bien, además, que la expedición de compras y el dietario de la lavandería me han dejado con la suma exacta de cinco peniques.

Recurro, y no por primera vez, a la estratagema quizá un poco infantil pero ni mucho menos infructuosa de desenterrar pequeños tesoros en forma de monedas que yo misma, en momentos de mayor abundancia, he ido distribuyendo por todos los bolsos que poseo.

Y así, salen a la luz dos monedas de seis peniques, unas cuantas de medio penique, un florín y media corona, que me darán de sobra para la velada e incluso para el desayuno en Lyons a la mañana siguiente.

El hallazgo desata en mí una euforia injustificada y hasta llego a decirme que aprovecharé las conversaciones de esta noche para hacer acopio de ideas sobre la liberación moderna y que no hace falta que me ande preocupando ahora por eso.

Llega Rose de manera inesperada, seguida casi de inmediato por Felicity Fairmead, pero no se caen muy bien y el ambiente carece totalmente de *entrain*. Conversamos, de forma un poco irregular, sobre los niños, sobre la obra *The Miracle* —que las tres recordamos perfectamente bien de los viejos tiempos en el Olympia, pero todas declaramos por separado que éramos unas crías en aquella época, demasiado jóvenes para apreciarla— y sobre la situación de América, mucho peor que la nuestra, coincidimos. Que sea así llena de tristeza a Rose (porque conoce bien Nueva York y le encantó estar allí), y a mí también (porque he conocido hace poco a un distinguido editor americano y me ha caído muy bien), pero a Felicity la alegra mucho (porque la Ley Seca le parece absurda). Nuestro intercambio ilustra de un modo muy curioso la naturaleza de la mentalidad femenina sin dejarla, quizá, muy bien parada. Me he preguntado qué razones tengo para dárme las de feminista, y lamento decir que no doy con la respuesta adecuada. Tomo nota de plantearme toda esta cuestión sin apasionamiento cuando el tiempo lo permita, si lo hace alguna vez.

Tanto Rose como Felicity rechazan mi ofrecimiento de un té con galletas —menos mal, pues estoy casi segura de que no hay leche— y dan muestras de una fuerte tendencia a mirarse deseando la partida inminente de la otra. Rose se rinde primero y se marcha y, en cuanto lo ha hecho, Felicity me pregunta qué demonios veo en esa mujer, pero no insiste en obtener respuesta. Hablamos sobre ropa, de amigos mutuos y de la imposibilidad absoluta de tener todas las deudas saldadas. Felicity, que es y siempre ha sido una persona muy ingenua y generosa y absolutamente infantil, me mira con sus enormes ojos castaños y declara solemnemente que en este mundo no hay nada, nada de nada, que importe más que el dinero, dicho lo cual se marcha. Vacío los ceniceros —Felicity no fuma y Rose y yo solo nos hemos fumado un pitillo cada una, pero la cantidad de ceniza resulta desproporcionada— y llevo a cabo la operación habitual, muy previsoramente, de abrir la cama, correr las cortinas y llenar la tetera para la botella de agua caliente, antes de enfrentarme al calentador de

agua de la ducha, que aún me tiene mortalmente aterrada, y arreglarme para la fiesta. Durante dicha operación me encuentro varias veces con la hoja de papel en la que habrán de constar mis opiniones sobre la liberación moderna en el matrimonio, pero no hago nada al respecto, excepto decidir en qué me gastaré el dinero.

Me he hecho la firme resolución de no llegar demasiado temprano, y no llamo un taxi por teléfono hasta las ocho y media, momento en el cual me encuentro con que el número comunica y con que la operadora —si tiene algún problema marque el 0— hace oídos sordos a mis súplicas. Así las cosas, salgo corriendo a la calle —con graves consecuencias para mi peinado—, me percató de que me he dejado las llaves y tengo que volver, me abalanzo una vez más sobre el teléfono, esta vez con éxito, me retoco el peinado, compruebo con espanto que tres minutos al aire libre han bastado para eliminar de mi persona cualquier rastro de polvos, le pongo remedio a la situación y me marchó por fin.

Pese a todo eso, soy la primera en llegar, como siempre. Me recibe un refinadísimo producto de la civilización moderna con un vestido de satén blanco con la espalda al aire y la parte delantera no mucho más protegida, y advierto que es guapísima y que luce magníficos brillantes y perlas. Es Helen de Liman de la Pelouse, evidentemente. Dicha conjetura se ve confirmada cuando me cuenta, con un dejo cansino en la voz de lo más resultón, que estábamos sentadas una frente a la otra en el almuerzo de Pamela Pringle, y procede a presentarme a su marido. Parece judío —¿de dónde sale ese Liman de la Pelouse?— y me mira con expresión bastante exánime y agotada, y acto seguido me tiende una copita de jerez, sin duda con la esperanza de tenerme calladita. H. de L. de la P. habla sobre el clima —mayo muy húmedo, junio muy caluroso, climatología inglesa muy inestable— y al cabo de poco se le une el marido, quien dice las mismas cosas con palabras ligeramente distintas. Acto seguido nos miramos los tres con desesperación, hasta que una repentina inspiración me lleva a comentar que acabo de hacer una interesante visita al estudio de un interesante joven cuya obra me parece interesante y que se llama Higgs. (Costaría determinar, si me pusiera a ello, si la construcción de la frase anterior o lo que de ella se deduce son el mayor ejemplo de algo completamente ajeno a mis mejores principios). El experimento cosecha un éxito inmediato, mis anfitriones cobran vida, y H. de L. de la P. comenta que Higgs es el más mordaz del sector más joven de los artistas satíricos de hoy en día, ¿no me lo parece?, y que ese último montaje suyo sin duda tenía *patine*. Asiento, muy temeraria, pero la llegada de otros invitados me salva de cometer ulterior perjurio. No conozco a ninguno de los invitados y me siento aterrada, pero una criatura preciosa e inofensiva, vestida de negro, viene a plantarse a mi lado y hablamos de *1066 and All That*, y comento que de haber sabido que los autores de esa parodia histórica eran maestros, habría mandado a mi hijo a su colegio costara lo que costase. De manera que tengo niños, responde ella sin sorprenderse, como era mi débil esperanza, de que sean lo bastante mayores para ir al colegio, y digo que sí, dos, y acto seguido cambio de tema con

cierta brusquedad ante el temor de verme atrapada en una conversación puramente doméstica.

En la cena me encuentro sentada entre un hombre entradito en años y con muchísimo pelo y otro mucho más joven que parece simpático y me sonrío. Hago intentos frenéticos e infructuosos de leer sus nombres en las tarjetitas que tienen delante y experimento el violento deseo de llegar a tener alguna vez la suficiente presencia de ánimo para escuchar los nombres de la gente cuando me la presentan, algo que no hago nunca.

Pruebo a mencionarle a Hipps a Entradito en Años. No reacciona. Paso a decirle que tengo entendido que conoce a una amiga mía, la señora Pringle. Pues no, le parece que no. Se hace el silencio y me da la sensación de que le toca a él decir algo, pero como no dice nada y como mi otro vecino está metido de lleno en una conversación con la preciosidad de negro, me lanzo a hablar de la Depresión y el hundimiento de los precios en Estados Unidos y aprovecho todas las cosas inteligentes que han dicho Rose y Felicity esta tarde. Entradito en Años continúa aletargado, sin más comentario que uno más bien cáustico sobre el señor Hoover. No me siento capacitada para defender al señor Hoover, como sin duda haría en otro caso, porque a estas alturas ardo en deseos de contradecir cualquier cosa que pueda llegar a decir mi vecino Entradito en Años. No obstante, me da pocas oportunidades para contradecirlo, pues apenas pronuncia palabra y se halla totalmente absorto en su perfectamente admirable langosta Termidor. Haciendo un último esfuerzo, le cuento mi incidente con el limpiaventanas, que adorno de forma considerable para volverlo divertido, aunque sin mucho éxito. Por fin consigo que sus labios dejen de estar sellados y se lance a hablar largo y tendido, y con gran elocuencia, sobre la obligatoriedad de asegurar a los empleados, que a él le parece intolerable. Ahora me toca a mí consumir la langosta en silencio, y aunque estoy en desacuerdo con él hasta la médula, intuyo que sería una pérdida de tiempo hacérselo saber, de modo que me limito a soltarle una frase que resulta valiosísima: «Ya entiendo a qué se refiere».

Al cabo de poco abandonamos con enorme alivio nuestra tarea de entretenimiento mutuo y mi vecino del otro lado me habla de libros, asegura que ha leído el mío y lo prueba con una cita, y decido que debe de tratarse del distinguido crítico del que me ha hablado H. de L. de la P. Le cuento la historia del limpiaventanas introduciendo ciertas variaciones, y se muestra muy alentador, ríe con ganas y hace que me sienta una ingeniosa y próspera *raconteuse*, algo que en mis momentos más lúcidos sé muy bien que no soy.

(Duda: ¿Tendrá esto algo que ver con el champán? La respuesta, casi seguro, es que sí, todo).

Mi vecino divertido y yo seguimos dirigiéndonos exclusivamente el uno al otro —me pregunto fugazmente qué pensará de mí la joven criatura de negro— y cuando las mujeres nos vemos obligadas a subir al salón como de costumbre lo lamento mucho. Tengo la sensación de que H. de L. de la P., quien me mira con cierto

nerviosismo, está pensando que soy una conspicua equivocación entre toda esa gente que se conoce tan bien. Trato de convencerme de que es solo mi imaginación y de que todo será más sencillo cuando tomemos el café, que no solo me dará algo en lo que ocuparme, lo que siempre va bien, sino que además me despejará la cabeza, que me da bastantes vueltas.

H. de L. de la P. menciona a Pamela; es evidente que todas las presentes en la habitación son buenas amigas de Pamela, y tiene lugar un despertar generalizado de la concurrencia. ¿A que es adorable?, comenta una mujer que viste de blanco y negro, muy elegante, y alguien añade que ese nuevo cabello rubio platino le queda divino, ¿verdad?, y todas las demás contestamos que sí a ambas cosas con tono bastante histérico. En ese punto, H. de L. de la P. me señala y, habiendo encontrado claramente por fin una *raison d'être* para mí, proclama que conozco a Pamela desde hace muchísimos años, muchos más que cualquiera de ellas. Me convierto al instante en el centro de atención y todas me acribillan a preguntas.

¿Sé acaso qué fue de su segundo marido? Templer-Nosequé, se llamaba. Nunca se dio explicación alguna de su desaparición, y fue inmediatamente reemplazado por otro. ¿Tengo alguna idea de qué edad tiene Pamela en realidad? Está estupenda, por supuesto, pero es un hecho irrefutable que su hijo mayor no puede tener menos de quince años, y es fruto de su segundo matrimonio, no del primero.

¿Sé algo sobre ese polaco que antes la seguía por todas partes y al que se supone que su mujer le pegó un tiro en París por culpa de P. P.?

¿Es cierto que Pringle —pobre tipo— ya no puede aguantar más y ha amenazado con llevarse a Pamela a vivir a Alaska?

¿Y está saliendo ella todavía con el segundo marido de esa pobrecita de la que es tan amiga?

Doy todas las respuestas que se me ocurren y no me inquieta lo más mínimo el efecto que puedan tener, pues sé perfectamente que, diga lo que diga, las queridas amigas de Pamela tienen intención de creer, y repetir, tan solo lo que les parezca más sensacional.

Dicho convencimiento se intensifica cuando ellas, a su vez, me abruman con la información de que disponen.

Una criatura extraordinariamente flaca y con las cejas afeitadas me pregunta si soy consciente de que Pamela va a meterse en verdaderas dificultades un día de estos si no se anda con más cautela. Y ese, añade Cejas —con dramatismo, aunque se equivoca—, es sin duda el problema de Pamela. No es cautelosa. ¡Mirad si no cómo se comportó con aquel millonario sudamericano en Le Touquet!

Mirad si no, añade otra, la aventura que tuvo con el príncipe. Temeraria, no hay otra palabra para describirla.

Finalmente, H. de L. de la P., que ha estado pintándose tranquilamente los labios durante toda la conversación, nos ruega a todas que nos fijemos en la clase de hombre que se enamora de Pamela. Sabe que Pamela es atractiva, por supuesto, que tiene

mucho magnetismo sexual y todo lo que tú quieras, pero eso no puede durar para siempre, al fin y al cabo, y ¿qué le quedará entonces? Pues nada de nada. Los hombres de Pamela no son de los de devoción eterna. Experimentan una pasión momentánea, nada más, y luego pierden interés y se fijan en alguien más joven y novedoso. Todas las veces. Siempre.

Las presentes se muestran de acuerdo, todas menos yo, y varias parecen muy aliviadas. La conversación llega a su fin cuando oímos a los hombres en las escaleras y H. de L. de la P. nos asegura a todas que Pamela es una de sus amigas más queridas y que la adora, sencillamente, declaración que las demás confirman con alegatos de similar devoción. Después de eso me sumo un rato en un estado de aturdimiento, pensando en la amistad, y contesto de manera automática, y sin duda nada ingeniosa, a un hombre flaco que, de pie a mi lado (ojalá se sentara, me está dando tortícolis), me habla de un dibujo en *Punch* que le mereció muy buena opinión, pero no recuerda si era de Raven Hill o de Bernard Partridge, y tampoco qué representaba, solo que tenía algo que ver con Ginebra.

La velada no ofrece más emociones, y mucho antes de que una persona cubierta de esmeraldas y platino haga ademán de irse, ya me caigo de sueño. El hombre simpático que se sentaba a mi lado en la cena expresa con tono amistoso la esperanza de que volvamos a vernos y yo me uno a su deseo pero soy consciente de que, ateniendo a la probabilidad de que suceda, carece de fundamento. Cuando me despido, H. de L. de la P. me comenta que se alegra mucho de que haya tenido la oportunidad de conocer a su primo, el crítico famoso. No me atrevo a decirle que no he conseguido distinguir a tan distinguido *littérateur*, y salgo de la casa sin saber todavía si se trataba de uno de mis vecinos de cena. Nunca lo sabré, probablemente.

1 de julio. Me dispongo a abandonar Londres una vez más, y me asalta el recuerdo de una canción que fue popular en su día y cuya letra decía: «¿Cómo voy a hacer que se queden en la granja, ahora que han visto París?» o algo en esa tónica. No encuentro respuesta.

Jornada llena de actividades variopintas, que incluyen hacer el equipaje, tarea que detesto más que cualquier cosa en el mundo y se me da fatal, escribir una nota muy cortés a H. de L. de la P. para decirle que lo pasé muy bien en su cena, y visitar a Rose para despedirme de ella. Rose ha salido, cómo no —vaya callejera está hecha mi querida Rose—, así que le dejo un mensaje un poco resentido al ama de llaves y vuelvo a la tarea nada grata de doblar prendas y envolverlas en papeles de seda que siempre resultan demasiado grandes o demasiado pequeños.

La maleta se niega a cerrarse; forcejeo un rato con ella, me acaloro muchísimo, consigo por fin cerrarla y, acto seguido, me encuentro con una bata pulcramente doblada que me he dejado fuera.

Suena el teléfono y resulta que es Emma Hay, excitadísima por una sátira que

acaba de escribir y que dará que hablar a todo Londres. Por si me apetece ir ahora mismo, prosigue, la está leyendo ante un puñado de gente importante de verdad, y después los invitará a debatirla y criticarla libremente.

Presento las disculpas de rigor y explico que me vuelvo al campo dentro de unas horas.

¿Cómo, chilla Emma, que me marchó de Londres? ¿Estoy chiflada o qué? Pregunto si pretendo pasarme el resto de mi vida trajinando en la cocina, ocupándome de que Robert coma puntualmente y de que los niños no entren en casa con las botas llenas de barro. Pues sí, contesto con brevedad y aspereza, y cuelgo, pues me parece, en definitiva, el método más rápido y racional para tratar a Emma.

4 de julio. La vuelta a casa tiene muchos atractivos: el campo se ve precioso, todo ha florecido, más o menos, excepto las fresas que, inexplicablemente, no han brotado; Robert me da información interesante sobre la reciente venta de una ternera y la sospecha de un caso de esclerosis del hígado entre las aves de corral de la zona, y *Helen Wills* me araña efusivamente bajo la mesa cuando me siento a cenar. Ni siquiera un leve *faux pas* por mi parte, cuando exclamo alegremente que los niños no tardarán en estar de vuelta en casa, consigue perturbar seriamente la atmósfera de armonía doméstica.

En vista de todo eso, no voy a permitir que el montón nada desdeñable de cartas que encuentro sobre el escritorio, casi todas relativas a facturas pendientes, me haga flaquear el ánimo. No obstante, sí podría haber prescindido del dietario de la lechería, la factura de la panadería y la cuenta del mes de la tienda de comestibles que me entrega la cocinera mientras explica que hubo que darle doce chelines y seis peniques al deshollinador y que pagar dos peniques el lunes de la semana pasada por una carta que, añade, espera haber hecho bien al aceptar.

Robert, muy afable, me pregunta qué he escrito últimamente, y contesto a la ligera que un artículo sobre la liberación moderna en el matrimonio, y entonces me acuerdo de que no llevo ni una sola palabra y le pido a Robert que me dé algunas ideas. Eso hace, y manifiesta que la gente suelta un montón de sandeces hoy en día y que el divorcio quizá les esté bien a los americanos, pero que el problema de casi todas las mujeres es que no tienen suficientes cosas que hacer. Ante eso, le doy las gracias a Robert y digo que su ayuda me vendrá de maravilla —lo cual es cierto en espíritu, aunque no literalmente—, pero parece totalmente lanzado e incapaz de parar y, tras seguir así durante un buen rato, llega hasta a decir que mire Rusia si no y que le gustaría saber qué diría yo si se nos llevan a los niños a Siberia, ejemplo que, aunque contundente, no me parezca que venga al caso.

A las diez me entra sueño, sorprendentemente, pues en Londres nunca me pasaba, y me voy a la cama.

Exhibo una extraordinaria y nada deseable tendencia a sentarme en la ventana y

pensar en mí misma, pero sé muy bien que esta clase de conducta nunca tiene verdadero éxito y que sería más sensato por mi parte que me levantara con brío y fuera en busca de unas hormas para ponérselas a los zapatos de fiesta; eso hago, y al cabo de poco me encuentro en la cama y a punto de dormirme.

8 de julio. Un artículo breve pero conmovedor sobre la ensoñación del *Time and Tide* de hoy, firmado por un tal L. A. G. Strong, parece guardar una extraña relación con la entrada previa de mi diario. Me impacta especialmente, y no en el buen sentido, la afirmación del señor Strong de que «las ensoñaciones solo son dañinas cuando constituyen una rebelión mental contra las circunstancias de nuestra vida y no hacen esfuerzo alguno por mejorarlas».

Decididamente, esa frase ilustra con exactitud el ejercicio mental en el que invierto gran parte de mi vida. Considero seriamente escribir al señor Strong y preguntarle qué puede hacerse al respecto, si es que puede hacerse algo, pero se me va la mañana en una conversación telefónica con el pescadero —los filetes están muy caros, ¿qué tal un buen lenguado?—, en escribir una postal a Cissie Crabbe en respuesta a la postal con una vista de Scarborough en cuyo dorso se interesaba tibiamente por cómo estoy y qué tal los niños, y en despachar otras postales a los tenderos, un cheque para la lavandería, un cheque para la oficina de colocación y un cheque más para el quiosco de periódicos, y el señor Strong, por tanto, se ve desbancado. Aun así, durante el resto del día me obsesiona el recuerdo, que surge en momentos inesperados, del daño que puede hacerle a una soñar despierta. Preveo claramente que estos intervalos se van a suceder durante el resto de mi vida.

Justo antes del almuerzo aparece la mujer del párroco y dice que lamenta molestarme, que solo pasaba un momentito porque tiene que irse pitando a la escuela, pero que tenía muchas ganas de hablar conmigo del concierto y de que le contara todo sobre Londres. Sigue una discusión bastante aburrida sobre si se quedará a almorzar o no a la que pongo fin —como ya sabía yo— haciendo sonar la campanilla y pidiendo por favor que pongan otro cubierto en la mesa al tiempo que trato de mandar un mensaje telepático a la cocinera de que ya no bastará con el pastel de carne y que de primero tendrá que preparar algo con huevos o queso.

(La interpretación de mis instrucciones por parte de la cocinera resulta en unas sardinas ligeramente asadas dispuestas sobre tostadas, una equivocación en mi opinión, pero supongo que no se lo diré porque la intención era buena).

La mujer del párroco y yo nos lanzamos a hablar del concierto, del que solo nos separan ahora veinticuatro horas. Ella pregunta con tono esperanzado qué voy a interpretar. Bueno, qué tal el poema de «John Gilpin», propongo. (Ya me lo sé, así no tendré que aprenderme nada nuevo). Espléndido, absolutamente espléndido, contesta la mujer del párroco, pero con tono poco convencido. Solo que ¿no lo recité ya en Navidad y hace dos años en el concierto benéfico por el órgano de la iglesia, y, si no

se equivoca, también el invierno anterior cuando se organizó aquel espectáculo para St. Dunstan?

Si todo eso es cierto, es obvio que el plan requiere una revisión. ¿Qué me dice de «Alarde de aguerridos austríacos»? «¿Alarde de aguerridos austríacos? —repite la mujer del párroco—. ¿Es eso la Sociedad de Naciones?».

(Me deja pasmada la extraordinaria frecuencia con que a lo desconocido se le cuelga siempre la etiqueta de la Sociedad de Naciones).

Explico que se trata de un ejemplo interesantísimo de poesía aliterada, y añado con tono pensativo: «El arte de la aliteración es astucia atinada», ante lo cual la mujer del párroco parece perpleja y murmura que no debería hacerme la lista con los demás.

La conversación entra en un punto muerto; me invade el desánimo y siento alivio cuando suena la campanilla, hecho que, no obstante, provoca un repentino aluvión de protestas por parte de la mujer del párroco, quien dice que de verdad tiene que irse, que no puede ni soñar con quedarse a almorzar y que no sabe en qué habrá estado pensando todo este rato.

La aparición de Robert, cuya expresión imperturbable al verse ante una invitada inesperada no puedo dejar de admirar, le da a la situación un giro rotundo y, de forma casi automática, terminamos todos en el comedor.

La conversación gira en torno al concierto, a los recién llegados al vecino bungaló, a quienes todos decimos que debemos visitar, y a un angustioso asunto en el pueblo que, lamentablemente, ha acabado con la citación judicial de la señora A. de la urbanización Jubilee por agredir a su vecina, la señora H. La cuestión me parece de lo más emocionante y le pido detalles a la mujer del párroco, quien me los da a rachas y tiene que pasarse al francés o hacer comentarios sobre el tiempo cada vez que la criada entra en la habitación.

La cocinera se olvida de servir el café, pese a mis instrucciones precisas de servirlo siempre cuando haya invitados, y tengo que apañármelas como puedo con cigarrillos, pese a que soy perfectamente consciente de que la mujer del párroco no fuma ni ha fumado nunca.

El concierto hace una nueva aparición en el *tapis*, y animamos a Robert a que prometa hacer de presentador. La mujer del párroco dice, y es un detalle por su parte, que a todos les encantaría que la pequeña Vicky bailara, y contesto que todavía estará en el colegio. La mujer del párroco replica que ya lo sabe y que solo quería decir que habría sido estupendo que no hubiera estado en el colegio y hubiera podido bailar para nosotros. Soy lo bastante ingrata como para pensar que dicha observación es la más singularmente absurda que he oído en mi vida.

La mujer del párroco quiere saber qué voy a hacer estar tarde. ¿Por qué no la acompaño a visitar a los nuevos vecinos del bungaló y así nos lo sacamos de encima? Con tal cordial estado de ánimo nos ponemos en marcha, yo al volante del Standard, y la mujer del párroco observa, sin que venga mucho a cuento, cuán maravilloso es que este coche dure tantísimo.

La conversación prosigue cubriendo mucho terreno ya transitado; como únicas variaciones, mis esperanzas de que los ocupantes del bungalow hayan salido y la modificación por parte de la mujer del párroco de que ojalá estén en casa y adquieran entradas para el concierto.

Mis deseos en lo tocante a la ausencia de los nuevos vecinos se ven defraudados en cuanto nos detenemos ante su verja, pues en lo alto de los peldaños de entrada hay una joven con un mono de cretona, una mujer algo mayor —probablemente la madre— con gafas, y un hombre con traje de *tweed*, todos encorvados y dedicados a la jardinería como si les fuera la vida en ello. Se incorporan y se limpian las manos en la ropa —recuerdan un poco a un coro de revista al que le falle la coordinación— y fingen educadamente estar encantados de vernos. Hablamos un rato y con pasión de jardines de rocalla y a continuación nos invitan a entrar. Entramos, pero Mono de Cretona y Hombre de *Tweed* —resulta ser un tío de visita— tienen el tino de quedarse atrás y continuar con sus actividades en el jardín.

Hablamos sobre el concierto —conseguimos despachar dos billetes a un chelín y seis peniques cada uno—, nuestra anfitriona nos cuenta que unas golondrinas están construyendo su nido en una de las tuberías, o eso cree, y yo digo que sí, que suelen hacer eso, la mujer del párroco lo corrobora y al cabo de poco nos vamos.

Cuando cruzamos el pueblo, la mujer del párroco dice que podríamos pasar a ver a la señorita Pankerton, pues quiere hablar con ella sobre el concierto. Protesto, pero en vano, y cuando ascendemos por el sendero del jardín de la señorita P., la oímos tocar el violín dentro. Unos instantes después, asoma la cabeza por la ventana de la planta baja y nos chilla, sin dejar de tocar, que entremos directamente; eso hacemos y, acto seguido, ella arroja el violín sin miramientos sobre el sofá —en el que ya hay libros, partituras, periódicos, utensilios para trenzar rafia, un sombrero de paja, un martillo, un formón, una lata de galletas de muestra y varios cestos— y nos estrecha la mano entre las suyas. Me dice que ya ve que he seguido su consejo y he liberado muchísimas de mis inhibiciones en ese libro mío. Me gustaría negar rotundamente haber seguido nunca un consejo de la señorita P. o haber advertido siquiera que me lo daba, pero ella pasa a decirme que debería prestar más atención al estilo y yo me distraigo preguntándome si se referirá a la prosa o a la ropa. (Si se trata de lo segundo, es increíblemente audaz por su parte, pues, en un día de verano achicharrante, el atuendo de la señorita P. consiste en un vestido de paño rojo teja salpicado de botoncitos de cristal bajo una abominable capa con triple drapeado, también rojo teja, y bien abrochada bajo la barbilla).

La esposa del párroco vuelve a embarcarse en el tema del concierto y pregunta si la señorita P. tiene ya listo un bis. Pues sí, lo tiene listo, y dos, si hace falta. Muy jovial, la señorita P. supone que yo leeré algún pequeño pasaje mío, a lo que contesto secamente que no, ni se me pasaría por la cabeza, y la mujer del párroco, con muchísimo tacto, interrumpe para decir que tiene entendido que la señorita P. se marchará a Londres en cuanto haya acabado el concierto. Si en efecto es así, y si no

es mucho problema, ¿le haría el favor de echar un vistazo en Harrods, donde están de rebajas, para comprobar si tienen albaricoques en lata y preguntar si hacen descuento por cantidades grandes y cobran gastos de envío? Y ya que estará en el barrio, pero solo si no tiene que desviarse, ¿podría acercarse un momento a esa tiendecita que hay en Fulham Road donde venden piezas de recambio para bicicletas? Ahora mismo no se acuerda del nombre de la tienda, pero es inconfundible. El párroco ha perdido un tornillo, uno muy pequeñito pero vital, y sencillamente no puede sustituirlo por otro distinto. La tienda de Fulham Road es su última esperanza.

La señorita P., con mucha valentía en mi opinión, se compromete a hacer todo eso y escribe su dirección en Londres, y la mujer del párroco anota todo cuanto recuerda sobre el tornillito de su marido y, en el mismo papel, añade la palabra «abadejo».

Pero esto último, añade, solo si a la señorita P. le da tiempo y si no le importa traérselo de vuelta consigo, pues de otro modo no estará fresco, pero la verdad es que no está mal variar un poco y aquí es muy difícil conseguir abadejo a menos que una sea cliente habitual.

En este punto, intervengo y sugiero firmemente acompañar a casa a la mujer del párroco, pues tengo la certeza de que, si no lo hago, le pedirá a la señorita P. que le traiga un cocodrilo vivo del zoológico o algo igualmente difícil de conseguir.

Nos despedimos con la alegre expectativa de encontrarnos de nuevo mañana en el concierto.

10 de julio. El día entero gira en torno al concierto, y me paso una hora al menos hojeando el compendio de poesía inglesa de Charles Mackay y *El recitador de salón*, a ver si descubro algo que hubiese aprendido en el pasado y pudiera recordar ahora sin grandes dificultades. Finalmente me decido por un poema narrativo sobre Dick Turpin que descubro en *El recitador de salón* y que era popular en mis lejanos tiempos de colegiala. Me paseo por la casa con el libro abierto en la mano durante gran parte de la mañana y le pido a Robert que me escuche después del almuerzo; se aviene a mi ruego y solo tiene que soplarne en tres ocasiones. Me hace el espléndido ofrecimiento de volver a escucharme después del té y de hacerme de apuntador durante la representación, de ser necesario, y me quedo con la impresión de que se han superado las dificultades.

Todo son interrupciones: unos críos se acercan a preguntarme si puedo dejarles algo chino y doy con dos abanicos de papel —claramente fabricados en Birmingham—, un kimono de algodón —ocho chelines y once peniques en la tienda de los señores Frippy y Coleman— y una gran concha de nautilo de la que siempre he oído decir que la recogió un remoto antepasado marino en la costa de Hawái.

Se declaran totalmente satisfechos, les ofrezco unos caramelos, que aceptan, y se marchan con un paquete envuelto en periódico. Más tarde me llega un mensaje de la rectoría con el recordatorio de que mi aportación al refrigerio todavía no ha llegado.

Siento una vergüenza tremenda y sacrifico un pan de jengibre recién hecho que era para el té de hoy.

El concierto, como cualquier otra actividad social en el pueblo, empieza a las siete y media, y como Robert ha prometido hacer de acomodador y yo tengo que ayudar a preparar el escenario, nos saltamos la cena, tomamos pescado frito con el té y Robert se sirve un *whisky* con soda.

Circula el rumor de que nuestro diputado y su esposa asistirán al concierto, pero cuando digo que ojalá sea cierto, porque ambos son muy simpáticos, Robert sacude la cabeza y responde que el rumor no tiene fundamento. Admite que todos los demás estarán presentes, pero nuestro diputado y su esposa, no. Me resigno a que así sea y los dos compartimos la esperanza de no tener que sentarnos junto a la señorita Pankerton. Dicha esperanza se cumple, pues a Robert lo emplazan en el extremo de la primera fila de sillas, para que pueda salir al escenario con frecuencia, y yo me siento a su lado, con la mujer del párroco al otro.

Pregunto por el párroco y su mujer me cuenta que su alergia al polen se ha recrudecido más que nunca y lo ha convencido de quedarse en casa. Robert lamenta profundamente su ausencia desde el escenario y el concierto da comienzo, como de costumbre, con un dúo de piano de la señorita F., la tendera, y la señorita W. de la herrería.

He estipulado que recitaré mi Dick Turpin muy al principio, para pasar cuanto antes el mal trago, y la mujer del párroco me pregunta si estoy nerviosa. Le digo que sí y se muestra comprensiva y dice que el público será indulgente. Lo es, en efecto, y consigo llegar al final de mi Dick Turpin con una sola intervención de Robert como apuntador —por desgracia habla demasiado alto y durante un silencio que yo esperaba que fuese elocuente y dramático—, y vuelvo a sentarme, dispuesta a disfrutar del espectáculo.

La señorita Pankerton actúa después de mí acompañada de un pianista joven y paliducho que se pierde dos veces y al que, hacia el final, se le cae la partitura al suelo; la recoge y vuelve a ponerla en su sitio mientras la señorita P. lo mira furibunda y continúa con mucho garbo con *Une Fête à Trianon* dejando que el pianista se las apañe como pueda para seguirla. El joven no lo consigue del todo hasta el acorde final, momento en que ataca el piano con aire triunfal, y todos aplaudimos con entusiasmo.

La señorita P. saluda con una reverencia y se lanza de inmediato a tocar un bis —lo que significa que tendremos que pedir un bis a todos los demás o va a haber malas caras—, y finalmente vuelve a sentarse. Viene entonces un número de los críos del colegio en el que aparecen abanicos y kimonos de algodón.

Los niños están muy guapos y muy satisfechos de sí mismos, y todos los demás también quedamos encantados; su número cosecha grandes ovaciones tras las que la señorita Pankerton se da aires de superioridad y empieza a contarme cómo en cierta ocasión organizó una representación de mimo clásico con niños en un gran auditorio

—con aforo de dos mil personas— cerca de Birmingham, pero hago oídos sordos y solo comento que Jimmie H., el del aserradero, es una monada, ¿no le parece?

Al oír eso, las cejas de la señorita P. le llegan casi al cuero cabelludo y me cuenta que ha visto niños en Italia que eran puras figuras de Murillo, pero en ese momento sube al escenario el hijo del carnicero, muy gracioso con un traje a cuadros, sombrero hongo y bastón, y las palabras de la señorita se pierden en la salva de aplausos.

Acto seguido, Robert anuncia un intermedio y todos nos volvemos en el asiento para pasear la vista por la sala y charlar con quienes tenemos detrás, y alguien hace circular el rumor de que la recaudación en la puerta ha llegado casi a tres libras, cantidad que con el calor que hace, coincidimos todos, es maravillosa.

Poco después, Robert vuelve a salir al escenario y el concierto prosigue. Un talento de importación honra con su presencia la segunda parte del programa; se trata de un caballero joven y alto, supuestamente amigo de alguien en Correos, que entonando una canción cómica algo cuestionable arranca chillidos de aprobación. La mujer del párroco y yo nos miramos, y ella sacude la cabeza con expresión resignada y comenta que qué se le va a hacer y que confía en que el bis no sea aún peor. Pues resulta que es peor, aunque tampoco mucho, y goza de un enorme éxito.

A las once, el espectáculo llega a su fin. Alguien empieza a cantar el himno nacional en un tono muy agudo, y todos, como súbditos leales que somos, tratamos de hacernos oír en unas notas a las que no llegamos —la señorita Pankerton se lanza valientemente a entonar lo que pretende ser una repetición, pero con resultados poco afortunados—, y por fin salimos todos a la noche.

Robert conduce de vuelta a casa. Comento que los niños eran monísimos y que ha sido todo muy divertido, ¿verdad? Robert cambia de marcha pero no contesta nada específico. Cuando subimos por el sendero, me pregunto, como hago con frecuencia, si la casa habrá ardido hasta los cimientos en nuestra ausencia, y sigue la habitual reflexión de que, en cualquier caso, los niños están en el colegio. Entonces me llevo una tremenda impresión cuando me percató de que la casa está iluminada de arriba abajo.

Robert suelta un impropio y aprieta a fondo el acelerador. Cruzamos la verja de entrada y casi chocamos con un enorme coche azul aparcado ante la puerta principal.

Me precipito al vestíbulo y, al mismo tiempo, Pamela Pringle sale corriendo del salón con vestido de noche y abrigo gris de pieles con un cuello enorme, y se arroja en mis brazos. Por un misterioso proceso que no sabría explicarme, unos ojos en la nuca me permiten ver que Robert se ha batido en retirada en el umbral y se ha llevado el coche al garaje.

Pamela P. explica que está alojada en un conocido hotel a unos sesenta y cinco kilómetros y que, al saber que estaba tan cerca, sencillamente ha tenido que venir a verme, y simplemente no imaginaba que yo fuera a salir por las noches. Explico que nunca lo hago y le insisto en que pasemos al salón, donde experimento una segunda impresión tremenda cuando advierto que, por lo visto, está lleno de hombres

desconocidos. Pamela no me presenta a ninguno y se limita a decir que han venido en el coche de Johnnie y que conducía Plum. El grupo no incluye a Waddell ni a nadie que yo haya visto antes en mi vida, y todos parecen tener bastante menos de treinta años excepto un tipo muy alto a quien llaman Alphonse Daudet, y otro entradito en años y con bigote, que me parece jubilado y llegado de la India, probablemente.

Digo con un hilo de voz que hay que servirles algo de beber y miro la campanilla, completamente consciente de que las criadas se habrán ido a la cama hace horas, pero para mi gran alivio Robert se materializa de pronto y lleva a cabo el pequeño milagro de hacer aparecer *whisky* con soda en cantidades suficientes y jerez y galletas para Pamela y para mí. A partir de ahí, todos parecemos conocernos pero que muy bien y Plum se sienta al piano y toca valsos populares de cuando el rey Eduardo. (Pamela pregunta entre uno y otro «¿Cómo se llamaba ese?», aunque sé perfectamente que tiene que acordarse de ellos tan bien como yo).

Hacia la una de la mañana, Pamela, cada vez más cariñosa con todos los presentes en la habitación, pregunta de pronto si nuestros adorables niños están durmiendo, porque le encantaría echarles un vistazo. Me abstengo de contestar que, de haber estado en casa, les habría sido imposible dormir con la bacanal de música y conversación de Pamela y sus amigos, y me limito a decir que están los dos en el colegio. ¿Cómo?, chilla Pamela. ¿Que esa chiquitina tan mona de Vicky está en un colegio? ¿Soy una madre desnaturalizada o qué? Sí, lo soy, confieso, pues es la manera más rápida de impedir una discusión inútil. Todos aceptan mi afirmación sin reparos, y pasamos a hablar de Auteuil, de Helen de Liman de la Pelouse (sobre quien podría decir muchas más cosas de las que digo) y del inminente regreso de Pamela a la casa solariega donde la aguardan Waddell y tres de sus hijos.

Esta última perspectiva parece llenarla de tristeza, y me cuenta en un aparte que Waddell, que no está del todo al corriente de su paradero, cree en realidad que esta noche está cruzando el estrecho de vuelta de Irlanda, y me dice que no debo olvidarlo por si Waddell comenta algo al respecto la próxima vez que nos veamos.

Justo cuando parece probable que la *séance* se prolongue toda la noche, Alphonse Daudet se levanta sin previo aviso, le comenta a Robert que a él no se le dan muy bien las veladas hasta altas horas y abandona la habitación. Los restantes salimos mansamente tras él, Pamela anuncia que conducirá ella y todos exclaman que no, y Robert dice que el radiador pierde y va en busca de agua al cuarto de baño.

(Habría preferido que trajera la jarra de esmalte verde, que está un poco más nueva, y no ese cuenco de latón más viejo que Matusalén).

Pamela se arroja en mis brazos y murmura algo, de lo que solo capto «¡No lo olvides!», como si fuéramos Carlos I y el obispo Juxon, y luego sube al coche, donde prácticamente desaparece entre Plum a un lado y el indio entradito en años al otro.

Justo cuando arrancan, *Helen Wills* sale disparada de unos arbustos y casi la atropellan, pero se evita la tragedia y el coche se aleja.

Durante casi veinte minutos nos llegan ecos de una animada conversación,

fragmentos de canciones y carcajadas mientras el coche recorre el sendero hasta desaparecer de nuestra vista. Robert dice que han girado en la dirección equivocada, pero no parece nada angustiado y pronostica fríamente que acabarán todos en la comisaría de policía del pueblo.

Subo a mi habitación, aunque ya estoy completamente desvelada, y me encuentro varios cajones del tocador abiertos y polvos por todas partes como nieve en el Montblanc, así como una esponjita de colorete desconocida sobre la almohada y una toallita generosamente veteada de lápiz de labios.

El cuarto de baño está también hecho un desastre, y cuando Robert sube por fin, trae un peine con mango de plata que incomprensiblemente, dice él, ha encontrado en el último peldaño de las escaleras de arriba de todo, las que llevan al desván. Digo con sarcasmo que espero que se hayan sentido como en casa, Robert suelta un bufido por toda respuesta y la conversación acaba ahí.

13 de julio. La vida retoma su curso habitual y el próximo suceso emocionante será sin duda el retorno de Robin y Vicky del colegio. Ya estoy inmersa en los preparativos, y la cocinera me dice que va a necesitar alguien que la ayude. Contesto que, según tengo entendido, vamos a pasar al menos un mes en el mar (no es del todo cierto, depende en gran medida de nuestra situación financiera), y ella me escucha en silencio y repite que, de todos modos, va a necesitar ayuda porque con los niños todo es muy distinto. Como de costumbre, la cocinera tiene la última palabra y me dispongo a embarcarme en la familiar y agotadora campaña en busca de alguien que la ayude.

Dicho cometido consume una cantidad aterradora de tiempo y energía, y me parece que en este momento lo más sensato es abandonar toda pretensión literaria y adoptar el papel de pura ama de casa. En una interesante reacción psicológica a la situación expuesta (que no se me olvide sacar el asunto a colación con la querida Rose, siempre tan inteligente), le digo a Robert que el año que viene me gustaría ir a América. Robert no contesta y se limita a dirigirme una mirada elocuente, pero sigo pensando en viajar a Estados Unidos y llevarme conmigo este diario.